EZEQUIEL A. CHAVEZ

La Educación en México en la Epoca Precortesiana



EDITORIAL JUS. MEXICO, 1958

PRIMERA EDICION



INTRODUCCION

LO QUE PRETENDE HACER EN ESTE LIBRO EL AUTOR

EL AUTOR de este libro tendrá presente en él, como ha tenido presente toda su vida, que es mexicano; que entre sus antepasados hay varios que llegaron a México desde los tiempos mismos de la Conquista de la antigua ciudad de México o desde los que inmediatamente después los siguieron, y que desde entonces se quedaron para siempre en México, y que ha reconocido siempre y entiende que todos sus antepasados reconocieron también siempre que México no ha existido jamás sin los descendientes de sus primeros pobladores, que influyeron, todos ellos, sobre los que vinieron a serlo después, modificándolos profundamente, como los posteriores han modificado profundamente a su vez a los biológicamente supervivientes de los aborígenes.

El autor no olvidará ni puede olvidar, por otra parte, que quienes vinieron a México en el siglo XVI y cuantos en seguida han venido y siguen viniendo a México, no han venido ni vienen solamente de una manera material y corporal sino cada uno de ellos con un alma, con un espíritu, formados en otra parte y en otros tiempos; es decir, con sus propias aspiraciones y sus propias predisposiciones, del mismo modo que los aborígenes de México han estado caracterizados por las suyas, y que influyendo sin cesar recíprocamente los unos en los otros, los unos a los otros se han modificado, se modifican y siguen modificándose unos a otros, más o menos conscientemente, y más o menos inconscientemente.

El autor no olvidará que nuclearmente toda educación en-

traña una modificación, y que ésta es en sí misma una nueva adaptación a las condiciones materiales, psíquicas, sociales y morales internas y externas, que se opera desde antes del nacimiento sobre cada uno de los seres vivientes, y que dura cuanto dura la vida de los mismos.

El autor no podrá, pues, aislar, ni en su pensamiento ni en su obra, a México, a los mexicanos, y la historia de la educación mexicana, de cuanto ha contribuido y sigue contribuyendo para hacer que México, los mexicanos y la historia de la educación mexicana sean como han sido, como son y como serán. El autor se considera a sí propio como un hombre que, siendo como es mexicano hasta lo más íntimo de su ser, es hombre hasta lo más extenso de su comprensión de los demás pueblos que no son el de México, de los demás tiempos que no son los que abarca individualmente su memoria, de todos los tiempos y de todos los hombres que han poblado y pueblan el Planeta.

El autor ha expresado varias veces pensamientos análogos a los que aquí expresa para significar la actitud mental, sentimental y volitiva que asume al proponerse escribir este libro, y en varios de ellos se ha servido de un símil que ahora reitera: México no podría vivir, ni física, ni biológica, ni psíquica, ni socialmente como la entidad geográfica que es, si no llegaran hasta él los vientos alisios que del Viejo Mundo, cargados de vapor de agua le llegan, para fecundar su territorio; que le permiten tener las plantas, los árboles, los animales, las casas, las ciudades que tiene; y el Viejo Mundo no podría vivir ni física, ni biológica, ni psíquica, ni socialmente si no fuera por los contra alisios y por las corrientes marinas que del Nuevo Mundo recibe; pero nada de esto ocurre sino porque el agua de la Tierra, bombeada en forma de vapor sube al Cielo, y porque la misma agua enfriada en el Cielo baja a la Tierra; sin lo cual la Tierra entera sería un Planeta muerto.

No pasa otra cosa con los pueblos. Todos necesitan de todos; aislados unos de otros no existirían, como no existiría tampoco lo presente sin lo pasado, ni lo finito sin lo Infinito, ni el espíritu humano sin el Espíritu Divino, revelado a los hombres, especialmente a los mejores de los hombres, y comunicado entre todos los hombres gracias a la educación que los cambia y que puede, si es acertada, perfeccionarlos.

(México, 9 de junio de 1942).

Capítulo I

CUALES SON LAS CAUSAS DETERMINANTES INICIALES DE LOS FENOMENOS QUE CONSTITUYEN LA EDUCACION Y COMO SE EXPLICAN SUS CONTRADICTORIOS EFECTOS

1.—Para el autor de este estudio es un hecho indiscutible que todo cuanto existe tiende a ser y a perseverar en su ser, o a ser de un modo diferente de como es, lo cual explica que las vibraciones acústicas, las oscilaciones térmicas, las ondas luminosas y eléctricas se propaguen y propendan a ir siempre más allá, y que las células vivientes se multipliquen, y en algún modo tiendan a superarse a sí mismas ocupando mayor espacio a cada momento.

2.—En este hecho indiscutible encuéntrase también el origen del fenómeno adaptativo, de todo a todo, que da lugar a incesantes combinaciones nuevas, y del fenómeno desadaptativo que tiende a destruir las adaptaciones ya producidas. Y en el propio hecho —en esa especie de invasora urgencia de cuanto se mueve, que conduce a cuanto es susceptible de moverse a moverse más allá del punto desde donde se mueve— está el de partida de la propagación de los movimientos de atracción molecular y sideral, lo mismo que el de movimientos aparentemente de repulsión, que se observan tanto entre cuerpos que carecen de vida cuanto entre seres vivientes.

3.—Los seres vivientes no pueden vivir si no se adaptan al medio ambiente que los circunda. Lo hacen así los que nacen en

el seno de otros seres vivientes; desde que en el seno de éstos se encuentran, comienzan a adaptarse a las condiciones en que viven las formas primeras de su vida, y cuando llega la hora de que se desprendan de aquéllos, verifican movimientos de desadaptación, a cuyo término vienen a encontrarse en un medio ambiente distinto, en el cual inician desde luego nuevos procesos de adaptación.

La vida fuera del seno materno se desarrolla toda entera mediante los mismos procesos antagónicos, el de adaptación a cada uno de los medios ambientes en que se encuentra viviendo el ser de que se trate y el de su parcial desadaptación a un medio ambiente cada vez que el mismo ser viene a encontrarse en otro medio distinto, en el que entonces propende a efectuar una adaptación nueva.

4.—El fenómeno adaptativo, lo mismo que el desadaptativo resultan de lo que he llamado *la ley de superación universal*, que no determina siempre un progreso, ni un perfeccionamiento; que puede llevar a un retroceso o a una degeneración, y que a veces entraña un progreso en un sentido y un retroceso en otro sentido, y en todo caso una educación, *una auto educación.*

5.—Del proceso de adaptación, producto de la necesidad de todos los seres —sobre todo y con mayor verdad y claridad de todos los seres vivientes— de superarse a sí mismos, es una variedad la que consiste en provocar la adaptación o coadyuvar a la adaptación de otro u otros seres, al medio ambiente en que viven o a los medios ambientes en que vayan a vivir, lo cual equivale a decir que la auto educación tiene como frecuente corolario la hetero educación; que del hecho de educarse a sí mismo se pasa al de educar a otros, el de educar a los demás.

6.—Claro es que hay muchos modos de expresar las ideas; pero que cada uno tiene singularidades que lo distinguen y que hay unos más felices que otros. ¿Podrá ser atinado decir que el proceso adaptativo de un ser viviente, a un medio ambiente es una manifestación *del instinto* de la propia conservación?

7.—Muchos psicólogos se rehusan ahora a seguir aceptando la existencia de instintos, considerando que el concepto de ellos es oscuro y discutible no sólo en cuanto se refiere a los hombres sino también en lo que concierne a los demás animales, y tratan otros psicólogos de sustituirlo por otro concepto, el de la predisposición, o el de la propensión, o el de la simple inclinación a; pero fuera de que estos tres modos de hablar no son en parte más que un cambio de nombre de los fenómenos generalmente conocidos con el nombre de fenómenos instintivos, la verdad es que su connotación es imprecisa. Por mi parte prefiero sustituirlos en el presente estudio por los conceptos más comprensivos que he expuesto en los precedentes párrafos, y que me permiten referirlos a los hechos que encuentro patentizados por cuanto mi vista abarca, no obstante lo cual los explicaré también refiriéndome a los conceptos que entrañan la aceptación de la existencia de instintos, cuando advierto que refiriéndome a ellos me sea posible volver más claros mis pensamientos; por lo cual traduciendo estos últimos por medio de vocablos que puedan entenderse mejor, diré que la necesidad de superarse a sí propio que en todos los seres vivientes descubro y que se manifiesta en un grado más alto cuando conduce a coadyuvar a que se superen otros seres vivientes por el hecho de que adapten su vida y su porvenir a condiciones a las que hasta que esto ocurre no se hayan adaptado todavía, puede entenderse como una manifestación del instinto maternal que no sólo en las madres existe, sino también en los padres y en los hermanos, así como en los educadores todos si son verdaderamente educadores, instinto, si así lo llamamos, que también merece el nombre de instinto protector, o de instinto de servir o de agradar; que entendido con mayor propiedad y mayor exactitud no es seguramente otra cosa que lo que constituye lo más central y característico del amor.

8.—Resumiendo, pues, diremos que en todos los seres vivientes, y no sólo en los seres humanos, existen procesos educativos, característicos de la vida misma, que resultan de la necesidad que cada ser tiene de superarse a sí propio; que urge a la naturaleza entera a

colaborar con todo, en alguna forma de realización de los fines para los que la Creación haya sido creada, y que en los seres vivientes esa necesidad se manifiesta no sólo en el proceso auto educativo; que por serlo es adaptativo de cada cual al medio ambiente en que está o ha estado viviendo, a la vez que es desadaptativo del mismo cuando entra en un medio ambiente distinto, sino en los procesos por los que se coadyuva a la educación de otros seres vivientes.

9.—De todo esto, sin embargo, sólo parece tener carácter ineludible la necesidad en que están los seres, de superarse a sí propios; sea simplemente en el tiempo, perseverando en su propio ser y en su propio modo de ser, sea, además de esto, en el espacio, por el hecho de que se superen más allá de ellos mismos, intentando coadyuvar a la superación de otros seres vivientes. Esto último, no obstante, no entraña que alguien pueda forzar a ser ninguno a que se supere en el sentido o en la dirección en que pretenda lograr que se supere; lo cual quiere decir que la educación de un ser requiere que, a lo menos implícita y subconscientemente, el educando acepte la que pretenda impartírsele. Cuando sin contar en modo ninguno con su aquiescencia se le violenta, o capciosamente se le hace recibir alguna especie de ella, no se logra más que deformarlo.

10.—Que esto sea así, como en efecto lo es, pone de resalto dos hechos: el primero, que existe en todo ser viviente, y más especialmente en el hombre, en grado mayor mientras más inteligente es, una interna libertad, por la que cada uno decide qué adaptaciones y qué desadaptaciones a su medio ambiente realizará y qué dirección imprimirá a su comportamiento y a su conducta; y el segundo, que el principio de la moral y que lo es mejor enunciado en la moral cristiana, que prescribe que no se tome jamás a nadie como un medio para realizar un fin, sino que se le considere siempre en sí mismo como un fin, es más que una regla de conducta; es el enunciado de la imposibilidad de reducirlo a ser un instrumento pasivo de nadie, si no es violentando y deformando la naturaleza propia del que así quede forzado a hacer lo que no quiere hacer.

Reconocerlo así es reconocer la dignidad y la santidad de la persona humana.

11.—Contraponiéndose a la falsa y viciosa educación forzada e impuesta, que a menudo con simulacros de justificación y protestas de que se la impone en bien de los educandos y de la comunidad, como resulta la imposición del laicismo en la escuela, aun cuando ni ésta ni aquéllos estén dispuestos a aceptarla, está la educación verdadera, que resulta de un concierto de voluntades: la de los educadores y la de los educandos, que tiene por origen no un espurio movimiento de invasión egoísta y de franca o de solapada dominación de aquéllos, sino un impulso, puro y genuino de servicio desinteresado e inteligente, hecho a quienes necesitan corroborar o rectificar y perfeccionar, su adaptación a un medio ambiente, y su desadaptación, generalmente sólo parcial, a otro medio ambiente.

La educación que de este modo se realiza tiene su representación primera en la educación impartida por los padres a sus hijos, cuando la acompañan: de una parte, un sentimiento de ternura producida por la representación mental que los padres tienen de la delicadeza e imperfección de sus hijos y por la consideración de que necesitan de ayuda inteligente, adecuada a sus aptitudes, para sobrevivir y para prosperar, y de otra parte, una emoción de contento por los adelantos y progresos que logran alcanzar sus hijos; sentimiento y emoción que como antes lo he dicho ya, aun cuando sólo a medias, no sólo los padres experimentan, sino todos los que tienen temperamento de educadores, respecto de los cuales es complemento cierto la profunda verdad del pensamiento de Bossuet según el cual lo primero que puso Dios en las entrañas del hombre, al crearlo, fue la bondad.

12.—Los efectos determinados en todo caso por la educación son de tal modo trascendentales, que no hay exageración si se afirma que nada es de mayor importancia en la historia de la humanidad que su educación. No todos, sin embargo, son deseables ni todos son buenos.

13.—Los primeros y constantes son el cambio de panorama interior de cada uno. Si la educación se realiza incluyendo en ella falsedades, el espíritu del que las acepte quedará falseado por toda la vida; si se produce sugiriendo malas voluntades y odios, quienes con ella sean mentalmente alimentados los llevarán consigo, como una arma, en el curso entero de su existencia, para dañar a cuantos sean objeto de tal odio o de semejante mala voluntad; si lo que inspira la educación es desprecio a una raza, a una clase social, a un partido político, a los que defienden ciertos puntos de vista, o a quienes los ataquen; a los que viven de determinado modo o no vivan de otro modo, ese desprecio orientará la conducta de los que consideren justificado tenerlo contra todos los que ellos juzguen que deben estar comprendidos entre lo que se estime que es despreciable; si lo que la educación inspira es el temor, o más aún, el miedo a determinados hombres, a determinadas cosas, o a engendros de la imaginación, a entidades que se afirme que existan y que tienen poder incontrastable para dañar a los hombres, y que en efecto los dañan a no ser que consigan que les sean propicios los que sacrifiquen en su honor sus propiedades, su tranquilidad, su familia u otras víctimas y aun su propia vida, lo que gobernará la existencia de quienes en la creencia de tales entidades hayan sido educados, será el miedo mismo, con su interminable cortejo de actos propiciatorios, entre los que podrán figurar aun los más espantosos sacrificios humanos, lo mismo que las más despiadadas guerras y las más crueles y sanguinarias matanzas.

Lo contrario será naturalmente lo que caracterice los resultados de una educación que no dé entrada a sugestión ninguna colectiva entre clase social ninguna, ni contra raza, ni contra pueblo ninguno, ni contra nadie que sea adicto o partidario de tales o de cuales ideas, sino que, por lo contrario, inspire buena voluntad para con todos.

14.—Lo más grave consiste en que son los niños sobre todo, y luego los adolescentes, los jóvenes y las gentes débiles de espíritu, es decir, sumando a todos, la mayoría de las gentes, los que

más fácilmente se someten a las orientaciones de la educación que se les inculca.

15.—Si la educación no es un virus letal que por medio de ella se propague para sembrar desconfianzas y predisposiciones contra nadie, ni para conseguir la servil sujeción de los hombres a quienes tratan de convertirlos en sus esclavos; si en vez de esto, su propósito es conseguir que entre todos exista y reine la concordia, claro es que sus efectos serán inmensamente benéficos.

16.—La educación, pues, lo mismo puede servir para crear hombres capaces de amar, y merecedores de ser amados, que otros que sean verdaderos monstruos; sólo aptos para odiar y dañar, que suscitarán contra ellos el aborrecimiento.

17.—Los efectos de la educación no se concretan sin embargo a esto: dirígense en parte considerable a lograr el conocimiento de la naturaleza y al aprovechamiento de ella; sólo que aun en este punto el conocimiento y el aprovechamiento de la naturaleza lo mismo pueden alcanzarse para fines egoístas, dañinos y condenables, que para fines benéficos, saludables y laudables, porque *los conocimientos por sí solos, no son fines,* sino solamente *medios* para lograr la consecución de fines.

18.—Otro rasgo, en fin, de la educación, antes de estudiar su historia, conviene tener presente y apuntar desde luego: estriba éste en que a causa de que todo está sujeto a lo que he llamado *la ley de la superación,* la educación misma y los efectos de ella tienden siempre a ir más allá de lo que antes han ido, lo cual, si en mucho es benéfico, es en parte desatentado.

19.—Benéfico es que los efectos de la educación se acrecienten, porque considerados en su conjunto los conocimientos humanos se acumulan en el curso de los siglos y a sí propios se enriquecen, si como es natural que acontezca, se rectifican y se depuran

progresivamente, sustituyendo los inciertos por los mejor demostrados, aquilatados y organizados.

20.—Perjudicial es, por lo contrario, que los conocimientos se acrecienten cuando se les trasmite sin mesura a quienes no tienen aún capacidad suficiente para entenderlos y para hacer buen uso de ellos.

Capítulo II

LOS PRIMEROS VESTIGIOS DE LA EDUCACION MEXICANA, SU SIGNIFICADO REFERENTE A LA MISMA Y A LAS CONSECUENCIAS DE LA PRIMERA QUE TUVIERON LOS PUEBLOS PRIMITIVOS DE MEXICO

21.—La historia toda comprueba la verdad de las aseveraciones que acabamos de formular. En sus comienzos, no obstante, como todo el mundo lo sabe, la historia propiamente dicha no existe, porque en sus orígenes no se la conserva por medio de los signos visualmente representativos de las palabras habladas, que constituyen los de los sonidos vocales y los de la palabra escrita.

La historia anterior a la invención de la escritura no nos revela, por lo mismo, los frutos de la educación primitiva de los hombres sino por los restos de sus primitivos artefactos, las cosas materiales y los fragmentos de las mismas que han venido a ser encontrados particularmente en los sepulcros o en el subsuelo de las poblaciones desaparecidas y de los terreros próximos a ellas que nos dan cuenta de lo que los hombres de aquellos tiempos hacían, y nos hace saber así lo que pensaban, lo que sabían, lo que amaban, lo que querían, lo que habían llegado a aprender como resultado de su educación; tanto de la que a sí propios ellos mismos se daban, cuanto de la que de otros hombres recibían.

22.—Nadie en efecto ignora que los productos de la cultura manifestados por cosas que el pensamiento y el trabajo del hombre

modifica, rehace o modela, duran a veces más que quienes han sido sus artífices, y que los más antiguos de tales productos se encuentran en capas terrestres recubiertas por sedimentos depositados más o menos lenta o rápidamente, y todo el mundo sabe que el tiempo que ha sido necesario que transcurra para la formación de cada una de las capas de la Tierra en las que los despojos de la vida de los hombres se hallan, ha sido calculado con suficiente exactitud por los geólogos, de modo que la historia de la cultura que se revela en los vestigios de la misma así sepultados, se relaciona al espesor más o menos grande de las capas mismas; y donde éstas permanecen sin que ningún trastorno violento de su formación gradual se haya producido, hacen ver que las más profundas contienen los residuos de las culturas primeras; los más toscos, los más burdos, frustráneos e imperfectos, en tanto que las capas progresivamente menos y menos profundas contienen otros menos y menos imperfectos, aun cuando a veces los descubiertos en una capa de terreno menos honda, hagan ver, por su imperfección, mayor que la de otros encontrados a profundidad más grande, que sobrevinieron acontecimientos cuyos resultados se tradujeron en degeneraciones de formas de cultura antes más adelantadas, y en retrocesos de las mismas.

23.—Claro es que si en los estratos geológicos de un país o de un Continente no se encuentran testimonios materiales ningunos de la habilidad de los hombres para fabricar los más primitivos de los útiles o implementos de los que las edades primeras de la civilización se sirven, esto probará que en el país o en el Continente en que tal ocurra no habrá habido hombres en los tiempos en los que sólo habilidad hayan tenido para dejar en tales útiles el testimonio de su ingenio y de su trabajo, y que sólo los habría cuando hubieran llegado ya a poder dejar vestigios menos informes de su pensamiento y de su voluntad.

24.—Esto es lo que ocurre en la totalidad del Continente Americano. No se han descubierto en él piedras ningunas, en cantidad suficiente, para probar que sean vestigios de la existencia de hombres que las hayan utilizado cuando solamente podían echar mano de los más informes y rudimentarios; todas las descubiertas patentizan, por lo contrario, que quienes de algún modo las pulimentaban habían dejado atrás desde hacía mucho tiempo, los previos períodos de su incipiente habilidad, y ésta es una de las más importantes razones por las que todos los sabios de verdadera reputación en el estudio de los hombres primitivos declaran que los primeros hombres que ha habido en la América no eran oriundos de ella, sino que a ella llegaron procedentes de otras partes del Mundo en donde habían comenzado ya a educarse y en donde de hecho se habían educado ya suficientemente para poder llegar al cabo a la América, cuando ya no se servían de los implementos más toscos, puesto que ya habían aprendido a pulimentarlos un poco, como lo patentizan las piedras que de armas les servían.

25.—La primera lección que nos dan los vestigios prehistóricos descubiertos en el subsuelo de la América es en resumen ésta: que no hubo hombres en el Continente Americano sino varios miles de años después de que habían aparecido en el Viejo Mundo: allá sus restos fósiles datan seguramente de más de 20,000 años antes de la Era Cristiana; acá sólo de 10,000; y que fue en el Viejo Mundo en donde aprendieron a manejar como armas las piedras más burdamente acondicionadas para ese fin y comenzaron toscamente a pulimentarlas; que acá no vinieron sino cuando habían aprendido el arte por el que principiaron a pulimentarlas.

26.—Corroborando estas conclusiones, la geogenia y la paleontología hacen ver primeramente que él hombre no ha podido cimentar su vida en lugar ninguno de la tierra sino cuando las condiciones climáticas de éste han hecho posible la vida humana y que esto no ha ocurrido simultáneamente en todo el globo terráqueo: Carlos Schuckert, Profesor Emérito de Paleontología en la Universidad de Yale y de Geología Histórica en la Escuela Científica de Scheffield, estima que el hombre de Neándertal, lugar situado entre Dúseldorf y Elberfeld, en Alemania, vivió refugiándose en cavernas en Francia en el último período glacial, que preva-

lció allá hace de 60 a 150,000 años, en tanto que el clima de la América del Norte no pudo ser habitable para los hombres sino hará a lo sumo 20,000 años.

27.—La geogenia y la paleontología han patentizado asimismo, como el Profesor Schuckert lo observa, que el hombre no pudo vivir en el lado del oriente de la América del Norte, cuando ya le era posible habitar a los pies de las cordilleras del oeste, en donde los hielos de los glaciares se habían fundido ya, desde más de 18,000 años antes de Jesucristo, y que por lo mismo le fue posible desde esa época comenzar la larga serie de las milenarias migraciones que, por el puente natural que entonces existía entre el Noroeste del Asia y el Noroeste de la América, les permitieron venir del Viejo al Nuevo Continente.

28.—Los hombres llamados de Neándertal, que en Europa ocuparon una área extensísima, "sabían ya encender el fuego", dice Moret en su Historia del Oriente, "y tenían un instinto religioso" —leamos: *un sentimiento religioso* que se vinculaba a su creencia de que algo supervivía del hombre después de la muerte— y que se "manifestaba en el respeto con el que a sus muertos veían, cuyos restos depositaban en sus tumbas, mediante ceremonias especiales".

29.—Los primeros que a la América vinieron, los primeros que al territorio hoy mexicano llegaron, encontrábanse ya seguramente en condiciones análogas a los de Neándertal; eran de la edad de la piedra pulida, habían tenido ya que arrostrar dificultades inmensas para poder sobrevivir, y seguramente fue entonces cuando cercados y acosados por ellas, por el hambre, por la sed, por el frío, por vendabales desencadenados con furia, por aguaceros torrenciales y por tempestades furibundas, y casi desnudos y casi absolutamente desprovistos de recursos de defensa contra la intemperie, tuvieron repetidas veces, acaso sin cesar, la intuición de Lo Infinito, si bien limitado y circunscrito a las potencias que los tenían bajo su yugo que eran para ellos ora benéficas ora maléficas: el viento suave después del ardor implacable del sol, les devolvía la vida;

el huracanado los asfixiaba; una lluvia pasajera tonificaba sus cuerpos, y el agua de las lagunas y de los ríos les devolvía la vida y el vigor; mientras que desatada diluvialmente los ahogaba en sus terribles crecientes y en sus implacables inundaciones que los arrastraban y los hacían desaparecer; la tierra misma, que era para ellos semejante a una madre cuando les ofrecía sus raíces, sus frutos silvestres y el abrigo de sus árboles, enloquecida y bifurcada los hacía llegar al colmo del pavor cuando se abrían en ella grietas y temblaba, y por las bocas de sus volcanes fuego, cenizas y espesas columnas de humo y corrientes de lava incandescente vomitaba.

30.—A los espectáculos súbitos de los terribles cataclismos que en el ánimo de los hombres de aquellas edades no podían menos que mantener vivos los sobrecogientes sentimientos religiosos, deformados luego por el trabajo delirante de la imaginación que al concretarlos los empequeñecía, agregábase el espectáculo también angustioso de los peligros suscitados por las agresiones de las fieras y de los animales hambrientos y feroces; éstos sabían tomar también apariencias contradictorias y equivocadas; ningunos tanto como las de las serpientes; que si todas impresionaban por la escurridiza y artera velocidad y por la singularidad curvilínea de sus movimientos, siempre misteriosas y cautelosas, eran unas, inofensivas, y otras, mortíferas, y todas incomprensibles.

31.—Más, sin embargo, que los animales, los hombres vinieron haciéndose de peligro creciente, los unos para los otros en la prosecución del interminable itinerario de las peregrinaciones sucesivas que los trajeron del Noreste al Sureste, al Sur y al Este, hasta lo que es hoy México. Los que a cada lugar llegaban primero, podían establecerse en él sin que nadie se los disputara y preferían detenerse en los que más ventajas les ofrecían, a la orilla de los lagos, por la abundancia de los mantenimientos y en los sitios de mejor clima abrigados contra los vendabales y las borrascas. Privilegiadas parecen haber sido las tierras comarcanas de las vastas lagunas en aquellos tiempos mucho más extensas que lo que son ahora, comprendidas en los altos y hermosos valles de forma

lenticular que existen entre las cordilleras que ahora llamamos la Sierra Nevada y los Montes de las Cascadas del oeste de California y las inmensas cordilleras Rocosas. Los que llegaron después trataron de expulsar a los primeros desalojándolos de los sitios preferentes, y no pocas veces lo consiguieron forzándolos a seguir adelante o a remontarse a lo alto de las montañas y a encumbrarse en sitios inaccesibles. Otras veces también las localidades mejores viéronse obligados a abandonar a causa de bruscos cambios climáticos, por largas y espantosas sequías periódicas e inesperadas que todo más o menos asolaban y que los más avisados de los individuos que acaudillaban a las tribus en marcha sabían predecir atinadamente, por la observación del vuelo y de la emigración repentina de las aves acuáticas, rumbo al sur, casi siempre.

32.—La fuerza propulsora que más pertinazmente obró para lanzar a las agrupaciones humanas siempre más lejos, fue sin duda la de las migraciones mismas que, sucediéndose unas a otras, al través de millares de años determinaron la paulatina bajada de tribus a las pendientes orientales de las Montañas Rocosas hasta las inmensas llanuras del río Mississippí, del Río Missouri y del Ohio y las peregrinaciones de las tribus aztecas dirigidas hacia el territorio mexicano. Los pueblos menos organizados, más incultos y más débiles fueron simplemente desbaratados, y sin desaparecer, defendidos principalmente por la aspereza y la escasez de recursos de los sitios en los que se refugiaron, vinieron a ser a uno y otro lado de la zona más importante de despedazamiento de los agregados humanos, implantación más o menos transitoria de los que victoriosos quedaban, las tribus esparcidas y de pobrísima cultura que subsisten aún las más atrasadas de todas, lo mismo en parte del oeste californiano que en las tierras mexicanas.

33.—Los grandes agentes educativos de aquellos pueblos en marcha fueron, pues, de una parte, la naturaleza virgen e inexplorada, inmensa, poblada de sorpresas y de misterios, fascinadora y atractiva que paso a paso vinieron, al través de siglos y siglos, recorriendo, de la que los más perspicaces, hombres y mujeres, sorprendieron a veces parte mínima de sus secretos, y sobre todo, algunos de los de las plantas y de los de los animales alimenticios, y de las plantas y animales cuya sustancia o cuyo jugo tenían poder curativo de llagas y de mordeduras de bestias dañinas, lo mismo que todo lo demás que de cualquier modo podía serles útil saber: de la otra parte, igualmente la naturaleza también, aparentemente superior, la del Cielo en la que los ordenados movimientos del Sol, de la Luna y de las estrellas, y las apariciones repentinas de los cometas habían despertado ya en los más remotos de sus antepasados desde antes de que a la América sus tribus vinieran, como en ellos mismos seguían despertando, la admiración y la atención de todos; más aún la de los más observadores, y el religioso respeto de cuantos en sus maravillas detenían las miradas, suscitado igualmente por el Cielo mismo, que ora amenazando y cubierto por nubes sombrías cuyo seno desgarraban fulgurantes relámpagos, ora azul, hondo y luminoso, ora palpitante de temblorosas y brillantes estrellas, mejor que nada producía la intuición, la certidumbre y la emoción sobrecogedora, por encima de los inmensos desiertos, y de los árboles, los bosques, las cataratas, los lagos y los ríos, y por sobre los minúsculos seres humanos, de algo más grande que todo, más encumbrado, más glorioso y más duradero, insondable, misterioso e incomprensible aunque también a él subiera la imaginación para dividirlo y subdividirlo entre entidades contradictorias.

34.—Naturalmente los hombres y las mujeres de cada tribu que más agudamente sorprendían los secretos de las cosas, inadvertidas para quienes tenían ojos menos avizores, eran admirados por estos últimos que en torno de ellos se agrupaban cuando algún suceso imprevisto y sorprendente ocurría, o algún peligro se presentaba, o alguna desgracia acontecía; que sabían ellos entender lo que les anunciaban los repentinos gritos y el vuelo de las aves, las voces lastimeras y acongojadas de los animales, el silbido ríspido y súbito de las serpientes, el enrojecido velo que se diría ensangrentado con el que a veces parecía cubrirse la cara del Sol, y el largo

ulular del viento en las noches tormentosas y fúnebres. Ellos eran los adivinos y los curanderos, los hechiceros, los que al parecer todo lo sabían, los que si querían, pronosticaban, los que si buena voluntad tenían para alguno o para todos, los salvaban; ¿no eran ellos también los que, a su modo, al pueblo todo educaban?

35.—Educaban por supuesto a los niños sus padres, que los sostenían, que los amparaban, que los defendían, que lo que sabían les enseñaban, que les descubrían los peligros y les explicaban el modo de prevenirlos o aun de afrontarlos cuando era fuerza que los arrostraran; pero no bien comenzaban a crecer los niños, a su turno a sus padres ayudaban y así unos a otros lecciones de amor y de consideración recíproca se daban, todos maestros y discípulos todos unos de otros. Y cuando más grandecillos los niños estaban con los que eran más o menos de su edad, se acompañaban, maestros a su vez incipientes, de los que a ellos se asemejaban, y preparándose ya todos juntos para cuando hombres fueran y las rudas exigencias de la vida común compartieran. Así han sido los hombres todos en todos los pueblos. Así los antepasados de los antiguos mexicanos durante sus largas peregrinaciones, cuando sin saber que a México venían porque México aún no existía, a México a cada paso de su vida se acercaban.

36.—Los peregrinos que desde tan lejos venían, y que más allá de cada lugar en donde se detenían, otros lugares descubrían, con nuevos horizontes y nuevos montes y nuevos panoramas, no podían por supuesto entender que no tuviese todo un más allá. No; aquel viejo inspirado que era su mentor y su guía, aquel que todo lo sabía y que una vez cayó ante ellos y todos dijeron que se moría; que inmóvil quedó luego, que ya no respiraba, que ya no hablaba; que con el cuerpo rígido, inerte como un tronco, yacía; no; sin duda de algún otro modo continuaba viviendo; en sus sueños los que antes por él eran conducidos lo encontraban, con su misma mirada de antes los vería, con su misma palabra dábales consejos y convertido quizás en un pájaro, que a la hora de su fallecimiento vieron todos de repente volar, ahora los guiaba aún. Más allá, como la

tierra que no se acababa nunca delante de ellos, iba él también siempre más allá.

37.—Al pensar así en él, al mirarlo y al sentirlo siempre junto a ellos, ora enojado, ora complacido, lo temían y lo amaban. En alguna manera lo deificaban. Fue así como crearon a algunos de sus dioses, con la imaginación que, haciéndoles revivir su memoria, al propio tiempo los simplificaba y los transfiguraba, convirtiéndolos también más que antes en sus maestros del más allá, sólo en especiales y contadas circunstancias para bien suyo.

De esta suerte llevan todos, padres e hijos, y generaciones tras generaciones, en lo inconsciente de sí mismos, aquel inconsciente colectivo de todos los hombres estudiado por el psicólogo suizo *Carlos Gustavo Jung;* en aquel inconsciente colectivo más intensamente sentido y vivido sin duda por los hombres, mientras más cerca están del momento en que en su ánimo vino a existir, convertido para ellos en una fuerza interior formidable que los subyugaba.

38.—Cuando esto ocurría en cada cual aislado, o en grupos pequeños de gentes que se comunicaban unos a otros lo que creían ver y oír sin darle más que una forma confusa y grandemente imperfecta, menor era el peligro en que se encontraban; pero cuando los más astutos y más entendidos de los hombres que por eso tenían mejor influencia, interpretaban y explicaban lo que los demás decían, e inventaban más y más amplificaciones e incidentes y consiguientes que pudieran parecer maravillosos, sobre todo, cuando al propio tiempo se sentían ellos o creían sentirse poseídos por el muerto, o poseedores y dueños de él y de su poder, cada vez mayor en su pensamiento y en los de quienes por él venían a éstos fascinados, el peligro crecía en que habían caído estos últimos de perder su voluntad y hasta su personalidad misma, y de ser arrastrados por la del que de ella se apoderaba para convertirlos en instrumentos de sus designios y de sus propósitos, todo lo cual explica el origen de los gobiernos más o menos teocráticos, como los que en gran parte llegaron a tener muchos de los antiguos habitantes del

mundo tanto en el Continente Americano cuanto en el resto del Globo terráqueo, y es claro que el peligro se hizo todavía de mayor importancia cuando el que o los que así vinieron a ser sacerdotes de un nuevo culto o de los primeros cultos eran también el o los más salientes, los más osados, los de espíritu más ágil y más fértil en recursos para salir airosos en frente de lo inesperado y de las más grandes dificultades. Sacerdotes al propio tiempo que guerreros, caudillos y guías, su poder vino a ser incontrastable y a su muerte fueron deificados ellos también por sus sucesores.

39.—El valor de la educación que así operó durante miles de años sobre los hombres es consecuencia parcialmente benéfica y en gran parte funesta: benéfica en cuanto les ayudó para sobrevivir en medio de las penalidades y las dificultades inmensas que los ponían incesantemente en riesgo de perder la vida; benéfica asimismo porque contribuyó de un modo eficaz para crear entre ellos los primeros vínculos de la familia primitiva, defectuosísima como era sin embargo en muchos sentidos, y benéfica igualmente porque contribuyó a robustecer los vínculos de los primitivos agregados sociales; funesta, no obstante, porque creó sujeciones absurdas y oscureció y esclavizó el pensamiento, atando además la voluntad de los que, cada vez más, dejaron de pensar y de gobernarse por sí propios.

Capítulo III

LAS EXCELENCIAS Y LAS DEFICIENCIAS EDUCATIVAS DE LOS GRANDES PUEBLOS ABORIGENES DEL ESTE Y DEL SURESTE DE MEXICO

40.—Considera bien probado el Profesor Schuckert que "los indios constructores de los *mounds*, de los montículos de tierra apisonada cuyas toscas moles representan en las planicies inclinadas de la cuenca del río Mississippi, gigantescos animales —generalmente mamíferos—, vivían allá cuando menos hace 5,000 años —por lo mismo cerca de 3,000 antes de la Era Cristiana—; mucho después, en consecuencia, de aquel tiempo en que allá habían desaparecido dos especies de enormes elefantes y las diez especies de caballos cuyos rostros fosilizados se descubrieron en el siglo XIX en más profundas capas geológicas, y observa, en cambio, que fueron contemporáneos de los mastodontes y de otra especie de elefantes menos antiguos. ¿Fue la memoria colectiva que aquellos hombres tendrían, de animales más grandes aún que los que en su vida pudieron conocer, fue la de sus antepasados existentes antes en el Viejo Mundo, que se perpetuaba en los pósteros, la que inspiraba la imaginación de los que los *mounds* edificaron, movidos a ello sin duda también por emociones religiosas que levantaban su ánimo hasta concepciones grandiosas?

41.—¿Fueron los constructores de los *mounds* de la cuenca de los tres inmensos ríos, el Missouri, el Mississippi y el Ohio, ante-

pasados de la misteriosa raza de los *Olmecas* o *Ulmecas*, que después de vivir en aquella magnífica cuenca se habían extendido siguiendo la curva occidental de la costa del Golfo de México, y que deteniéndose en diferentes partes de ella habían construído, en lo que ahora forma una extensión considerable del Estado de Veracruz, los enormes templos piramidales cuyos restos llegaron a tomar la apariencia de colinas recubiertas de vegetación? Han sido descubiertos y sigue descubriéndoseles por quienes han venido explorando su estructura, durante siglos ignorada, que maravillándonos nos cautiva. ¿Fueron descendientes de los constructores de *mounds* los que, con el nombre de *mayas*, dejaron a sus sucesores los monumentos arquitectónicos, en ruinas ahora, y los monolitos espléndidos que se encuentran en Yucatán y en Guatemala? ¿Son descendientes igualmente de los constructores de *mounds* o están estrechamente emparentados con ellos o con los mayas los que en la altiplanicie mexicana informaron la cultura conocida con el nombre de *tolteca?*

42.—Es en todo caso un hecho que la estructura huesosa de *los mayas* y de sus congéneres de la vertiente oriental de la altiplanicie mexicana: totonacas, cempoaltecas y huaxtecas, es distinta de la de los *aztecas* de la altiplanicie mexicana; que en tanto que éstos por su cráneo ovoideo, marcadamente alargado de adelante a atrás, merecen el nombre de dólico-céfalos, los *mayas* por su cráneo de sección aproximadamente redonda son un hermoso tipo de braquicéfalos; y es notorio también que las migraciones de los mayas son anteriores a las de los aztecas, y que tanto los restos de la arquitectura maya y los relieves esculpidos que se encuentran en Yucatán y en Guatemala, cuanto los diseños jeroglíficos de los Códices mayas, y los testimonios de la arquitectura de Teotihuacán, lo mismo que los frescos murales de la misma que han llegado hasta nosotros y más todavía los de Chichén Itzá caracterizan dotes extraordinarias de los pueblos que nos los legaron.

43.—Dos observaciones fundamentales me parece que se imponen a la consideración de todo esto: es la primera, que no obstante que sin duda eran gobiernos teocráticos los de Yucatán y Teotihuacán, y que por lo mismo la educación cívica que en Yucatán y en Teotihuacán existió seguramente, aun cuando no haya sido determinada más que por los fenómenos psíquicos de los que en sus públicas ceremonias eran manifestación y expresión, la vida del pueblo se coordinaba en inmensas reuniones y en festividades que tenían por teatro espacios enormes dominados y circuidos, por ejemplo en Teotihuacán, por altas terrazas y por construcciones piramidales, lo cual entraña orden, concierto y coparticipación, así como una forma de libertad a la vez que de comunidad que existiera también en los grandes sitios destinados a juegos de pelota.

La segunda observación es que tanto en los frescos cuanto en las figuras esculpidas y en los motivos decorativos, particularmente en Yucatán, nada hay rígido y hierático, y por lo mismo nada tampoco estereotipado y monótono, sino que el artista da libre juego a sus aptitudes aun cuando las refiera a los temas que le sirvan de asueto obligado, de tal suerte que la riqueza expresiva, por ejemplo, de las figuras de animales y de las figuras humanas que componen los códices mayas, es verdaderamente increíble y que la expresión de contenido psíquico raya en lo inverosímil, con una intensidad de vida, de intención y de para nosotros hermética significación, que pasma de asombro al que lo contempla.

44.—De estas dos observaciones que todo el mundo puede hacer se desprende la de la originalidad inconfundible de las ciencias mayas y teotihuacanas y su individualidad e independencia, si se intenta compararlas con cualesquiera otras de las más afamadas del mundo.

45.—¿Qué puede significar esto sino que en Teotihuacán y en Yucatán se encontró un medio de conciliar la libertad de quienes idearon las grandes obras y la distribución de las mismas en las grandes áreas que ocuparon así como el de asegurar en todo caso la coordinación de las partes de ellas unas con otras, sin sacrificar a la variedad la unidad? ¿Y cómo lograr esto, que es la condición

misma *sine qua non* de las obras de arte, sino mediante una educación de la que todos sean copartícipes, que respete la iniciativa libre de todos, en concierto con las miras comunes en que todos estén de acuerdo? ¿No es indispensable para ello que la tradición se conserve sin que esclavice a nadie porque a todos deja el libre juego de su personalidad siempre que no impida que florezca la de todos los demás?

46.—Seguramente cualidades que estos requisitos entrañan se ostentan más aún que en Teotihuacán en Yucatán, y lo mismo allá que acá por el enlace de la libertad y de la sociabilidad, que sólo puede lograrse si un ambiente común asimismo de libertad y sociabilidad educativas por igual para todos, prevalece normalmente.

47.—¿Cómo explicarse entonces que habiendo sido originadas así las dos culturas que tántos puntos afines tienen, la teotihuacana y la de Yucatán, hayan venido ambas a concluir en gran parte en un inmenso fracaso, en ruinas y en monumentos que paulatinas acumulaciones de sedimentos y de tierra vegetal han recubierto y desfigurado, y que sólo gracias a reiterados y cuidadosos trabajos de exploración y de reconstitución están revelándonos más y más sus méritos?

48.—La desaparición de las épocas en las que los *mounds* de la cuenca del Mississippí, las pirámides de la vertiente oriental de la Sierra Madre Mexicana, las ciudades, los palacios, los templos, los observatorios astronómicos de Yucatán y Guatemala y las pirámides de Teotihuacán fueron edificadas, la supervivencia en México de descendientes de aquellos prodigiosos constructores que ya no manifiestan tener como sus antepasados el *quid* divino que con éstos se manifestaba y que aún hoy causa nuestra admiración tiene algo ciertamente de aterrador. ¿Es que la educación que seguramente existió entre ellos tuvo alguna deficiencia que orgánicamente la condenara a la esterilidad?

49.—Los constructores de *mounds*, como los de las ciudades, de las pirámides, de los palacios, de los templos, y los autores de los códices mayas supieron conservar la genuina individualidad libre y señera de sus creaciones artísticas y concertarla con las energías y el trabajo, el pensamiento, los sentimientos y la voluntad directiva de sus actividades conjuntas para darles forma perdurable que ha logrado trasmitir al través de los siglos sus obras, que nos revelan los ensueños gigantescos y retrospectivos de los constructores de *mounds* cuyo inconsciente colectivo les llevaba a proyectar agigantados sobre la tierra las supervivencias de su memoria de los animales de otros continentes en los que primero habían estado; la aspiración a un ideal sobrehumano que en el alma llevaban quienes erigieron las pirámides en cuyo ápice celebraban ceremonias en honor de sus dioses supo descubrir asimismo dentro de ellos su ansia de un más allá cuya superioridad absoluta reconocían; los escultores y los pintores que en Teotihuacán y en Yucatán florecieron, tuvieron igualmente la intuición a la vez individual y colectiva de sus propias ensoñaciones, expresada con singular belleza y acierto en sus obras; la educación que a sí mismos cada uno de ellos se daba y la que de la existencia correlacionada de todos resultaba fueron suficientes para todo esto.

50.—Ninguno de ellos, por lo contrario, ni las agrupaciones humanas que ellos constituyeron llegó a adaptarse de un modo permanente al medio en el que vivían porque no lograron entender, de manera satisfactoria para sus necesidades, las condiciones y la naturaleza peculiar de lo que los rodeaba; de esto provinieron seguramente sus incesantes emigraciones: del Norte al Oeste del Golfo de México; de allí al Sur del mismo Golfo y al Oeste del Mar de las Antillas; del declive de la Sierra Madre Occidental a la grande altiplanicie mexicana, y esto determinó en ellos una condición de nomadismo intermitente que se volvió más ostensible en Yucatán y en Guatemala al producirse las periódicas sequías cuya pulsación ha sido puesta de manifiesto por Ellsivorth Huntington en su obra admirable sobre los *Cambios Climáticos, Su Naturaleza y sus Cau-*

sas, publicada por la Imprenta de la Universidad de Yale en 1922, en la que se patentiza cómo han correspondido los años de lluvias abundantes y de fertilidad de las regiones californianas del Oeste de los Estados Unidos a la falta de lluvias y a la sequía del Sureste de México, y cómo invirtiéndose estos grandes acontecimientos, se han alternado las intensas desecaciones del Noroeste que corresponden a las lluvias más copiosas y a la fertilidad del Sureste.

51.—Si los mayas, si los constructores de las pirámides, si quienes erigieron los *mounds* tuvieron, por lo que se refiere a sí propios y a sus agrupaciones humanas, *la visión de la realidad*, que no otra cosa es *la intuición*, y la proyectaron fuera de sí mismos en obras perdurables, con lo cual demostraron que eran excelentes artistas, si tuvieron también, por lo que se refiere al espectáculo de los cambiantes movimientos de los cuerpos celestes y a su relación con la vida de la naturaleza, asimismo *la visión de la realidad* que les permitió hacer los admirables calendarios que hicieron, en los que proyectaron sus intuiciones de la medida del tiempo cada vez más objetivamente corregidos y rectificados, gracias a que supieron poner en relación sus observaciones relativas a los movimientos aparentes de la Luna con las de los del Sol y de las estrellas, no llegaron en cambio a realizar un número suficiente de intuiciones de la naturaleza terrestre para adquirir otra cosa que conocimientos empíricos incoordinados de la misma, y esto los puso en condición de inferioridad para adaptarse a ella satisfactoriamente, con lo cual en este aspecto resultó profundamente trunca la educación.

52.—Más truncas e imperfectas aún fueron sus intuiciones y por tanto sus conocimientos referentes a los demás hombres. Las que a este respecto tuvieron los hicieron comprender las necesidades conjuntas de los hombres de su misma raza y de su misma lengua y les permitieron entenderse un tanto con ellos, avanzando en esto a tal grado, que concibieron la necesidad de respetar dentro de convenciones y restricciones fundamentales la autonomía de entidades de su misma cultura y de su propia ideología, con lo cual

llegaron a constituir la Federación de pueblos de Mayapán, pero de una parte no llegaron seguramente a acercar suficientemente la mentalidad de todos los individuos que componían sus agregados para que todos recíprocamente pudieran entenderse bien, y menos aún les fue dable darse cuenta de que ningún pueblo se basta a sí mismo y de que necesita, si ha de subsistir, pasar de la vida puramente comunal o nacional a la vida internacional y a la vida mundial. Lo poco que pudieron comprender a este respecto, que permitió seguramente, a los que vivían en relación con los mares próximos, y con los habitantes de las comarcas más o menos cercanas, extender un poco más su panorama mental, no les dio una visión suficiente para salir de su aislamiento y subir a formas superiores y ampliamente extensas de sociabilidad. El resultado de esto no podía ser otro que el de las incomprensiones y las desconfianzas recíprocas de los grupos humanos, que, complicado con las acechanzas y las ambiciones de poder y de dominio individuales, originaban luchas de unos y otros; todo lo cual tuvo que parar en el estado de desunión en que sorprendió a los aborígenes la llegada de los blancos, a cuyo advenimiento se habían convertido ya en hacinamiento de ruinas gran parte de las grandes construcciones que habían sido el orgullo de épocas anteriores.

Capítulo IV

EL BIEN Y EL MAL EN EL PENSAMIENTO Y EN LA VIDA DE LOS AZTECAS

53.—La influencia maya caracterizada en su familia étnica, por su lengua y por su cultura, se extendió seguramente a una parte del Norte y del Oriente de lo que hoy forma los Estados de Tabasco y de Chiapas, y llegó al Norte de Oaxaca, así como, en Centroamérica, a Belice y a Honduras; y ya dijimos que se encumbró hasta los altos valles del Este de la Altiplanicie mexicana. Particularmente en esta última le fue disputado el predominio por la gran familia *dolico-céfala* de los *uto-aztecas,* y más especialmente por la subdivisión azteca de los mismos, llamada también náhuatl o mexicana, que extendió sus conquistas y la creciente amenaza de su absoluto dominio por el lado del oriente hasta el Golfo de México.

54.—Las tribus uto-aztecas hicieron su peregrinación migratoria de Noroeste a Sureste cuando ya el país estaba ocupado por poblaciones anteriores que no pudieron ser desalojadas de los sitios más favorables para la vida sino después de violentas peleas. La última tribu en marcha, la de los aztecas propiamente dichos, se encontró en la necesidad de arrostrar mayores dificultades y de luchar más obstinadamente para llegar a establecerse. ¿Había vivido antes en la región de los lagos del Sur de la Alta California que sería su primer Anáhuac —voz que en la lengua azteca significa *junto al agua?* ¿De allá tuvo que emigrar a causa de uno de

aquellos cambios climáticos descritos por Huntington, en el que la falta de lluvias y la progresiva desecación de los lagos les privaría de gran parte de sus medios de subsistencia?

55.—La desadaptación en todo caso que tuvo que sufrir al dejar el medio ambiente en que había vivido y su lenta adaptación al que tuvo que recorrer en su larga emigración hacia el Sur y el Sureste constituyeron para la tribu de los mexicanos un largo y difícil proceso educativo que hizo de ellos hombres que llegaron a ser seleccionados naturalmente por las mismas dificultades que tuvieron que arrostrar día por día y aun momento por momento; que no permitieron que sobreviviesen más que los más resistentes de ellos, los más perseverantes, los más avezados a encontrarse con obstáculos y a convertir cada nueva emergencia de su vida en un problema que tenía que ser resuelto para poder sobrevivir y seguir adelante.

56.—Cinco principales resultados de esto se siguieron: *el primero* fue el del aguzamiento de sus sentidos y de sus sensaciones, por el que sus intuiciones sensoriales les dieron conocimientos empíricos ciertamente muy variados y extensos del mundo externo: de las raíces nutritivas, de los tubérculos y de las plantas xerófilas de las estepas y de los desiertos que en los lugares pedregosos y aparentemente estériles, les brindaban los jugos que albergaban bajo su cutícula coriácea y espinosa; de los animales huidizos que de alimento les servían y de las aves lo mismo que de los reptiles, de todos los seres vivientes y aun de las piedras mismas, de las múltiples sorpresas de los montes, de las arboledas, de las huizacheras, de las nopaleras y las espesuras de plantas enmarañadas, y de los ríos y sus crecientes, los agüajes efímeros y las súbitas tempestades; *el segundo,* el de su habilidad, en gran parte intuitiva y sensorial también, pero a la vez reflexiva y discursiva, por la que vinieron a hacerse cargo del significado de las huellas de animales y de hombres, del de los gritos, los cantos, los aullidos, los susurros, los silbos, lo cual era para ellos de la mayor significación porque para poder seguir adelante su marcha o para poder siquiera permanecer

en los sitios a los que habían llegado necesitaban generalmente luchar con los hombres a quienes encontraran y vencerlos; de preferencia tomándolos inesperadamente por sorpresa; *el tercer resultado* de los esfuerzos de desadaptación y de adaptación súbitas de la azarosa vida en sus inmensas peregrinaciones llenas de vicisitudes fue la cohesión cada vez mayor de su grupo en marcha, y en subordinación absoluta al jefe o a los jefes que los guiaban; lo cual tuvo para ellos una enorme trascendencia cívica y social, si bien restringida sólo a su tribu, seleccionada y separada, desconfiadamente, de todas las demás; *el cuarto* fue un efecto de los precedentes: fue la habilidad creciente que adquirieron para hacer más y más flexible su lengua, que rápidamente llegó a tener los caracteres propios de una lengua de semiflexión y a encontrarse en la posibilidad de formar variadísimas palabras compuestas en las que los que inteligentemente las hablaban traducían las asociaciones de sus intuiciones volviéndolas descriptivas, principalmente de los caracteres externos de los lugares y de las cosas y de su ubicación, dándoles grande alcance y acierto para constituir con ellas toponimias y definiciones geográficas. En fin, *el último resultado* de su vida peregrinante y más aún, de la que desarrollaron en los desiertos, fue la intensificación de sus experiencias religiosas, y la deformación cada vez mayor de las mismas por el trabajo de la imaginación: encontrándose como se encontraban con la mayor frecuencia cara a cara inesperadamente con la muerte y viendo perecer junto a ellos a muchos de los que su grupo itinerante formaban, hacíanse cargo de la gran verdad de su nada frente a frente de potencias oscuras e incontrastables y se les hacía palmaria la diferencia absoluta que hay entre lo finito y Lo Infinito. Lo finito, lo deleznable, lo que en la mañana es y a la tarde no es, el hombre, cada uno de los hombres, todos los hombres que hoy gritan, luchan, corren, comen, vencen, cantan, y mañana yacen inmóviles, sin voz, sin mirada y sin aliento, incapaces de sacudir de su cuerpo ni una hormiga que se atreva a escarabajear su camino sobre ellos. Lo Infinito siempre igual y siempre solemne y hermoso, con sus amaneceres en que crecen instante por instante la luz, los colores y la esperanza; sus medios días de plenitud ardorosa y fuerte, sus crepúsculos con fiestas inmensas de toda suerte de celestiales colores y sus noches rutilantes de estrellas. ¿Cómo al ver esta *Ineludible Constancia* del Sol, todos los días; de la refrescante tiniebla y sus insondables misterios, todas las noches; del viento amigo y del viento enemigo que uno y otro nos acompañan y nos envuelven y entran y salen alternativamente de nuestro cuerpo mientras estamos vivos y lo mismo ondulan con tenue suavidad meciendo sobre su frágil tallo las flores, que arrancan de cuajo los árboles, no sentir el sobrecogimiento lleno de temor y de respeto que inspira *Lo Divino* y no sentirlo más aún al llegar a la cima de un monte desde la cual en todas las direcciones se dilata con la mirada el alma, hasta hacer que su nombre dieran los aztecas no a uno sino a muchos de los montes, llamándolos *Teotépetl* porque juntaban así dos vocablos: *tepetl*, cerro, y *Teotl* Dios, para decir con los dos juntos, *Cerro de Dios?*

57.—La intuición de *Lo Infinito* vino a ser así la más importante, la más constante, la omnipresente en el ánimo de los aztecas y los convirtió en un pueblo de temperamento profunda y definitivamente religioso; pero al mismo tiempo, por la ingente necesidad que todo hombre tiene de explicarse de algún modo cuanto lo pone en conmoción, llevó a los aztecas a idear innúmeras teogonías en las que se difundían su aspiración y su certidumbre de un Más Allá con intensidad tan grande, que hizo de ellos uno de los pueblos de más alto y más grande impulso poético.

58.—Por contraposición, sin embargo, sumergió a la casi totalidad de los que experimentaban el estado mental obsesionante con todo eso producido, en una condición *de dependencia* con respecto a las múltiples divinidades a las que dio ser su imaginación, y en un estado obsesivo de miedo de las mismas, sólo parcialmente restringido por el miedo y a la par por la esperanza que acabaron por cifrar en los que más de sus divinidades afirmaban saber: de sus mitologías, en gran parte por el inconsciente colectivo inventadas; vinculados a la vida y a la muerte de los conductores de las

tribus en marcha, sobre todo de la de los mexicanos; a tal grado que varios de ellos, sacerdotes de los dioses y conocedores de cuanto la tribu sabía, llegaron a ser convertidos a su muerte en semidioses, y alguno o algunos de ellos —¿Huitzilopochtli? ¿Tezcatlipoca? . . .— en dioses.

59.—Los sacerdotes de la tribu llegaron a sentirse dueños de las divinidades así creadas: uno de ellos, uno de los más grandes, recibía entre los mexicanos el nombre de *Teo-tecahtle*, Señor del dios; con mayor razón dueños fueron de las voluntades del pueblo; y sumando generalmente como en su persona sabían sumar también los caracteres y los atributos de los guerreros más atrevidos y más resueltos, su poder se hizo tan formidable que pudieron inventar e imponer formas increíbles de sacrificios humanos para aplacar a sus divinidades hasta llegar a sistematizar la pavorosa sucesión de ellos en el desarrollo de sus horrendos calendarios rituados de los que da aguda idea el Códice Pictórico de los Antiguos náhuas que se conserva en la Biblioteca de la Cámara de Diputados de París, del que hizo la historia, la descripción y la exposición circunstanciada y sabia Don Francisco del Paso y Troncoso en su magnífica obra publicada en Florencia en el año de 1898.

60.—Sobre dos espigas de rotación vino a girar como resultado de esto la vida de los mexicanos: la primera y más fuerte, la del miedo a sus dioses y a los intermediarios de éstos, los sacerdotes, que estaban en directa e inmediata comunicación con ellos; la segunda, la de la confianza en los dioses, movidos por el poder mágico de los sacerdotes y sobre todo por la espantosa virtud que sobre ellos ejercían los sacrificios humanos. ¿Qué podía ser sino nada, al lado de estas dos espigas de rotación de la existencia de cada cual, el poder de otra tribu, cualquiera que fuese, que interceptara su camino?

61.—Ocupados estaban ya a la llegada de los mexicanos el Valle de México, los sitios mejores del mismo, y casi el Valle todo,

por las tribus que los habían precedido, y ninguna de ellas se sentía dispuesta a tolerar ser desalojada o vencida por los advenedizos, ni menos a recibirlos y a permitirles que se establecieran pacíficamente entre ellos. Subrepticiamente introdujéronse sin embargo entre las cañas de la laguna quizás en el año de 1325, y desde allí empezaron a hacer luego súbitas y cautelosas incursiones cuyo resultado fue pronto que se hicieran tan odiados cuanto temidos, por su arrojo, por su bravura, por su violencia, por su incontrastable empuje, por su crueldad para quienes, más débiles, menos avezados a los combates, menos inhumanos que ellos, caían en su poder.

62.—Vicisitudes azarosas tuvieron ciertamente, pero de todas salieron triunfantes gracias a su rígida disciplina, a sus cualidades guerreras, a sus dotes de organización y de consolidación, todas ellas provenientes de la seguridad que tenían de la existencia de un más allá del que todo dependía, en el que figuraban con poder incontrastable sus divinidades, y de su certidumbre en que estaban de que, contando con la ayuda de sus divinidades que les sería dada siempre que las dejaran complacidas mediante sacrificios humanos, serían dueños y señores de todo el poder.

63.—Subdivisiones de la inmensa familia *yuto-azteca* en olas sucesivas al través de siglos, habían sido las que asaltaron y conquistaron las famosas pirámides de Teotihuacán, que caídas en poder de sus conquistadores y en parte seguramente destruídas por ellos, movieron en ellos impulsos de respeto, gracias a los cuales fueron rehechas recubriéndolas con otras, que conservaban en su interior los residuos de las primitivas construcciones y que se agigantaron con nuevas capas en ellas superpuestas, que concretan así su poder, su superioridad guerrera y su inferioridad cultural, en sincretismos materiales, asimilándose a medias la cultura a la que sus predecesores habían llegado ya y haciéndola al propio tiempo retroceder y degenerar. Y como, al propio tiempo, los que pasaban de algún modo de un grado más grande de atraso y de salvajismo y se civilizaban poco, se sentían amenazados por la llegada de nuevos inmigrantes salvajes, chichimecas, como llegó a llamárseles, enten-

diendo por esta palabra lo mismo que bárbaros, todos los grupos humanos se defendían entre todos y los más osados agredían a los menos osados, con lo cual se consolidaban los más fuertes a expensas de los más débiles y se desarrollaban simultáneamente cualidades guerreras que dentro de cada grupo podían ser ventajosas para quienes el grupo formaban porque lo defendían, lo salvaban de destrucciones posibles e inminentes y le aseguraban todas las ventajas materiales de las conquistas, la rapiña y los goces violentos de la dominación y del poder; en tanto que fuera del grupo, contra los vencidos eran un azote ominoso y terrible que sólo engendraba desventuras sin límites.

64.—La educación natural, que es un producto natural también del género de vida, produce en todo caso la adaptación de quienes viven esa vida en las condiciones resultantes de ella, y basta lo que de la misma hemos dicho hasta aquí para hacerse cargo de que en ella el bien y el mal se intrincaban constantemente en contubernio tal que sólo podía causar, como causó luego, la degeneración de las culturas a las que se había ido llegando.

Capítulo V

LA MAS IMPORTANTE DE LAS CULTURAS ARCAICAS DEL VALLE DE MEXICO

65.—Cuando los mexicanos de la gran familia yuto-azteca llegaron a principios del siglo XIV al Valle de México, ya la configuración geográfica de éste era la misma que ahora tiene, aunque todavía coronara frecuentemente el cráter del Popocatépetl la columna de humo que en nuestros días ha venido a desaparecer. Las lagunas, que entonces eran el más importante rasgo distintivo del fondo del valle, se extendían en él considerablemente, lo mismo que los bosques que vestían las montañas de los contornos desde el collar de arenas de las mismas sobre el que las cumbres más altas erguían, como yerguen aún, sus cimas de nieves eternas. Las aguas de las vertientes interiores del valle no tenían salida fuera de él: crecían con las lluvias y con los deshielos de los montes; establecían límites naturales entre los pueblos ribereños, y originaban a la vez formas de vida y de comunicación terrestre que sólo han venido a extinguirse en el presente siglo, después de que el gobierno del General Díaz logró consumar, en el año de 1900, la grande empresa de arrojar hacia el Noreste las aguas, concebida y comenzada a realizar desde el siglo XVI.

66.—No eran solamente tribus de la misma gran familia étnica y de los yuto-aztecas las que habían precedido a los mexicanos en el Valle de México; vencidas y reducidas a una condición de vasallaje, remontadas a las serranías, encontrábanse entonces,

como todavía ahora se encuentran, agrupaciones de indios otomíes, que por largo tiempo, aunque erróneamente, se creyó que habían sido los primeros pobladores. Antes que ellos otros habían existido; los vestigios de sus culturas nos han sido revelados por excavaciones realizadas en sitios varios del valle, especialmente en los años de 1911, 1912 y 1913 por la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, que pusieron de manifiesto la existencia de grandes basureros prehistóricos en los que *tepalcates*, rastro de despedazada alfarería indígena, patentizaron algunas de las formas a las que sus industrias primitivas habían llegado.

67.—De importancia mayor son las que han permitido descubrir los primitivos horizontes de una cultura más antigua que seguramente existió miles de años antes, debajo de la pequeña región de estructura volcánica ahora conocida con el nombre de *el pedregal de San Angel*, cuyo manto de lava principió a ser sistemáticamente explorado en agosto de 1918, en el pequeño lugar llamado *Copilco*, situado al Sureste de San Angel y de Chimaliztac y el Suroeste de Coyoacán, y en otro lugar, pequeño también, que se llama *Cuicuilco*.

68.—La cantera de Copilco tiene de 7 a 10 metros de espesor y bajo ella está un cementerio prehistórico. El testimonio de la existencia de indios en esa región del Valle de México antes de que el volcán del Xitli cubriera con regueros de lava ese cementerio, nos habla aún, eternizado en cierto modo por la cubierta de lava que lo sepultó.

Sobre la lava se yergue en Cuicuilco un antiguo teocalli cuyas terrazas están revestidas por una capa de guijarros, como suelen estar recubiertas las paredes de los viejos teocallis; y en Copilco, debajo de la lava y de una capa de ceniza volcánica, que cubría a otra, de tierra quemada, y a otra más, de tierra vegetal, es donde fueron descubiertos sepulcros construidos en forma de fosas cilíndricas u ovaladas, excavadas en el primitivo tepetate del subsuelo, y cubiertos con grandes piedras.

En ellos, con los huesos de los muertos, encontrábanse "cajetes, ollas de arcilla, pequeños ídolos, cabecitas de barro, metates de formas hoy desusadas, navajas de obsidiana, punzones de cuerno, orejeras y cuentas de piedra". Toscas las figuras humanas de barro, lleva una, enagüilla; y otra, de mujer, tiene pintadas de rojo las mejillas. Arqueólogos han creído reconocer en otra el simulacro del dios del fuego de los aztecas, el huehuetéctl o dios antiguo. Los metates allí encontrados hacen pensar en una forma de agricultura que conocerían ya los indios; que les permitiría cosechar granos, maíz, que en los metates molerían. El complejo tocado de las figuras humanas y los objetos de adorno sugieren el pensamiento de que los hombres a quienes todo eso pertenecía no eran insensibles al sentimiento de lo bello, ni se limitaban a vivir su vida aislados unos de otros, presos, dentro de sí mismos, en las sucesivas prisiones de sus instantes efímeros, sin perspectiva alguna que de los momentos fugaces de su vida se desbordara.

69.—El tocado mismo, las cuentas de piedra, los adornos, manifestaciones todo ello de un incipiente sentimiento artístico, revelarían quizás un sentido mágico atribuido al dibujo y arreglo del tocado, de las cuentas, de los adornos; una advertencia acaso de prohibición, de hechizo y encantamiento; un *tabú* de defensa; una imaginaria acción sobre las potencias invisibles cuyo amparo se creería así conseguido. Papel análogo al que se atribuye aun hoy por pueblos primitivos a nudos de lianas atados a la cintura; a tatuajes; a peines con figuras grabadas (V. párrafo 300, pág. 154 de mi *Ensayo de Psicología de la Adolescencia*. Méx. 1928), como mucho después, y aun hace pocos años, se atribuía poder mágico por gentes aparentemente cultas, a dijes. Todo esto en los pueblos prehistóricos ¿no revela ya una tendencia natural del alma humana a ir más allá de las limitaciones materiales del cuerpo y del mundo visible para llegar a los dominios sin fronteras del mundo invisible?

70.—La posición en la que al descubrirlas se encontraron las vasijas, junto a la boca de los cadáveres en los sepulcros de Copilco, nos deja ver que quienes allí los enterraron los creían en alguna manera vivos aún; vivos con una misteriosa vida posterior a su

muerte. Cuando pegada a la boca de sus muertos ponían los indios al enterrarlos una olla ¿ponían en ella, agua? ¿Pensaban en los viajeros milenarios que del fondo del Asia habían venido al techo del Anáhuac, al través de inmensos desiertos, en donde habían padecido la enloqueciente tortura de la sed? ¿pensaban en dar un poco de agua a sus muertos, que les calmara la sed durante su temeroso viaje postrero?

Su piedad y su amor no se engañaban al creer inmortales a sus muertos. Después de millares de años viviendo están aún en nuestros pensamientos sus pensamientos, en nuestra ternura su ternura; el alma de cada uno de ellos en nuestra alma, y creemos nosotros, más aún que ellos, en la inmortalidad de las almas.

71.—El hecho de darles sepultura en los sepulcros que para ellos construían, y el de rodearlos de los testigos materiales de su vida, de los objetos que a su lado ponían, vuelven manifiesto que practicaban conmovedores ritos funerarios; y sus ídolos hacen ostensible que no sólo creían en lo que materialmente veían, sino también en algo que no veían.

72.—Afamados geólogos juzgan que la erupción del volcán del Xitli que cubrió de lava las canteras de Copilco, en las que yace el cementerio prehistórico que atestigua que quienes en él fueron inhumados conocían ya el cultivo del maíz en las tierras semi áridas, ocurrió cerca de 4,000 años antes de Jesucristo. Por lo mismo haría más largo tiempo que antiguos habitantes del Valle de México habían descubierto el cultivo del maíz, y habrían pasado de la vida de cazadores y de recolectores de raíces y otros alimentos silvestres a la edad arcaica de la agricultura, que, modificando las condiciones de su existencia, los adaptó de modos nuevos a la tierra, y los desadaptó parcialmente de los antiguos, o lo que es lo mismo los educó. La cultura del maíz que así se había iniciado se iría luego propagando progresivamente al través de la América, y a juicio de Heriberto J. Spinden a mediados del siglo XVI de la Era Vulgar, estaría llegando a las regiones más boreales y más australes del Continente Americano.

Capítulo VI

LA DEFICIENCIA DEL SENTIDO HISTORICO DE LOS ANTIGUOS HABITANTES DE MEXICO Y SUS EFECTOS. LOS CONCEPTOS CARDINALES QUE HAY QUE TENER PRESENTES PARA ENTENDER LA GENESIS DE LOS FENOMENOS EDUCATIVOS

73.—Seguramente los mexicanos no tuvieron noticia ninguna de la cultura arcaica a la que debieran las razas indígenas el descubrimiento del cultivo del maíz, ni se hicieron cargo de que a aquellas razas debían ellos, como todos los demás pueblos que de ellas directa o indirectamente lo recibieran, el saber por el que les fue posible pasar de la condición económica inferior de cazadores y depredadores a la de agricultores.

Una de las infelicidades de inferioridad que resultan de que los pueblos no tengan más recuerdos de lo pasado que los de las hazañas de sus guerreros, entretejidos generalmente con las fantásticas mitologías de sus divinidades, consiste en que no llegan a tener verdadero sentido histórico, ni conciencia por lo mismo ninguna del fecundo desenvolvimiento gradual de la cultura y de la difusión sucesiva de éste, lo cual les impide formarse un concepto justo de lo que realmente valgan ellos y de lo que valen los demás, y les deforme el juicio con desmesurados egoísmos, a la par singularmente quiméricos y arrebatados por sus pasiones y por el natural engreimiento de sí propios y de las proezas de su violencia y de su bravura, casi siempre irreflexiva y ciega. Efecto de todo esto tiene

que ser que no pudiendo vivir otra vida que la propia suya, los pueblos que así viven, sólo en cuanto estorba al desarrollo de su ambición o se convierte en medio de satisfacción de ésta, tienen en cuenta la vida de los demás sin entender nunca que nadie pueda vivir bien sino con la ayuda de todos. En grado mayor o menor otro tanto ha ocurrido y ocurre todavía en casi todos los pueblos de la Tierra. En pocos de ellos sin embargo tan despiadada, constante y sistemáticamente ha pasado esto como pasó entre los antiguos mexicanos.

74.—Algunos conceptos fundamentales de carácter abstracto y general conviene enunciar aquí para ordenar por medio de ellos la exposición que en seguida habrá de ser analítica de los rasgos propios de la educación peculiar de los antiguos mexicanos y de los demás pueblos indígenas de México. Brevemente formulados recordarán:

1o. Que entendida en su más lato sentido, *la educación es* la transformación de los seres vivientes, producida bajo la influencia de las condiciones que los circundan, a la que reaccionan de acuerdo con su respectivo modo de ser, de lo cual resulta a la vez que ellos se modifican y que ellos modifican el medio ambiente en el que viven;

2o. Que el medio ambiente natural de la educación está constituído para el hombre no sólo por las condiciones físicas en que vive: por la naturaleza y altura del lugar o de los lugares en que habita, por los productos naturales que se encuentran a su alcance y por las variaciones climáticas de la temperatura, los vientos, la humedad, sino también por *el medio social* en que se encuentra, que sobre él determina sus efectos originando en él desde la simple *sensación de la presencia* de seres vivientes y particularmente de hombres a quienes no ve, pero que se da cuenta de que allí están invisibles, cercanos al sitio en que él está, hasta la ocasionada por la acción directa y sensible de ellos ya en el agregado fundamental de los mismos, ya en los agregados más complejos que son la tribu,

la ciudad, la provincia geográfica; sea cuando simplemente coexisten sin que se desarrollen en ellos clamorosas explosiones de sentimientos conjuntos, ya cuando éstos originen sobre todos los que los experimentan simultáneamente vastas y tumultuosas emociones y pasiones colectivas que los conduzcan a acciones múltiples más o menos sinérgicamente desarrolladas;

3o. Que además del medio ambiente natural de la educación actúa sobre el hombre modificándolo, y por lo mismo educándolo también, otro medio ambiente formado por ideas que corresponden o no corresponden a realidades existentes: por ideas que pueden estar caracterizadas por el predominio de la imaginación y de la fabulación instintivas en todos los seres humanos, que los lleva a exteriorizar los productos de su fantasía y los excesos de sus estados de ánimo, o a exponer en forma más o menos impresionante y siempre sugestiva sus intuiciones de un Más Allá, o a ser los intérpretes de la memoria colectiva de la humanidad o de agregados informes de ella, o lo que es más frecuente, a ser la resultante de entrecruzadas influencias de todo este inmenso fondo metempírico;

y 4o. Que todo lo que acabamos de expresar se conjuga inconscientemente en el hombre con otro determinante de su psicología colectiva, *el histórico*, formado por el efecto acumulado de las experiencias hereditarias de su raza que le dejan como sedimentos perdurables, aunque no absolutamente indestructibles, sedimentos de desconfianzas y de temores, de odios y de preferencias, de respetos y admiraciones de que son objeto castas, o masas determinadas de hombres, o componentes y compuestos de seres humanos distinguidos de los demás, sea por lo que han hecho o por lo que no han hecho; por sus servicios o por sus deservicios; por la dinámica iniciativa de que hayan dado muestras o por su atónita y pasiva inercia.

75.—A estos conceptos generadores, que hay que tener presentes para entender la génesis de todos los fenómenos educativos, agreguemos aún otros de grande importancia aunque de menor

generalidad que sustancialmente debemos al genio intuitivo de Platón, que en los capítulos finales desde el décimo quinto, del libro VII de su grande obra sobre *La República*, puso de manifiesto, como lo dice Ricardo Luis Néttleship en sus conferencias acerca de aquella obra inmortal, que "los grandes órganos de la educación son todas aquellas cosas que la humanidad en el curso de su crecimiento ha producido: la religión, el arte, la ciencia, la filosofía y las instituciones gubernamentales y sociales, alistadas todas en la educación"; por supuesto, y por desgracia, no siempre bien entendidas ni siempre benéficas; en todo caso no hay factores y elementos constitutivos de ella que el historiador de la misma esté en la obligación de considerar.

Reconocido esto, pasemos ahora a darnos cuenta concretamente de los grandes fenómenos educativos que informaron a los primitivos mexicanos llegados al Valle de México en los comienzos del siglo XIV, y que informaron asimismo a los que, venidos antes que los meshicas, sufrieron la acción perturbadora, invasora y opresora de éstos, y contra ella de diversas maneras reaccionaron.

Capítulo VII

LOS AGENTES QUE TRABAJARON EN LA MODELACION DEL CUERPO Y DEL ALMA DE LOS ANTIGUOS MEXICANOS

76.—Todos los factores educativos en el más amplio sentido de este vocablo, es decir, transformadores, ya para bien, ya para mal, de los que hemos hecho mérito, entran en juego ciertamente en la historia de los antiguos mexicanos, como en la de cualquiera otro pueblo que sea posible estudiar: por lo que toca a los mexicanos, a su arribo al Valle de México: *un medio físico* estrecho, limitado materialmente en todas las direcciones por altas montañas; un clima suave y benigno vuelto inclemente por el soplo inesperado de helados vientos del norte que hacían pensar a quienes tenían abiertas sus pobrísimas habitaciones hacia el septentrión que las tenían frente a la morada de *Mictlán*, del dios de la muerte; en el aguazal de la laguna de poco fondo de México, sobre la que unos cuantos islotes sobresalían, un lugar de arraigo pérfido y mortífero porque sus aguas crecían con las lluvias desmesuradamente en el estío y porque de él subían emanaciones pútridas; una alimentación escasa e insegura; casi toda ella en sus primeros tiempos reducida a los frutos de la laguna, la lama criada como una nata verde sobre las aguas; los pequeños y poco sustanciosos animales criados en el agua; insectos y larvas. Lugar de refugio empero y de salvación material por su misma insignificancia aparente y por su completo desamparo; lugar propicio para el acecho de los pe-

queños países vecinos, de los afortunados poseedores de las cercanas tierras de maíz, y por tanto del pan indígena: las tortillas, que decimos en castellano, los *tlaxcalli* que los indios decían, y los *tamalli*, los tamales; abrigadero oportuno para caer sobre los indefensos ribereños poco expertos en el cruel arte de la perfidia, el pillaje y la matanza y para escaparse a sus perseguidores como la escurridiza serpiente que en los arenales y en los pedregales se pierde.

77.—Al medio ambiente físico, superponíase el medio ambiente social, de agregados humanos de desigual condición, desunidos entre sí; en general pacíficos; desconfiados y recelosos, sin lazo ninguno de sólida disciplina y de subordinación absoluta a jefes, que pudiera hacerlos temibles.

78.—De estos dos datos fundamentales que se asemejaban a los que ya habían informado el carácter de los antiguos mexicanos durante su secular peregrinación, se derivaría la consolidación y fortificación de los rasgos propios de ese mismo carácter y su historia interna y externa: tenían que entender pronto los recién llegados al Valle que sólo la sujeción incondicional y unánime a sus jefes, y una completa disciplina podían permitirles sobrevivir, y que para imponerse a todos les era necesario ser temidos por todos.

79.—Las crónicas de los primeros historiógrafos de los pueblos indígenas de los altos valles de la altiplanicie mexicana, sabiamente compulsadas, críticamente analizadas y ordenadas por el historiador Orozco y Berra, son en el secular desarrollo de la vida independiente de los meshicas un pintoresco, crudo y monótono entretejimiento de escarnios, acechanzas y crueldades; chorrean sangre y desprecio en todas sus páginas. Ya seguramente cuando los antiguos mexicanos subieron al Valle ellos y otros pueblos habían inventado los sacrificios humanos. Ningún pueblo de la América parece haberlos practicado en tan grande escala ni

con tal derroche de desquiciada y morbosa imaginación sanguinaria como los que patentizaron en su vida los antiguos meshicas.

80.—Acongojada ansia de lograr la propiciación de sus dioses cuyas espantosas iras imaginaban y temían, y cuyo poder benéfico codiciaban para aprovecharlo en su propia ventaja, fue seguramente uno de los oscuros orígenes de los sacrificios humanos; pero no el único. Lo fue también la obsesión, que sobre todo cuando formas determinadas de sacrificios se hacían era notoria, de que las víctimas iban a llevar mensajes al dios al que eran sacrificadas y por el que en algún modo misterioso, se sentían desde antes de su sacrificio poseídos ya a la vez que pavorosamente transformados; lo fue asimismo la siniestra certidumbre de que las víctimas propiciatorias se divinizaban y comunicaban poderes ocultos a los que, para hacerse dueños de su misterioso poder, en fatídicos banquetes sus despedazados cadáveres devoraban.

81.—¿Cómo dudar de que la lúgubre imaginación homicida que a estos horrores llevaba a quienes la sufrían y la hacían sufrir, haya sido un factor siniestro de monstruosa educación de quienes obsesionados y enloquecidos por ella vivían, y más aún de los que la dirigían y la imponían? Los espectáculos gigantescos que se desarrollaban desde la base hasta la cumbre de los teocallis que, como el que vino a tener la ciudad de Tenochtitlan, dominaban con su inmensa mole lúgubre las vastas plazas y los amplios palacios de los reyes, las vías públicas, los miserables y humildes o sórdidos albergues de los *macehuales* lo mismo que los de los esclavos, no podían ser ignorados por nadie: a la luz del sol y por encima de todos efectuábanse los ritos sangrientos, precedidos y seguidos por danzas guerreras y por místicas y fúnebres danzas; acompañados por la ronca y hueca voz entrecortada y temblorosa de los *huehuetls* y de los *teponaxtles* por encima de la que sobresalían los aullidos escalofriantes de los caracoles marinos, interrumpidos acaso por alaridos y por silbidos monstruosos que rasgando el espacio helarían de espanto la sangre. Desde varios kilómetros de distancia la aguda mirada de los indios se hacía cargo de los sucesivos pasos de

las ceremonias fatídicas, y se daría cuenta del momento en que los sacerdotes que ejecutaran a las víctimas y el que el corazón palpitante les arrancara del pecho consumaran la matanza e hicieran rodar rebotando los cadáveres, desde lo alto de los pavorosos santuarios.

82.—No puede haber sido, sin embargo, igual para todos el efecto producido por estas monstruosidades realizadas aparentemente con el consentimiento y el aplauso de todos. Si los ministros de la muerte, los sacerdotes de los cultos sanguinarios; si los guerreros endurecidos por el peligro y por las luchas despiadadas, enorgullecidos por sus victorias podían sentir la necesidad de perpetuar con el apoyo de los dioses, su temido y espantable poder, logrado según sus creencias por la terrible potencia de los sacrificios humanos; y por el contubernio monstruoso mantenido con sus dioses, los padres, las madres, los hijos, los hermanos, los compañeros, los amigos de las víctimas —entre las cuales no sólo había hombres, ni nada más esclavos, sino mujeres también, en la flor de su juventud y de su belleza, púgiles y hermosos adolescentes, cándidos niños—, tienen que haber sufrido, porque eran hombres y en consecuencia eran sensibles, una tristeza inmensa, y sin cesar más y más entenebrecida, una pena anhelante y moralmente asfixiante; y en el ánimo de los más inteligentes de ellos debe de haber nacido un sentimiento oscuro y potente de disgusto y de protesta; un movimiento interno de rebelión que aunque reprimido, silencioso, mudo y callado, ha de haber sido inextinguible.

83.—La *educación*, pues, si así es necesario llamarla, producida por los ritos sangrientos, no puede haber sido eficaz para todos, porque, como Platón lo dijo en el capítulo XVI del libro VII de su República, nada que se enseña puede enseñarse compulsivamente, "porque un alma libre no recibe de servil modo enseñanza ninguna; que mientras que labores corporales realizadas por un hombre a causa de que se vea constreñido a hacerlas pueden no dañar su cuerpo, nada que se aprende compulsivamente se queda en el alma". La falsa *educación* producida por las sangrientas y

sanguinarias hecatombes y por el espectáculo inolvidable de ellas impuesto a la atención y a la conciencia de todos, tiene que haber determinado en gran número de los que aquellos horrores presenciaban un efecto opuesto al que quienes los desarrollaban podrían esperar: horror solamente, repugnancia, asco, aborrecimiento y odio contra quienes los perpetuaban.

84.—¿No venía el *arte*, en su calidad de órgano y de agente de la educación, a atenuar o a modificar estos resultados?

Pudo hacerlo así y así lo hizo sin duda mientras en él hubo un aliento de libertad; que el arte es el producto de un vuelo libre del alma hacia la belleza y que tal vuelo le devuelve la vida cuando por todas partes la cercan la tristeza y el dolor; pero muy pronto los dominadores de los pueblos oprimidos se hicieron cargo de la acción de la música, de la danza, de las artes del diseño, sobre las almas; y entendiéndolo y considerándolo mágico se adueñaron de él para sus fines de total dominación, con lo cual esclavizado y anquilosado se concretó a repetir sus simbolismos y sus ritos que acompañaba por todas partes la obsesión trágica, y así especialmente entre los antiguos mexicanos, su papel libertador del espíritu casi absolutamente desapareció.

85.—No logró sin embargo el despotismo religioso y político, gigantesco pulpo de mil tentáculos cubiertos de bocas chupadoras de vida y de pensamiento, adueñarse de la que es la más sutilmente libre de las manifestaciones del alma; no pudo hacerse dueño de la palabra, porque ésta no necesita para subsistir ser oída por nadie más que por el que interiormente y sin que la enuncien sus órganos vocales la profiere; que en el misterio de sí misma la palabra interior revive, palpita y a Lo Alto puede ascender, y que por su misma naturaleza independiente encuentra modos inéditos de concepción y de expresión que le hacen escaparse a la camisa de fuerza de las compulsiones coercitivas de todo lo demás; lo cual es parte, seguramente, de la explicación que habrá de darse del singular don de elocuencia y de poesía que muchos de los antiguos mexicanos tenían, del que algún vestigio se encuentra en las cartas

y en los discursos que nos ha hecho conocer el genio emotivo del alma indígena, que mejor quizás que nadie pudo sorprenderle y mostrárnosle el de Fray Bernardino de Sahagún.

86.—La *ciencia* de los antiguos mexicanos, agente también de su educación, era seguramente en cuanto se refería a la medida del tiempo y a la correlación de los grandes fenómenos observables en la bóveda celeste con los que se desarrollan en la Tierra, en gran parte heredada de los pueblos que en la América ístmica y en la América mexicana le habían dado nacimiento, los que florecieron particularmente en Guatemala y en la Península yucateca, los maya-quichés, cuya influencia se extendió en la altiplanicie a la región caracterizada por la cultura tolteca; pero los sacerdotes de las divinidades de Tenochtitlan la relacionaron con sus mitologías, en su primer origen tan antiguas quizás como la ciencia maya, enriquecidas más y más por su imaginación, que en algún modo vinculada a sus visiones de infinito, favoreció el vuelo de su natural impulso hacia la poesía y tejió la mágica red de sus ensueños desplegada entre el Cielo y la Tierra, conectados por los incesantes fenómenos meteorológicos que eran traducidos por la imaginación misma en términos de intervención constante y perpetua de las divinidades medianeras entre la vida y la muerte y las prosperidades y las calamidades humanas.

87.—A ella, a esta suerte de *astronomía meteorológica, agrícola* y *náutica,* refirieron especialmente los sacerdotes de las divinidades de los indígenas las fiestas de su viejo calendario lunar, todas o la absoluta mayoría de ellas regadas con la sangre de las víctimas propiciatorias durante el curso entero del año y entremezcladas con innumerables supersticiones que ataban el espíritu enmantillándolo en su inmensa y desconcertante maraña.

88.—Más humilde, y por lo mismo acomodada a sus necesidades, era *su geografía,* que se fue desarrollando constantemente al compás de sus peregrinaciones, de las exploraciones de sus comerciantes, que a la par eran espías y avanzada de sus guerreros, y de

sus expediciones de depredación y de conquista, y que se tradujo en los innumerables neologismos de la lengua azteca de tan extraordinaria flexibilidad descriptiva y de tan grande variedad de colectivos, rasgos característicos pictóricamente de las montañas, los ríos y los poblados y que de tal manera los incorporó a la vida de Tenochtitlan que en cierto modo los hizo suyos aun antes de haberlos conquistado.

89.—Con análoga habilidad la aguda percepción de los mexicanos itinerantes los llevó a descubrir las varias especies de seres vivientes, animales y vegetales que los países de sus peregrinaciones y de sus constantes expediciones poblaban y a describirlos lingüísticamente por sus peculiaridades distintivas, entre las que solían preferir las que señalaban su utilidad para los hombres si eran para tal o cual dolencia medicinales o curativas, benéficas o perjudiciales.

90.—Aun cuando hayan sido puramente empíricos sus conocimientos en materia de geografía, de historia natural y de terapéutica, aun hoy pueden recordarse con fruto por los especialistas y dar norte y luz para ulteriores investigaciones.

91.—De índole diferente eran las noticias que de su propia historia rememoraban los antiguos mexicanos: mitologías y leyendas con algún fondo seguramente de verdad encubierta por los designios teocráticos de los sacerdotes y de los régulos que a la par eran los estadistas del pueblo de México; que más y más consideraron que les era necesario conservar el recuerdo de la vida anterior de su tribu y de sus gobernantes, sin lograr dilatarlo no obstante más allá del año de 1325, en el que aproximadamente situaban, según su cuenta, los comienzos de su vida sedentaria en los dos islotes principales de la laguna de México. Las noticias históricas que así recopilaron no eran más que las de nombres propios de sus reyes y memorial de sus hazañas guerreras así como de las grandes hecatombes de víctimas humanas ofrecidas en holocausto a sus dioses y recuento de cautivos y de pueblos debelados y conquis-

tados, referido todo ello jeroglíficamente en piedras y en vasos destinados a sacrificios humanos así como en códices.

92.—Más elaborada y más sistemática fue cada día su ciencia estadística y administrativa, de la que dan testimonio las nóminas de los tributos impuestos a los pueblos conquistados. Todo ello entraña datos de orden y de gobierno sistemáticamente llevado a cabo con la ayuda de su sistema de numeración, en el que subsisten vestigios de sus primitivas cuentas hechas con los dedos y de los múltiples de éstos por medio de los que subían a unidades superiores por vía de adiciones y de multiplicaciones así como por los más sencillos procedimientos practicaban sustracciones y divisiones.

93.—Sin duda el conocimiento de cosas materiales, el de unidades de medida, el de sistemas de numeración y procedimientos de cuenta, el de signos representativos de la palabra hablada, el de diseños de ubicaciones geográficas, el de propiedades útiles o dañinas de animales y plantas está en sí mismo desvinculado de la imaginación que se diría delirante, en gran parte engendradora de las leyendas mitológicas; y su origen directo, las intuiciones realizadas mediante los órganos de los sentidos, disciplina y educa objetivamente la mente, y constituye la recia armazón de la cultura positiva de los seres humanos, que luego aprovecharán éstos, ya para su propio bien y el de sus semejantes, ya en perjuicio de ellos para explotarlos o para engañarlos, y vivir o medrar a costa de ellos.

94.—A todo esto hay que agregar alguna exposición del último grande agente de la educación de los hombres, *las instituciones humanas* que tienen por fin la vida social y la satisfacción de las más apremiantes de sus necesidades primordiales.

95.—La vida social es siempre doble: de la familia y de los agregados humanos más extensos. Esta última es la que en las sociedades primitivas inventan los hombres para sobreponerse a los peligros que pudieran acabar con ellos si no se agruparan, es la

constituída por sus gobiernos. De su objeto fundamental: salvar de la muerte a quienes para ese fin se agrupan, viene su alianza en los pueblos primitivos con los sacerdotes de las religiones asimismo primitivas, originadas por el miedo. Y de ese origen nacen igualmente entre los pueblos primitivos los sacrificios humanos, cuyo fin es alcanzar la propiciación de los dioses, y las guerras contra los pueblos vecinos, sea defendiéndose de sus agresiones, sea atacándolos para prevenirlas, o sea, no ya para salvarse sino para engrandecerse y satisfacer un impulso a menudo incoercible en los hombres: el de imponerse a los demás subyugándolos y el de sobresalir, en competencia y lucha con ellos.

96.—Naturalmente todo esto se aviva e intensifica cuando las condiciones materiales del medio ambiente coadyuvan para producir los mismos efectos; una comarca pequeña cuyos mantenimientos naturales no bastan con holgura para todos los pobladores, es propicia a las contiendas a mano armada para disputarse los medios de subsistencia; la vecindad de pueblos batalladores con otros pueblos que asimismo lo sean lleva a unos y a otros a la lucha. La de pueblos indefensos o poco prevenidos para el combate o de calidad inferior guerrera incita a los violentos a caer sobre ellos y a convertirlos en sus esclavos o a lo menos en sus dependientes y tributarios. Estas circunstancias reunidas en la historia de los antiguos mexicanos dan cuenta justamente de su historia misma y de la institución de los sistemas de educación pública que aquellos hombres sistematizaron: desnudos y perseguidos tuvieron como primeros educadores, en el Valle de México, en el término de su lenta peregrinación, al medio físico ambiente, traidor y a menudo mortal para quienes como ellos se encontraban en absoluta miseria y desamparo, privados de todo medio de defensa contra la intemperie. Su primer *tlacatecuhtli*, voz nahua que quiere decir jefe de los hombres, caudillo de los bravos, no tuvo otro símbolo de su mando, como cetro, que un manojo de cañas al que debió su nombre *acampictzin*, pero todos los que lo sucedieron en calidad de régulos de su pueblo eran parientes unos de otros,

electos de entre ellos mismos, a causa de que quienes los elegían reconocían o creían reconocer en ellos las cualidades que como guerreros y señores era necesario que tuvieran, y en todo caso el hambre, el frío, la desnudez, las constantes alarmas de enemigos siempre en vela, la astucia, la maña, la habilidad para concitar secuaces y el acecho del tiempo y de la hora propicios para luchar y triunfar, dieron a los que a precio de su arrojo y de su valentía acabaron por hacer que los antiguos mexicanos prevalecieran, resistencia física increíble y audacia aparentemente sin límites. Su historia cabe casi toda entera en las primeras horas de su decidido empeño inicial: para sobrevivir tenían que distinguirse por las fuertes cualidades de los verdaderos combatientes y por ellas se distinguieron; que erigir sobre sí propios un ideal de comportamiento que los fascinara y los forzara a seguirlo y así lo erigieron; pero como el ideal no se impone a la totalidad o a la mayoría absoluta de un grupo humano sino cuando está encarnado en un ser que todos o casi todos consideran sobrehumano, encarnaron su ideal en el que seguramente había sido antaño uno de sus más osados y terribles conductores, un guerrero que jamás retrocedió ante peligro ninguno, tan sagaz cuanto implacable, que quizás intérprete de sus dioses, vino a ser luego confundido con el más feroz de ellos, con el que a todos vencía combatiéndolos con la mano siniestra, y que vestida una de sus piernas con plumas de colibrí era la viviente personificación del terror y el espanto, el místico *Huitzilopochtli*. En él las virtudes y los defectos de la tribu tomaban cuerpo heroico a la par que monstruoso. Deidad de la tribu, los más bravos de la tribu se identificaban con él, intentando asemejársele. Las dos directrices de su educación y de su destino fueron, pues, trazadas con particular relación a él. Su educación —sobre todo su educación cívica— tenía que ser, como su gobierno militar y teocrático; su destino, vivir luchando con todos, como las leyendas religiosas, cada vez más tupidas y enmarañadas contaban que lo había hecho Huitzilopochtli; debelar, incendiar pueblos, apoderarse de sus despojos, matar a cuantos les opusieran resistencia, apoderarse de cautivos, arrancarles el corazón para que lo de-

vorara la terrible divinidad a la que atribuían sus victorias, convertir a todos en sus esclavos, en sus tributarios; atraerse los odios de sus víctimas, verse por todas partes seguidos por el miedo y por el pasmo, por el mismo miedo y el pasmo con los que ellos veían a su terrible divinidad. ¿Cuál podía ser el término de todo esto en el pensamiento de quienes así vivían, y así luchaban, y así se imponían y así medraban sino el de su universal dominación?

97.—Merced al meritorio y extraordinario empeño que hombres de verdadera cultura, venidos de España a México en los cincuenta años posteriores a la toma de México por Hernán Cortés, tuvieron por entender la vida, las costumbres, los conocimientos, el gobierno, las ideas y los propósitos de los nahuas, merced al espíritu verdaderamente científico que los animaba y que hizo de ellos precursores de la etnología y de la etnografía modernas, y gracias especialmente a D. Antonio de Mendoza, el primero de los grandes virreyes enviados por España a la Nueva España, indios mexicanos instruídos, comisionados especialmente por él, representaron en pinturas lo que sabían de la educación que a los niños y a los adolescentes daban los nahuas antes de la Conquista. No creo yo que la obra que en cumplimiento de este encargo hicieran haya sido copia de pinturas precortesianas; que si así hubiera sido, algo más sabríamos en concreto de sus originales, porque no habría dejado de hacerse mérito de ellos. Las pinturas de los comisionados por el Virrey, compiladas con el nombre de *Códice Mendocino*, son en todo caso un testimonio de la mayor valía que nos permite saber, como también nos lo enseña Fray Bernardino de Sahagún, en su admirable Historia de las Cosas de Nueva España, que desde la hora crítica del nacimiento de los niños se desarrollaban sistemáticamente en el curso de toda su vida, ceremonias y prácticas por virtud de las que la vida toda de los nahuas era informada para adaptarlos a las condiciones de su existencia.

98.—Nacía el niño y la *ticitl* que atendía a la madre, voceaba a manera de los que pelean, "significando que la paciente había vencido y cautivado a un niño", con lo cual hacía ver que para

los nahuas el nacimiento mismo era un episodio de una guerra incesante, librada y reñida por todos; que las madres eran guerreros, para quienes el acto supremo de la maternidad era una victoria por la que a un ser humano cautivaban.

99.—Si el recién nacido era varón, dirigíale la *ticitl*, la médica, un discurso, que en la Historia de las Cosas de Nueva España, Sahagún nos ha transmitido en estos términos: "Cata aquí la doctrina que nos dejaron nuestro señor *Yoaltecutli*, el Señor de la Noche, y la Señora *Yoalticitl*", la médica nocturna, la sabedora de todos los secretos; dos antiguas divinidades, "tu padre y tu madre", de los que místicamente todos los hombres, y en particular la familia, dependían, con lo cual la *ticitl* incorporaba al niño en el mundo invisible que obsesionantemente les rodeaba:... "Sábete y entiende que no es aquí tu casa"; no es aquí "donde has nacido, porque eres soldado y criado; eres ave que llaman *quecholli*" del catorceavo mes del año, del mes en el que se hacían sacrificios humanos al dios *Mixcoatl* de los otomíes; "eres ave que llaman zaquán, eres ave y soldado del que está en todas partes": el pavoroso dios *Tezcatlipoca* que "andaba en todo lugar, en el cielo, en la tierra y en el infierno", dice Sahagún; "que cuando andaba en la tierra, movía guerras, enemistades y discordias"; "que incitaba a unos contra otros"; que "por esto lo llamaban Nécoc Yáctl, que quiere decir, sembrador de discordias". Queríase pues que el recién nacido supiese, apenas llegaba al mundo, que en el mundo habría de ser servidor y pájaro: servidor que volara a cumplir los inexorables mandatos de la deidad que a su antojo originaba fatigas y desasosiegos.

100.—Como los padres del niño y todas las gentes lo certificaban, la médica decía al niño, apenas éste comenzaba a vivir: Sábete y entiende que "esta casa donde has nacido no es sino un nido; es una posada donde has llegado; es tu salida en este mundo, aquí brotas; aquí floreces; aquí te apartas de tu madre, como el pedazo de la piedra, donde" de la piedra "se corta"... "tu propia tierra otra es; en otra parte estás prometido, que es el campo donde se hacen las guerras, donde se traban las batallas. Para allí eres enviado. Tu oficio y facultad es la guerra. Tu oficio es dar de beber al Sol", "sangre de los enemigos, y dar de comer" al dios de la Tierra, "a *Tlaltecutli*, cuerpos de tus" contrarios.

101.—Mientras que así a este horrible paradero consagrábase a los niños, entregándolos desde su nacimiento al dios de las peleas, a la niña recién nacida decía la médica: "Hija mía y señora mía" —los nahuas eran gente de florida y retórica palabra, elocuente y ceremoniosa—, "ya habéis venido a este mundo; haos enviado nuestro señor" Tezcatlipoca, "el cual está, en todo lugar": "habéis venido al lugar de cansancios y de trabajos y congojas, donde hace frío y viento"... "Habéis de estar dentro de" la "casa como el corazón dentro del cuerpo; no habéis de andar" afuera; "no habéis de tener costumbre de ir a ninguna parte; habéis de ser la ceniza con que se cubre el fuego en el hogar; habéis de ser las" tres piedras "donde se pone la olla. En este lugar os entierra nuestro señor" —¿el mismo Tezcatlipoca?—. Aquí habéis de trabajar; vuestro oficio ha de ser traer agua y moler el maíz en el metate; allí habéis de sudar; cabe la ceniza y cabe el hogar". Sin libertad ninguna nadie; ni hombres ni mujeres, desde su venida al mundo hasta su muerte; sin poder escaparse nunca a su fúnebre destino inexorable.

102.—Unos cuantos días después de las ceremonias del nacimiento, otras eran efectuadas: poníase desnudo al niño sobre una estera de tule —un petatillo—, antes de que el sol naciera, y en torno del niño una pequeña rodela, un pequeño arco y cuatro flechas dirigidas hacia los cuatro vientos cardinales. Vertía sobre el niño la tícitl el agua simbólica de la purificación, y cuando el sol había subido un poco, sumergía la tícitl al niño en los dorados rayos y exclamaba: "Señor dios Sol, padre de todos; tú, Tierra, madre nuestra, esta criatura os ofrezco";... "y pues nació para la guerra"... "muera en ella defendiendo la causa de los dioses"... Ponía luego nombre al niño y repitiéndolo tres veces, gritaba: "¡Oh

hombre valiente!, recibe, toma tu rodela; toma el dardo; que éstas son tus recreaciones y regocijos del Sol" . . . "a esta sazón —dice Orozco y Berra, guiado por los antiguos cronistas— entraban las muchachas del barrio" . . . "y salían huyendo, comiendo" los alimentos preparados para ellas y para los que a la casa eran invitados a acompañar en estas ceremonias, "y gritando: Fulano, fulano, tu oficio es regocijar al Sol y a la Tierra", luchando y matando; "y darles de comer y de beber", sangre y cadáveres. "Ya eres de la suerte de los soldados que son águilas y tigres, los cuales murieron en la guerra; y ahora" "están regocijándose y cantando delante del Sol".

103.—Volvíase así ostensible para todos el concepto y el ideal de su vida: luchar, matar, y morir luchando, para ir luego a bailar y a cantar en compañía del Sol. Ideal salvaje y estúpido que no podía contentar a nadie cuya alma pudiera orientarse hacia el bien. Ideal contrapuesto al de recogimiento, fatiga, cansancio y sueño, que imaginaban para las mujeres, modificado solamente en caso de que, aun cuando fuese sin tener culpa ninguna de que les ocurriera la desventura de morir al dar a luz a una criatura, murieran entonces; que entonces, convertidas en *cihuapipiltla*, invisibles errarían juntas por el aire y en las encrucijadas de los caminos, y se aparecerían de repente y a niños y niñas enfermarían de perlesía, de temblor y parálisis obsesivos o de otras enfermedades repentinas, o en los cuerpos humanos se entrarían posesionándose de ellos, a la manera en que así lo pensaban sin duda los misioneros que vinieron después de la Nueva España eran posesionados por demonios los infelices de los que hablan los Evangelios.

¿En cuál de todas estas perspectivas siniestras podría encontrar refugio y paz, alma ninguna que alguna forma de libertad y sensibilidad tuviera? ¿Y la educación que en estos horrores de pensamiento desembocaba podía merecer que subsistiera?

Capítulo VIII

LOS COLEGIOS DE LOS ANTIGUOS MEXICANOS. LAS INSTITUCIONES SISTEMATICAMENTE EDUCATIVAS Y LA EDUCACION GENERAL COMPLEMENTARIA DE LA DE LOS COLEGIOS

104.—Desde "que el niño" "o niña" "se iba criando" —dice el capítulo XXXIX del libro VI de la *Historia General de las Cosas de Nueva España* por Fray Bernardino de Sahagún—, los padres nobles, "que tenían deseo de que viviese, para que su vida conservase prometíanlo al templo" . . . y tenían libertad para ofrecer meterlo "en la casa llamada *Calmécac*", a cuyo respecto dicen el Dr. Jourdanet y Remí Simeón en su reducción al francés, de la obra de Sahagún: *establecimiento de instrucción para la juventud aristocrática;* la palabra *está compuesta de Calli, casa, y de mécatl, cuerda, mecate; en sentido figurado, descendiente de antepasados de linaje distinguido y conocido; que tenían genealogía; con el sufijo* c, o en la casa que se llamaba *telpochcalli"; casa de los jóvenes; de telpochtli, adolescente*, y *calli, casa*, explican Jourdanet y Simeón.

105.—"Y cuando el niño o niña", sigue diciendo Sahagún, era prometido, el que recibía la promesa "tomaba en brazos a la criatura, hombre o varón en señal de que ya era su súbdito" y de que habría de seguir siéndolo "todo el tiempo que estuviese por casar, y en señal" . . . "agujerábanle" al niño "el bezo de abajo y allí le ponían una piedra preciosa, por barbote . . . Y la niña que ya estaba prometida" . . . "entregábanla a la mujer que tenía cargo de

las otras"; "y cuando" fuera "ya grandecilla, había de aprender a cantar y danzar para que" "sirviese al dios que se llama Mayocoya y Tezcatlipoca y Ycotl y aunque fuera "de esta religión" "estaba con sus padres y sus madres"; y "si era de la religión del Calmécac, metíanla" "para que estuviese allí hasta que se casase sirviendo a *Tezcatlipoca"*; el "ministro del templo se llamaba Quetzalciatl"... "y presentábanle al dios llamado" asimismo "Quetzalcoatl"... "y decían de esta manera cuando se la ofrecían":... "la pobrecita, vuestra es. Tened por bien de recibirla para que algunos días barra y limpie y atavíe vuestra casa, que es casa de penitencia y de lloro, donde las hijas de los nobles meten la mano"... "orando y llamándoos con lágrimas y con gran devoción"... "Dicho esto, si la mozuela era grandecilla sajábanle las costillas y el pecho en señal de que era religiosa, y si era aún pequeña echábanle un sartel al cuello"... "Y la niña hasta tanto que llegaba a la edad convenible" traíase aquel sartal, que era señal del voto que había de cumplir. Todo este tiempo estaba en la casa de sus padres.

106.—Parecen estas tempranas dedicaciones de niños y de niñas, con las ceremonias de que habla Sahagún, supervivencias de una edad de desenvolvimiento antropológico anterior, que en tribus más primitivas existe, en las que los niños y las niñas y aun los hombres y las mujeres están apartados en casas llamadas casas de los hombres, o casas de las mujeres, cuando la familia imperfectísima que entonces existe no se concilia con la existencia superior de la familia propiamente dicha. Esta existía ya entre los nahuas; pero los nobles, los que tenían poder sobre los demás, lo mismo también que los tarascos y los de otras tribus, eran polígamos; del rey de México, *Axayácatl,* D. Alfredo Chavero refiere en la página 770 de su *Historia Antigua y de la Conquista de México,* que tenía 150 hijos naturales y en la página 778 dice de Nezchicalpilli, Señor de Texcoco, que tuvo más de 2,000 concubinas. Aun suponiendo grandemente exageradas estas cifras ¿cómo no reconocer en ellas un gran fondo de verdad? En cambio y precisamente porque

los que tenían poder sobre los demás eran polígamos y porque lo eran en grande escala, la mayor parte del pueblo, la de los *macehuallis* —de quienes dicen Jourdanet y Remi Simeon que eran "los vasallos, los servidores, los plebeyos", la plebe, los súbditos—, sustantivo verbal que viene de "*macena,* buscar, desear, hacer penitencia"... que buscan y no encuentran, que desean y no alcanzan; que penan; "los que dependen de otras personas" o bien no llegaban a casarse o si se casaban, generalmente eran monógamos; lo cual hacía de ellos hombres completamente distintos de los polígamos.

107.—Marcados ya los niños y las niñas destinados a entrar en el Calmécac o en el Telpochcalli cuando fueran adolescentes, llevaban ya sobre sí mismos, aun cuando se les considerara libres, los signos de su esclavitud al Estado, al régimen teocrático militar que lo constituía; llevábanlos, o bien superpuestos si era un simple sartal simbólico colgado constantemente del cuello, o deformando para siempre el cuerpo si eran una horadación en el labio inferior para colgar de ella una piedra, o si lo que los informaba eran sajaduras abiertas en las costillas y el pecho. Y tal esclavitud quedaba impuesta sobre los cuerpos de los niños sin consultar en lo más mínimo su voluntad, sin pedirles su aquiescencia. La esclavitud así sellada sobre ellos era definitiva e implacable.

108.—Los hijos de los *macehualli,* los de la plebe, aparentemente no la sufrían; pero puesto que ellos dependían de los que tenían poder sobre ellos, y éstos desde los primeros vagidos de su infancia, caían bajo las garras del Estado, del duro organismo militar y teocrático que era el alma de la antigua ciudad de México, los *macehualli* eran esclavos de esclavos; su esclavitud se diferenciaba de la de los nobles en que no era una esclavitud de primer grado sino de segundo grado.

109.—Las pinturas de las láminas LIX, LX, y LXI del Códice Mendocino representan los sucesivos pasos de la educación de los niños realizada por sus padres; pero es claro que esto sólo podía

efectuarse en los términos consignados por las láminas por quienes tuvieran pocos hijos y que no podrían aceptarse como totalmente fidedignas las declaraciones de lo que de acuerdo con lo que dicen las mismas láminas constituiría la educación. La primera pintura representa sentado, vestido, y en actitud de mando, al padre de un niño de tres años, en pie, semidesnudo, sin más que una pobre manta que un lado del cuerpo le cubre del cuello a lo alto de una de las piernas. Y frente al niño está pintada media tortilla, lo cual se ha interpretado como significando que no más que media tortilla era a esa edad la alimentación dada a los niños. No sabemos de qué tamaño, ni de qué grueso serían las tortillas que les sirvieran de alimento.

La segunda de las pinturas representa una escena análoga de la vida de una madre: vestida también, sentada y en actitud de mando ante una niña, en pie, cubierto el busto y lo alto de las piernas con una camisilla; atenta a lo que la madre le dice; a un lado representada la media tortilla que habrá de dársele.

110.—En las pinturas siguientes siempre los padres sentados y en actitud de dar órdenes; no en la de movimientos efusivos de afecto; siempre los niños, los hijos, en pie, como en señal de respeto y de obediencia: a los cuatro años el niño lleva un *mandado* en las manos; una jícara quizás, con algún contenido en ella, caminando con ella. Una tortilla es lo que entonces se daría a los niños. Entre la madre y la parvulilla de cuatro años un malacatito, un huso pequeño; la madre, aparentemente con dulzura, comienza a enseñar a hilar a su hija.

111.—A los cinco años, sentado y vestido el padre, dos niños desnudos van cumpliendo las órdenes por él dadas: transporta uno objetos varios en un *ayate*, una red, seguramente de hilo de maguey, suspendida a su espalda desde su frente sobre la que el ayate se añuda, y en las manos algún otro objeto lleva; transporta el otro aparentemente lo mismo; esta vez el ayate suspendido a un hombro y pendiente sobre el opuesto costado. D. Manuel Orozco y Berra en la página 212 del tomo I de su *Historia Antigua y de la*

Conquista de México: comenta: "entre aquellos pueblos", que no conocían "bestias" ningunas "de carga, era indispensable acostumbrarse a llevar a cuestas grandes pesos; los mercaderes, para su comercio; los ricos y los pobres para transportar sus menesteres; los soldados" para llevar "sus armas y bagajes tenían necesidad de ir siempre cargados. De aquí" que se impusiera a los niños la obligación de llevar cargas; "de poco peso al principio", íbase éste "aumentando" conforme a "la edad", y "el hábito se hacía tal, que cuando les faltaba suficiente carga tomaban piedras o tierra para completarla. Sin" "medios" ningunos de locomoción, aprendían a caminar a pie" como lo habían hecho por siglos en sus inmensas peregrinaciones, con "jornadas muy largas" "por llanuras y montañas".

Sigue la madre enseñando a su hija, a hilar, dicen las pinturas del Códice Mendocino, y la hija sigue aprendiendo lo que la madre le enseña. Madre e hija están vestidas. Y diariamente, para los niños como para las niñas de cinco años, una tortilla.

112.—A tortilla y media llegaría lo que se diera como alimento a los niños de seis años. "El padre", observa Orozco y Berra, a propósito de la siguiente pintura del Códice, "manda a sus hijos al *tianguiztli*, al mercado" para que ganen "alguna cosa" "a cambio de su trabajo; la madre perfecciona a su hija en el manejo del *malácate*". Paréceme notorio que la pintura que aparece en la parte inferior de la lámina número 59 del Códice Mendocino muestra al padre enseñando a su hijo los rudimentos del moldeado de humildes objetos de alfarería.

113.—Ciudad lacustre era la de la antigua *Tenochtitlan* y de su laguna extraían los mexicanos parte considerable de sus mantenimientos: en lo alto de la lámina LX, el padre está representado en la actitud de enseñar a su hijo, de siete años, a componer redes de pesca, y la madre prosigue el perfeccionamiento de su hija en la hilandería. Tortilla y media parece asignada aún diariamente a cada uno de los niños.

114.—Las siguientes pinturas manifiestan los dolorosos castigos que a sus hijos se aplicaban por sus padres: los niños totalmente desnudos; vestidas las niñas: a los ocho años las amonestaciones y la amenaza de las punzantes púas de maguey que les hincarán en las carnes si no se enmendaban o simplemente por vía de devoción y penitencia; fijos y abiertos tienen los ojos los niños frente a sus padres, y ante las púas, lágrimas corren por las mejillas de los pequeñuelos; a los nueve años el niño está amarrado de pies y manos y tiene hincadas en el cuerpo espinas o púas; una espina en la mano del padre a punto también de clavarla en el acongojado cuerpecillo; la niña un poco menos rudamente tratada. Tortilla y media, sigue diciendo la pintura.

115.—A los diez años, aún igual ración y el padre trata a palos a su hijo, lo mismo que a su hija la madre; la niña cruzadas y atadas las manos sobre el pecho; el niño llora abundantemente.

A los once años, sin cambiar la alimentación señalada, el padre y la madre exponen a sus hijos al humo semi-asfixiante del chile quemado por ardientes leños. ¿Podrían no ser duros, podrían no llevar por toda la vida amargada y ensombrecida el alma, niños educados así?

A los doce años, siempre "su alimento tortilla y media", amarra a su hijo el padre para que duerma desnudo sobre la tierra, y la madre levanta a media noche a su hija para que barra "la casa y la calle; ya para acostumbrarla al trabajo, ya para cumplir ritos religiosos", dice Orozco y Berra.

116.—A los trece años sube la ración a dos tortillas: el hijo no está ya totalmente desnudo: lleva un *méxtlatl*, un ceñidor, atado a la cintura; encorvado, acarrea leña del monte cargándola sobre las espaldas; conduce una canoa. Obedeciendo siempre a la madre, encuéntrase de rodillas su hija moliendo en el metate "el maíz cocido del que se formará la masa"; delante de la pequeña molendera el *molcajete*, "el *mulcaxitl*", vasija de piedra o de barro, en la que con un "*texolotl*", con un moledor de piedra triturará el *chile* y otros condimentos, o granos. La pintura representa también

delante del metate el *comelli*, el comal sobre las "tres piedras colocadas en triángulo" que forman "el *tlecuilli*" en medio del cual arderá el fuego.

117.—La educación que así se desarrollaba hasta los quince años, y que concluía cuando el hijo sabía ya pescar, y la hija tejer en un telar primitivo compuesto de dos maderos entre los que se aseguraban los hilos, "del tamaño requerido por la tela", y que se sujetaban por medio de un palo hincado fuertemente en la tierra, así como mediante la cintura de la tejedora, permitía que ésta entretegiera y urdiera entre los hilos, diseños y figuras de colores; con lo cual termina la educación fundamental del pueblo. Ciencia práctica de los conocimientos y de las habilidades más indispensables para la vida simplemente material: orden y disciplina; sumisión y silencio; seriedad, severidad; estrictos y rigurosos procedimientos que forjarían a hombres y a mujeres haciéndolos sufridos, resignados, por lo común tristes y melancólicos; iguales unos a otros, frugales, diligentes y trabajadores.

118.—Ningún testimonio de cariño; ninguna expresión de juego, ni de cantos infantiles, ni forma ninguna de esparcimiento. No sin duda que los padres, más aún las madres, no tuvieran ternura por sus hijos, imposible imaginarlo; pero ¿no sugiere todo la idea de que la vida, especialmente la de los pobres —siempre la mayoría de la población— sería dura y penosa?

119.—Los pobres no se desprenderían de sus hijos sino cuando por sí mismos los hubieran educado. Más temprano que lo que ellos lo hicieran, los nobles se desprenderían de sus descendientes enviándolos a los Colegios del Estado, al Calmécac y al Telpochcalli. ¿Podrían ingresar en esos Colegios los hijos de las gentes que apenas pudieran vivir? No, seguramente: el Calmécac estaba reservado solamente a los hijos de los nobles, y mantendría y ahondaría la división profunda de las clases sociales. Aun en el Telpochcalli es dudoso que hayan podido ingresar los adolescentes que provenían de las clases más humildes, y seguramente en él no ingresa-

rían, sino acaso por mera excepción, los esclavos y los hijos de los esclavos.

120.—Las ceremonias y los discursos de ingreso en el Calmécac, que reseña Sahagún, corroboran lo que vamos diciendo: "El padre del mozuelo, o de la mozuela, después de haberlos llevado al Calmécac hablábales de esta manera: 'Hijo mío, o hija mía, aquí estás presente, donde te ha traído nuestro Señor que está en todo lugar' —la vida toda, en el pensamiento de los nahuas, gobernada y dependiente de El—, "y aquí estamos tu padre y tu madre que te engendramos, y aunque es así que somos tu padre y tu madre que te engendramos, más verdaderamente serán tu padre y tu madre los que te han de criar y enseñarte las buenas costumbres y te han de abrir los ojos y los oídos para que veas y oigas". —No podrían hablarles ciertamente así si los llevaran allá cuando sus hijos tuvieran ya quince años y estuvieran ya educados por sus mismos padres—. "Y continuaban diciéndoles: "Ellos", los que iban a encargarse de su educación, "tienen autoridad para reprender y para castigar y para herir" —siempre el concepto de implacable dureza a la vista—. "Oye pues, ahora, y sábete que cuando eras tierno y muy niño te prometieron y te ofrecieron tu padre y tu madre para que morases en esta casa" . . . "casa de lloro y de tristeza" . . . "y ahora que eres aún pequeñuelo, ya vas entendiendo y creciendo" . . . en este "lugar se crían los que rigen, señores y senadores, y gente noble; de" aquí "salen los que poseen ahora los estrados y sillas de la república, donde los pone y ordena nuestro señor que está en todo lugar"; diciendo lo cual confirmaban el concepto fundamental de su existencia y de su poderío político; el mundo visible gobernado por el invisible; el poder absoluto de los unos sobre los otros, emanación del poder omnímodo de la teocracia. "También los que están en los oficios militares, que tienen poder de matar y derramar sangre" en el Calmécac "se criaron" . . . "Y no pienses, hijo, dentro de ti: —viven mi padre y mi madre; viven mis parientes; florece y abunda mi casa donde nací; hay en ella, riquezas y mantenimientos" —los que no había en las humildes casas de los *macehualli*—; "tengo bien qué comer y beber en el lugar en donde nací. Es lugar deleitoso y abundoso. No te acuerdes de ninguna de estas cosas". "Oye lo que" aquí "has de hacer: . . . haste de levantar de mañana; velarás de noche; lo que te fuere mandado harás y el oficio que te dieren tomarás"; . . . "andarás con ligereza" . . . "Cuando te llamaren" . . . "irás luego" . . . "corriendo; no esperes que te llamen dos veces" . . . "y lo que sepas que quieran que se haga, hazlo tú" aunque no te manden que lo hagas. "Mira, hijo, que" aquí, en el Calmécac, "vas, no a ser honrado; no a ser obedecido y estimado", como quizás lo habría sido ya en su propia casa; "has de ser humilde y menospreciado y abatido".

Para saber mandar como tenían que llegar a hacerlo los que se educaban en el Calmécac, era necesario ciertamente que comenzaran por aprender a ser disciplinados y a obedecer. Todos los que desempeñan oficios militares lo saben en todo el mundo, y los antiguos mexicanos lo sabían excelentemente. No sólo quienes desempeñan oficios militares deben saberlo, sino también quienes desempeñan oficios civiles o tienen que concertar sus actividades con las de otros.

121.—El padre del educando que entraba en el Calmécac ya por toda la vida, ya temporalmente, decíale: "Si tu cuerpo cobrare brío o soberbia, castígale y humíllale. Mira que no te acuerdes de cosa carnal. ¡Oh desventurado de ti" "si admites dentro de ti algunos pensamientos malos o sucios. Perderás tus merecimientos y las mercedes que dios te haga si admites tales pensamientos; por eso conviene que hagas toda diligencia para que deseches de ti los apetitos sensuales y briosos".

Tan acertadas exhortaciones fructuosas en el Calmécac, con ayuda de las diarias y constantes penitencias, no libertaban a los que del Calmécac salían, de las tentaciones de la vida de los guerreros poderosos y por todos temidos y admirados, cuya disolución sabía ser notoria.

122.—Otras excelentes recomendaciones hacían en aquel punto los padres a sus hijos: "no te hartes de comida; . . . ama y ejercita la abstinencia y el ayuno; en los que andan flacos y se les parecen los huesos no desean su cuerpo y sus huesos las cosas de la carne, y si alguna vez les viene este deseo, de presto pasa, como la calentura. No . . . uses de mucha ropa; endurézcase tu cuerpo con el frío" . . . Todo esto que a la salud se refería directamente, refeíase también al gobierno de sí mismo.

123.—El padre decía luego a su hijo: "Y también has de tener mucho cuidado de entender los libros de nuestro señor". Los conocimientos humanos y los relativos a los dioses encontrábanse representados pictóricamente en los libros de los indios. "Y allégate a los sabios y hábiles y de buen ingenio"; que no todo podrá constar en los libros cuando no se había llegado a tener más que escritura pictográfica, no fonética. Buena parte, por lo mismo, de lo que a los jóvenes se enseñaba confiábase a su memoria, y se conservaba verbalmente en su lengua, prolija en bellezas y artificios literarios; de quienes la hablaban decíase que eran *nahuatlacas*, esto es, "gente que se explica y habla claro"; y para explicarse y hablar claro no basta con saber una lengua sino que es indispensable tener natural ingenio, para pensar con claridad lo que con claridad se ha de decir.

124.—Sahagún continúa: "síguese la plática con que hablaban a la mozuela cuando la llevaban al Calmécac", las viejas que en el Calmécac la recibían y que por haber sido educadas allí "eran bachilleras".—"En tu ternura y en tu niñez" "los que te engendraron" "te prometieron y ofrecieron a nuestro señor, el cual está en todo lugar; para que seas una de las perfectas hermanas de nuestro señor" . . . El concepto de educación era, pues, para los antiguos mexicanos análogo al platónico, ya que el gran discípulo de Sócrates consideraba que la educación tiene por objeto conseguir que el alma del educando llegue a tener toda la belleza y toda la perfección de que sea capaz, solamente que la belleza y la perfección no eran seguramente lo mismo para los antiguos mexicanos que lo que era para los atenienses.

La que recibía en el Calmécac a la educanda, decíale: "ruégote que de todo corazón cumplas el voto que tus padres hicieron por ti" "y mira que no vas a alguna casa de malas mujeres" —que de esas casas también había y las frecuentaban en Tenochtitlan los terribles guerreros—, "donde se vive mal", sino que vienes "a la casa donde dios es llamado y adorado con lloros y con lágrimas" "y se busca con penitencia su amor y su amistad. En este lugar quien llora" "y se humilla" "hace gran bien para sí" "y por el contrario, el que menosprecia y desdeña el servicio de nuestro señor él mismo hace barranco y sima en que caiga, y nuestro señor le herirá y le apedreará con podredumbre del cuerpo, con ceguedad de los ojos o con otra enfermedad para que viva miserable sobre la tierra, y se señoreen de él la miseria, la pobreza y la última aflicción, la última desventura". "Nunca te has de acordar", "ni jamás has de revolver dentro de ti cosa ninguna carnal; han de ser tu voluntad y tu deseo y tu corazón como una piedra preciosa y como un zafiro muy fino" . . . Y "debes apechugarte con el trabajo de moler y de hacer *cacao-atl*" —bebida de cacao para ofrecerlo a la divinidad—, y "has de tener gran cuenta con la obediencia; no esperes que dos veces seas llamada" . . . "No seas disoluta, o desvergonzada, o desbaratada" . . . "Debes notar mucho que te humilles y te encorves". "No te demandarán cuenta de lo que las otras hacen en este mundo": "hagan las otras lo que quisieren, ten tú cuidado de ti misma".

125.—Un ideal, pues, de sujeción y obediencia, de pureza, de trabajo y de penitencia, de olvido de todos y de pensamiento sólo en la divinidad y en sí propios. Cuán lejos hombres y mujeres de los tres grandes mandamientos de Cristo: Ama a Dios sobre todas las cosas; ama a todos los hombres como a ti mismo y enseña a todos a practicar estos dos grandes amores.

126.—Los concienzudos razonamientos y las eruditas disquisiciones llevadas al cabo sobre los datos de los antiguos cronistas y

los últimos descubrimientos arqueológicos por el sabio Dr. D. Ignacio Alcocer, miembro ilustre de la Sociedad de Estudios de Historia de México, fundada por mí en la propia ciudad de México en el año de 1924, con el entusiasta concurso de los excelentes amantes de la historia de México que entonces acudieron a mi llamado, lo llevaron a hacer los admirables estudios monográficos que presentan el resumen de sus lucubraciones y de sus conclusiones sobre lo que fue la antigua ciudad azteca de Tenochtitlan, y conforme a ellos y a los planos en los que gráficamente redujo a números sus estimaciones refiriéndolas a lo que es hoy la moderna ciudad de México, puede verse que el edificio destinado al Calmécac se encontraba seguramente ubicado al poniente del monstruoso templo de Huitzilopochtli, dentro de la enorme cerca de serpientes esculpidas que circuía lo que el mismo Dr. Alcocer llama el recinto sagrado de la vieja ciudad, el cual llegaría por el Norte casi a las que son ahora las calles de Luis González Obregón y 1a. de San Ildefonso, por el Oriente casi también a las que ahora llamamos 2ª y 1ª del Carmen y la primera de las del Correo Mayor situada al sur de las del Carmen; por el Sur el muro del norte del Palacio Nacional y a la parte anterior de la fachada de la Catedral Metropolitana de México, y al Poniente a una línea que pasaría entre la nave del centro de la Catedral misma y la nave del oeste cortando después rumbo al Norte la Avenida de la República de Guatemala y gran parte de las dos manzanas de casas en medio de las que pasa esa Avenida.

127.—El *Calmécac* estaría situado al oestenoroeste de la pirámide truncada del templo mayor y del adoratorio del mismo, dedicado al Dios Tláloc en la explanada que arriba le servía de remate, y al noreste de la gran puerta del cerco de serpientes del recinto sagrado, conocida antes de la llegada de Cortés con el nombre de Cuauhquiáhuac o de la Plaza de las Aguilas, al oriente de la Calzada de Tlacopan, y al sureste de esa gran puerta estaría el *Heny-Tzonpantli,* tendido de este a oeste por en medio de la mitad del poniente de lo que es hoy la Avenida de Guatemala, el

Huey-Tzonpantli, la horrible construcción que causaba espanto a los españoles que la miraron, de la que traduciendo sin duda los recuerdos que de ella tenía Hernán Cortés, Gómara, a quien citaba a este propósito el Dr. Alcocer, decía que era "un osario de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados" por sus enemigos, los antiguos mexicanos; "el cual era a manera de *teatro*", es decir, en los términos de que se sirve la cuarta edición que tengo a la vista del Diccionario de la Real Academia Española publicado en 1803, de "sitio o paraje . . . en que se juntaba el pueblo a ver algún espectáculo"; de "lugar donde una cosa" estaba "expuesta a la estimación o censura universal", "a manera de teatro" decía Gómara, "más largo que ancho, de cal y canto, con sus gradas, en que estaban enferidas" —metidas— "entre piedra y piedra, calaveras, con los dientes hacia fuera" y "a la cabeza y" al "pie del teatro había dos torres hechas solamente de cal y cabezas; los dientes afuera".

128.—Los educandos y las educandas del *Calmécac* conocían bien sin duda, puesto que tan cerca vivían de aquel público osario, cuanto mostraba y cuanto significaba; que les hablaba de cruentas guerras y de los sacrificios humanos de los desventurados cautivos.

129.—Al otro lado de la enorme pirámide truncada, al este sureste del adoratorio de Huitzilopochtli, al oriente de lo que es hoy la Facultad Odontológica de la Universidad Nacional de México, encontrábase, a juicio del Dr. Alcocer, "el recogimiento o monasterio de muchachos", seguramente del Calmécac; y más lejos, fuera del "recinto sagrado", hacia el oriente del adoratorio de Tláloc, el "recogimiento o adoratorio de mujeres".

130.—Y aunque de todos los puntos de la ciudad y aun desde más allá de ella haya sido vista la colosal mole del templo que según los bien fundados cálculos del Dr. Alcocer subiría aproximadamente a "45 metros de altura", "veintisiete" de los cuales corresponderían a la pirámide truncada, y "diez y ocho" a los ado-

ratorios que lo remataban, cargados del lado del oriente, ante los cuales del lado del poniente estaban hincadas fuertemente sobre la superficie de la explanada las dos piedras de los sacrificios humanos, es claro que mejor que las multitudes que acudirían a cada una de las horribles *fiestas religiosas* allí celebradas con espantoso aparato, los educandos y las educandas oirían los gritos, los cantos, las pavorosas y monótonas músicas, los gritos, los alaridos, el inmenso rumor de clamores, los súbitos silencios que todo lo entrecortaran, y no podrían ignorar el horrible momento en que, como lo describe el Dr. Alcocer, desde los dos tajones situados "tan cerca de las gradas" que según dice el Padre Durán, *"no había dos pies de espacio entre la piedra y el primer escalón"*, se arrojaban "con facilidad los cuerpos de las víctimas, después de sacarles el corazón, pues los cadáveres todavía sangrantes a chorros y estremeciéndose eran precipitados desde lo alto de la escalinata y caían en el patio inferior, en el punto llamado *apétlatl*, donde eran descuartizados y repartidos para" que los comieran "los que antes les habían cautivado en el campo de batalla", "en tanto que los cadáveres de los esclavos sacrificados eran descendidos a cuestas y entregados a sus amos, quienes para comérselos entre sus familiares y amigos los repartían".

Espantosos pormenores que hay que recordar, no obstante, si se quiere tener cabal idea de lo que era *la educación* de los antiguos habitantes de Tenochtitlan, que se diría hecha no para la vida sino para la muerte; pero que precisamente por eso determinó la inmensa reacción final de las conciencias cuando llegó la hora en que contra ella lucharan y la vencieran, con lo cual acabaron por conquistar la vida.

Capítulo IX

LA EDUCACION CIVICA REALIZADA EN MEXICO POR LOS COLEGIOS DE TENOCHTITLAN, Y LOS DEMAS FACTORES, DE CONTRADICTORIOS EFECTOS, DE LA EDUCACION MEXICANA

131.—Quienes entre los antiguos mexicanos no formaban parte de la nobleza teocrático-militar que contaba con riquezas y poder, formaban en la ciudad de Tenochtitlan tres categorías: o eran esclavos cuya condición era extraordinariamente precaria, o aunque fueran libres eran, en una u otra categoría, servidores de quienes tenían poder, o se encontraban en una situación intermedia; estos últimos eran generalmente educados en los establecimientos de educación pública llamados *Telpochcalli*, en la ciudad misma, a la vera de los adoratorios de las divinidades, y los había tanto para hombres cuanto para mujeres, separados no obstante aquéllos de éstas. Pintábanse de negro el cuerpo los educandos hombres; a la cintura ceñíanse el méxtlatl y llevaban, dice Orozco y Berra, por único abrigo, que era al propio tiempo lo que les distinguía, una manta "de pita torcida, de maguey, en forma de red floja y rala". El Códice Mendocino hace ver en su lámina LXV que entre sus ocupaciones figuraba la reparación de los teocallis, y acarrear los materiales que para ello eran necesarios: eran, pues, en ese concepto, servidores de los sacerdotes; recibían bajo la dependencia de éstos educación semejante a la impartida en el Calmécac, aunque menos amplia, y no los capacitaba como a los de aquélla para alcanzar superiores dignidades. Lo mismo que los que al Calmécac

iban, estaban sujetos a penitencias rigurosas; de menor austeridad, no obstante, y de poco aparato, y se les sometía a duros castigos corporales.

132.—Cuando podían ya cargar y transportar uno o dos leños gruesos, y llevar a cuestas rodelas de soldados que iban a la pelea, y eran considerados capaces de enseñar lo que habían aprendido ya, elegíanlos para que fueran monitores *tiachcau*, de los mancebos que no tenían aún tántas habilidades y conocimientos, y así maestros ambulantes eran de aquellos a quienes se ponía a su cuidado.

133.—Los que de esta suerte se distinguían estaban en camino de sucesivos ascensos, siempre que con su valentía y su atrevimiento en los combates los ganaran. Si llegaban a ser hombres valientes y diestros, dábaseles poder para regir a mayor número de muchachos y para castigarlos, y recibían la denominación de *telpochtelos;* en caso de que en la guerra hubieran cautivado cuatro enemigos nombrábaseles *tlecatécatl* o *guanchtlato*, o *tlacochcálcatl*, y se les daban funciones varias de gobierno sobre el pueblo, y si eran nombrados *achcautli* podían prender a los delincuentes y ponerlos en la cárcel. "De esta manera", dice Sahagún en el capítulo V del apéndice del libro III de su *Historia General de las Cosas de Nueva España*, "iban subiendo de grado en grado los mancebos que" en los *telpuchcallis* "se criaban y eran muy muchos", "porque cada parroquia", cada barrio de la ciudad tenía *tepuchcallis*.

134.—Eran pues los telpuchcallis, colegios de enseñanza secundaria al propio tiempo militar y cívica, que incorporaban al Estado y a la ciudad a quienes en ellos se educaban, y que al propio tiempo que los jerarquizaban, los disciplinaban, despertaban su gusto por alcanzar honores y ascensos, fomentaban sus aspiraciones para obtenerlos, y por su medio establecían una especie de servicio civil fundado en el mérito, a la vez que daban fundamento democrático al orgullo de ser mexicanos y de servir a México.

135.—A ellos de alguna manera se incorporaban los adolescentes que sin ingresar en los telpuchcallis eran aceptados para que con un guerrero fueran a la guerra llevándole sus fardejas y sirviéndolos.

136.—Democracia cerrada, sin embargo, porque los ascensos de los que la formaban se detenían luego; las posiciones más altas no podían alcanzarse sino perteneciendo a las familias nobles y siendo educados en el Calmécac; y para llegar a las más encumbradas de todas las posiciones, a la de los soberanos del pueblo: el *Tecatecuhtli*, o rey, y su coadjutor el *cihuacoatl*, era indispensable ser de la casa reinante, que había sido fundada por Acamapitzin.

El gobierno así constituído podría compararse, pues, en algún modo a una pirámide: sobre el fondo infeliz de los esclavos sin derechos ningunos, cuya vida tenía para muchos de ellos su término en la piedra de los sacrificios, la masa del pueblo cuyos *telpuchcallis* formaban, *democráticamente*, a los maestros elementales del pueblo mismo, ejecutores de las disposiciones que recibían y mantenedores del orden público y de la disciplina y buen comportamiento de sus subordinados; sobre éstos, aristocráticamente ya, los educados por el Calmécac, procedentes de las familias nobles que desempeñaban a mayor altura las funciones militares y religiosas bajo la dependencia, *dual*, de los dos magistrados de mayor jerarquía, uno con otro estrechamente mancomunados, de los que sin embargo autocráticamente, el superior, el *monarca*, era el *tlacatecutli*.

137.—"Iban todos juntos" los colegiales de los *telpuchtlallis*, dice Sahagún, "a trabajar dondequiera que tenían obra a hacer barro", es decir, adobes, o a hacer "paredes o maizal, o zanja o acequia"; "iban todos juntos: no se repartían"; "a tomar y traer leña a cuestas, de los montes", "y cesaban del trabajo un poco antes de la puesta del sol. Entonces iban a sus casas y bañábanse y untábanse con tinta todo el cuerpo, pero no la cara"... "ponían

lumbre en la casa del *cuicacelco* los mancebos y comenzaban a bailar y danzar todos, hasta pasada la media noche; y no tenían otras mantas sino aquellas mantas que se llamaban *chalceáyatl*, que andaban casi desnudos" . . .y "después de haber bailado todos iban a las casas del telpochcalli a dormir, en cada barrio, y los que eran amancebados íbanse a dormir con sus amigas", disolviendo así con estas uniones fortuitas y fuera de orden toda la pureza y la fortaleza de las sociedades que no consienten que haya en su seno otros vínculos sexuales que los que existen en las verdaderas familias, las monogámicas.

138.—Los individuos que formaban la sociedad así constituída claro es que no podían contentarse con vivir en Tenochtitlan, en la Ciudad lacustre en donde habían nacido. Sus antepasados se habían hecho fuertes en ella, por el temor que luego inspiró su sanguinaria índole. Egoístas y astutos, tan pronto como les fue posible hacerlo, hicieron, en el tiempo de su rey Itzcóatl, una alianza con los de dos pueblos comarcanos: el de *Tlacopan*, en el lugar en donde hoy está el suburbio llamado *Tacuba* de la ciudad de México; y el de *Tetzcoco*, al oriente de la laguna de México. Unidos los tres demolieron el temible poderío de otro pueblo luchador, el de Azcapotzalco, comarcano del de Tlacopan; pero más y más a cada instante se perfiló sobre todos el poderío creciente de México, dentro del que una división intestina existía: la de la población del islote de México, en el que prevalecía la familia de Acamapitzin, y la del de *Tlatelolco*, al Noroeste del Templo Mayor, que pronto fue sojuzgada por la gente de México y que ya desde antes de serlo había convertido sus actividades a las itinerantes empresas del comercio. Los de México, guiados con frencuencia por los comerciantes que les abrían a lo lejos y solían señalarles los caminos, lanzáronse a la conquista de todo y de ella vivieron. En ella se compendia su historia, y su destino se diseñó:

139.—La conquista se hizo mediante la alevosía y la violencia gracias a la estricta disciplina de los antiguos mexicanos y a sus indiscutibles cualidades como guerreros; al desprecio absoluto que el dolor físico les inspiraba y que les inspiraba todo linaje de privaciones de comodidades materiales; fuente principal de su educación, iniciada y confirmada en sus largas peregrinaciones antes de su llegada al alto Valle de México; sostenida por la que a sus hijos daban sus padres; corroborada por el *Calmécac* y los *Telpochcallis*, los Colegios que formaban y consolidaban su fiero e incontenible arrojo al transmitirlo y enraizarlo en los adolescentes; llevada a su grado máximo por su existencia misma de implacables y feroces guerreros y por su identificación con las informales deidades a las que ofrendaban corazones humanos arrancados en suplicios cruentos.

140.—En grupos, viniendo de Tenochtitlan caían los conquistadores sobre los pueblos a los que, después de luchas más o menos terribles, sojuzgaban; quemaban sus templos y traían a México los ídolos que representaban su divinidades; y allá ferozmente mataban hombres, o cautivos se los traían para sacrificarlos en ofrenda a sus deidades. Sometían luego a los pueblos vencidos a pagarles perpetuamente tributos de lo más precioso de sus bienes, para lo cual en donde eran de mayores y más necesarios servicios dejaban fuertes guarniciones militares. Y desde los tiempos del Rey Itzcoátl —dice Orozco y Berra, con fundamento de lo consignado en el capítulo XVIII de la *Crónica Mexicana* escrita por D. Fernando Alvarado Tezozómoc, hijo del penúltimo rey azteca, el héroe Cuitláhuac— "había en México una *casa de educación* (¡!) llamada *Cuicoyan*, alegría grande de las mujeres, donde se enseñaba a las jóvenes el canto y la danza, el sonido del teponaztli y del tlepanhuehutl; y aquellas danzas, muchas de ellas alegóricas, eran ejecutadas en las fiestas civiles y religiosas. De noche eran *las lecciones*" en las que había bebidas embriagantes; y a ellas concurrían los guerreros mexicas y al cabo "terminaban con escenas crapulosas. Las *educandas* salían de precisión desenvueltas y livianas; y como los *mexicas* criaban a sus hijas con recato, pedían a los pueblos vencidos" "para sostener el Cuicoyan" "cierto contingente de doncellas" —sus hijas y sus hermanas pidió Itzcoátl a los hombres de uno de los

pueblos que en su tiempo le quedaron subyugados—. Y acababan aquellas "infelices por ser la lepra de la ciudad", concluye Orozco y Berra.

141.—Cuatro diferentes conjuntos de reacciones tenía que producir esto, sobre los bestiales apetitos de quienes así los satisfacían: engreimiento de sí mismos y de su poder y mayor y mayor exigencia y enorgullecimiento; sobre los desventurados a los que sistemáticamente se prostituía atizando a la vez sus propensiones sensuales, creciente abyección que en enfermedades horribles y miseria y otros fines desastrosos concluía; en la ciudad toda, desmoralización contagiosa, y en los parientes y allegados de las víctimas, en los vencidos pueblos tributarios, pavor y cólera impotente, odio concentrado, tristeza y desesperación.

142.—Tres centros de indios de familia étnica muy semejante a aquella a la que los mexicas pertenecían, opusieron resistencia a estos últimos: los de Cholula, los huexotzincas y los tlaxcaltecas, al oriente del Valle de México y en el contiguo Valle de Puebla; pero una hambre espantosa ocurrió por falta casi absoluta de cosechas de maíz y de otros mantenimientos, debida a heladas y nevadas tempranas y a calores en seguida agotantes durante varios años consecutivos, en gran parte de la altiplanicie mexicana, entre 1452 y 1456, bajo el reinado del 1o. de los dos Motecuzomas, el sucesor de Itzcóatl, en cuyo tiempo hubo mexicanos que emigraron al norte de la Huasteca y se vendieron a sí mismos como esclavos para no perecer de inanición, y para aplacar la ira de los dioses a la que se atribuían estas calamidades porque no se les había ofrecido mayor número de sacrificios de víctimas humanas, Motecuhzoma inventó o aceptó la horrible invención de concertar con Cholula, Huexotzinco y Tlaxcala, el pacto de la periódica *guerra florida* llamada asimismo *la guerra sagrada* por el que ni los pueblos de Cholula, Huexotzinco y Tlaxcala que contra el de México luchaban, ni este último, podrían agrandar en tales guerras su territorio a expensas de ninguno de ellos, sino solamente apoderarse cada cual del mayor número de cautivos que pudiera, para sacrificarlos

a sus dioses; con lo cual no fueron otra cosa las mismas guerras que siniestras y terribles cacerías, no de animales sino de seres humanos, realizadas desde entonces sin interrupción en los plazos fijados. El final resultado de ellas no pudo ser otro que el de debilitar a cada uno de los contendientes, privándolos de no corto número de sus guerreros más valientes y mejor conformados, y mantener y avivar constantemente el odio, sobre todo de Tlaxcala, Cholula y Huexotzinco contra los mexicanos.

143.—En los años mismos en que en la Altiplanicie Mexicana la espantosa guerra florida se establecía, atestiguando el atraso intelectual y moral de los pueblos que la pactaron, que la llevaban a cabo y la sufrían en perjuicios de todos ellos y en mengua de la cultura y de la humanidad, creaba el Papa Nicolás V en 1450, la Biblioteca del Vaticano; fundábase en 1451, en Escocia, la Universidad de Glésgorv; Gutemberg y Fust imprimían por primera vez en Magencia, de 1453 a 1456, la Biblia, y fundábase en 1457 en Alemania la Universidad de Friburgo. Desde más de dos siglos antes habían sido fundadas ya: en Francia en 1200, la Universidad de París, de la que antes aún, en sus orígenes, había sido Maestro Pedro Abelardo; en Inglaterra la Universidad de Oxford en 1167, y la de Cambridge en 1233, y en España desde 1220 la de Salamanca.

144.—El poderío militar de México iba a pesar de todo creciendo; hecho a poco a un lado el pueblo de Tlacopan como de menor significación y movimiento, y cada vez vuelto más secundario el de Tetzcoco, a fines del siglo XV y a principios del XVI ya entraba en pugna con el Reino de Michoacán el de México y llegaba por el Sur al río de las Balsas; y luchaba con los reinos de los Mixtecas y los Tzapotecas al Sureste, y alcanzaba por el Este el Golfo de México, en tanto que por el Norte afrontaba hacia Meztitlán a los pueblos otomíes, y todos se sentían más y más bajo la amenaza de su terrible poder.

145.—¿La cultura del pueblo mexica fue sólo una supervi-

vencia de la cultura teotihuacana y maya, ahogada más y más en la sangre de las guerras de conquista de Tenochtitlan y de los sacrificios humanos? Su cuenta del tiempo, de los meses lunares, de los movimientos diurnos y de los cuatro anuales del Sol, y del planeta Venus —era para los aztecas Quetzalcoatl— no fue seguramente hecha por los mexicas sinos simplemente heredada por ellos de las culturas precedentes y al fin extinguidas.

146.—Originalidad singular hubo no obstante en la mitología y las leyendas cosmogónicas de los mexicas cada vez más y más profundamente sugeridas de ensueños; pero éstas y la mitología y las leyendas cosmogónicas, lo mismo que los aciertos ornamentales de las artes de los mexicas ¿eran algo más que los productos de la imaginación y no era esta la única válvula de escape del alma de los nahoas, que estaba dividida entre las exigencias de la guerra y de las conquistas y los espasmódicos llamamientos de las propensiones atávicas e instintivas que en suma sólo pedían imperiosamente la satisfacción de necesidades animales?

Algo más había en el alma de los mexicanos sin embargo: sentíanse rodeados hasta lejanías vertiginosas por las que ahora llamaríamos las fuerzas naturales, en las que creían percibir formas prodigiosas espantables y cambiantes: el viento que les hablaba con sus innumerables voces ora entrecortadas, trémulas y vagas, ora violentas, arrebatadas, formidables y súbitas; el agua que se convertía en las lagunas y hasta en los más pequeños charcos en espejo del cielo y que mostraba semblante informe y oscuro cuando se espesaba en nubes amenazantes surcadas por deslumbradores y cárdenos relámpagos que seguían luego retumbantes truenos; el calor del día que todo lo abrasaba y ocupaba la inmensidad del espacio; el misterio de la noche en la que la bóveda palpitante de estrellas les parecía una infinita mariposa de obsidiana, la que llamaban Itzpapálotl, más acá de la que ardían incontables y temblorosas las estrellas. ¿Vivir en medio del misterio de cuanto existe y sentir que se está viviendo en medio de él, no es vivir en medio de verdadera poesía? ¿Y no convida ésto con voces hondas que por el alma son

medio entendidas a sentirse parte constitutiva del insondable misterio y a identificarse con esta o con aquella de las misteriosas divinidades? ¿No llegaban a sentirse divinizadas algunas de las víctimas de los sacrificios humanos y no parecían creer parte de los que los efectuaban o de los que los contemplaban que así las víctimas se divinizaban? Aquellos jóvenes de los que los intendentes y mayordomos del Gobierno, guardaban muchos, "los más gentiles hombres", dice Sahagún en el Capítulo XXIV del libro II de su Historia, "escogiéndolos entre todos los cautivos", y poniendo gran diligencia en que fuesen los más hábiles y más bien dispuestos'... "y sin tacha ninguna corporal"; aquél, sobresaliente elegido entre ellos cada año, que "decían que era la imagen del dios *Tezcatlipoca*", al que "enseñaban con gran diligencia que supiese bien tañer la flauta", que luego que era elegido para que muriese en la fiesta del dios en el quinto mes del año religioso de los antiguos mexicanos, tenía libertad para andar por las calles tañendo su flauta, y adornado con flores, acompañado por ocho jóvenes a manera de séquito que reverentemente iban con él, a quien luego tenían "como en lugar del dios", que llevaba la gallarda cabeza ataviada con plumas blancas y en las orejas zarcillos de oro; al cuello un sartal de piedras preciosas; sobre el pecho un joyel con otra preciosa piedra blanca; a la espalda "un ornamento como bolsa de un palmo en cuadro de lienzo blanco, con sus borlas y flecadura; en los brazos ajorcas de oro; en las muñecas, sartales de piedras preciosas; ceñida a la cintura una pieza de lienzo muy curiosa, cuyas extremidades eran muy labradas" que "le colgaban por la parte delantera casi hasta la rodilla"; al que "le ponían también en las piernas unos cascabeles de oro que iba sonando por dondequiera que iba"; calzados los pies con muy curiosas *cotasas* que simulaban y que se llamaban orejas de tigre.

Con estos atavíos, con que lo adornaban y honraban desde el principio del año, veinte días antes de que llegase la fiesta, y que eran los días que le restaban de vida, "casábanlo con cuatro doncellas", "y cortábanle los cabellos a la manera que los usaban los capitanes, atándoselos, como una borla, sobre la coronilla de la

cabeza; y de aquella atadura pendían otras dos borlas con sus botones, hechas de pluma de oro"...

"Las cuatro doncellas que le daban por sus mujeres eran también criadas con mucho regalo. Para aquel efecto poníanles los nombres de cuatro diosas: a la primera de ellas llamaban *Xochiquétzal,* el pájaro precioso, de flores; a la segunda *Xilonen,* la divinidad de las espigas del maíz tiernas aún"...

"Cinco días antes de llegar la fiesta, honrábanle como al dios" ..."y todos los de la Corte le seguían y se le hacían solemnes banquetes y areitos" —cantos y danzas— "con muy ricos atavíos". "El primer día, fiesta en uno de los barrios de la ciudad; el segundo, en otro en donde se guardaba la estatua del dios Tezcatlipoca; el tercero, en el montecillo llamado *Tepetzinco,* que estaba en la laguna, y el cuarto en otro montecillo, el de *Tepepulco,* también en la laguna".

"Acabada esta cuarta fiesta" comenzaba a columbrarse la última soledad; poníanlo en una canoa cubierta con su toldo y con él a sus mujeres" "y navegaban hacia una parte llamada Tlalpitzaoyan, camino de Iztapalapan que va hacia Chalco"... y al llegar al montecillo de *Acaquilpan,* que sobresalía por encima del agua, abandonábanlo sus mujeres"; y "solamente lo acompañaban aquellos ocho pajes que con él habían andado todo aquel año" de su simulada fortuna y de su fingida libertad. "Llevábanlo luego a un *cú,* pequeño y mal aliñado", a la pirámide truncada de un templo que se diría olvidado, a la orilla de un breve camino, "en despoblado, distante una legua o casi, de la ciudad. Llegado a las gradas del *cú,* ya sabía él lo que tenía que hacer: subía la primera, y en ella hacía pedazos la primera también de las cuatro flautas de barro que colgadas llevaba y "que tañía en el tiempo de su prosperidad" y los rotos fragmentos caían a sus pies, con pequeños ruidos lúgubres; entonces subía la segunda grada y la segunda de sus flautas quebraba; la tercera, al subir a la grada tercera, y la cuarta, al ascender la cuarta grada. Desprendíase después, uno por uno, de sus atavíos, de los sartales de piedras preciosas, de las ajorcas de oro, de los cascabeles de oro; y cuando "a lo más alto del cú" llegaba, tomábanlo los sacerdotes "que lo habían de matar" y teniéndolo por los pies, por las manos y por la cabeza, echado de espaldas sobre el tejón de piedra, el que tenía el cuchillo de obsidiana metíaselo por los pechos con un gran golpe, y tornándole a sacar, metía la mano por la cortadura que había hecho el cuchillo, y arrancábale el corazón y ofrecíaselo luego al Sol". —Quizás sería la hora del crepúsculo y el sol que iba a hundirse en el poniente, sangre parecería quizás que lloraba.

No echaban al muerto los sacrificadores, "por las gradas abajo como a otros; tomábanlo cuatro; bajábanlo, y abajo le cortaban la cabeza y la espetaban en un palo que después encajaban en el *tzonpantli,* en el público osario erigido para exhibir a la entrada de los templos los cráneos de los cautivos sacrificados.

¿No revela esta *fiesta* la fertilidad increíble de la macabra imaginación de los mexicas? La descripción de otras muchas de las fiestas religiosas de los antiguos mexicanos, en las que las víctimas, aparentemente deificadas, eran infelices y hermosas esclavas o apuestos jóvenes, o en las que los sacrificadores desollaban a los sacrificados, y vistiéndose con la piel arrancada a las víctimas danzaban con ellas por espacio de varios días ¿no patentiza juntamente una barbarie pavorosa y una imaginación incoercible que autosugestionaba a los que desenfrenadamente se dejaban arrebatar por ella y a los que tan delirante y enloquecidamente como ellos sufrían su infernal fascinación? ¿No era ésto al propio tiempo una especie de gigantesca locura colectiva que había hecho presa de un pueblo entero y que convertía en sus víctimas a los desdichados que por los guerreros de ese pueblo eran vencidos?

Capítulo X

EL PROGRESIVO DETERIORO MENTAL Y LA PERVERSION Y LA CONFUSION DEL PENSAMIENTO MORAL

147.—El terrible Rey Axayácatl fue el que hacia el año de 1479 mandó esculpir la *piedra del Sol*, que en alguna manera compendia los recuerdos que los mexicanos conservaban de cuatro inmensas catástrofes ocasionadas por cataclismos en los que casi todos los seres vivientes habían perecido y en los que habían estado a punto de sucumbir todos, y resume, además, los conocimientos que los mismos mexicanos habían heredado de sus antepasados o de otros pueblos, los conocimientos que a los mayas seguramente más que a nadie se debían; pero que los mexicanos habían traducido a su propia lengua y habían confirmado por sus propias observaciones acerca de las cuatro posiciones en que aparentemente se situaba el Sol cada año en el Cielo, y de los cuatro movimientos aparentes del sol mismo en el curso del año, a la vez que contiene, ordenados en círculo, los veinte diseños representativos de los veinte días de los diez y ocho meses del calendario azteca y los de los demás símbolos que, relacionados con éstos, sintetizan su saber relativo a la medida de los tiempos. Naturalmente para dedicar al Sol este monumento de la ciencia de los indígenas y de su habilidad para esculpirlo y para trasladarlo hasta el centro de la ciudad, así como de la monstruosidad de sus ceremonias y de sus creencias religiosas, celebraron sacrificios humanos en la fiesta que al efecto realizaron el año de 1481, y es fama que en ella Axayácatl sacrificó por su

propia mano tántas víctimas humanas que a consecuencia del cansancio físico —quizás también del espanto moral que esto le haya producido— enfermó y luego murió.

148.—Ahuítzotl, el más sanguinario de los reyes aztecas, hizo que se diera remate a las obras últimas de reconstrucción del templo mayor de México y llevó al cabo las ceremonias de su dedicación el 19 de febrero de 1487, para celebrar las cuales invitó aun a los gobernantes de pueblos enemigos de México, y éstos concurrieron a su llamado. El número de víctimas humanas sacrificadas en ese acto que duró cuatro días fue sin duda espantoso; los más moderados cálculos lo hacen subir a 19,600; aun cuando haya sido solamente la quinta parte, llegaría casi a 4,000, y si lo abatiéramos a la cuarta parte de esta cifra ascendería aún a 1,000.

149.—Si los guerreros aztecas quedaron complacidos con esta horrible hecatombe; si con plena voluntad de consumar estos centenares, estos millares de asesinatos de gente inerme se les sacrificó ¿no comprueba esto que el pueblo que todo esto hacía o todo esto toleraba que se hiciera, era víctima de una hondísima perversión del pensamiento y del ánimo?

Es mi convicción que quienes así procedían formaban sólo una insignificante minoría de *los indios* que poblaban en aquel tiempo el territorio que hoy es el de México; es mi creencia que la inmensa mayoría eran hombres que precisamente por serlo eran sensibles a la piedad y a la misericordia y enemigos de la violencia, el despotismo y la depredación y que ellos eran los que formaban familias monogámicas con un número pequeño de hijos cada una de ellas; que sufrían por la abominable monstruosidad que sobre ellos pesaba, y que no se rebelaban materialmente contra ella, porque no tenían fuerza material ninguna contra la tremenda fuerza material de los hombres de conquista, de pelea y de opresión y expoliación que los sojuzgaban; pero que en el fondo silencioso y angustiado, acongojado y horrorizado de su vida, esperaban sin saber verdaderamente por qué, que llegara un día en que aquella espantosa tragedia de la que todos eran víctimas tuviera su fin.

150.—¿Cómo puede explicarse, si no es por una espantosa obsesión colectiva, fruto de una *educación* pervertida, que polarizaba la atención de todos hacia el placer salvaje de hacer sufrir, y de derramar sangre y de matar, cómo puede explicarse que en Tenochtitlan se hayan hecho sacrificios humanos tales como los que cada año tenían verificativo en el décimo quinto mes, así como los describe Sahagún en los capítulos X, XI, XII, XIII y XIV, del libro IX y en el XXXIV del libro II de su Historia?

151.—Ocurría esto en el mes de la fiesta llamada *Panquetzaliztli*, que a semejanza de otras muchas duraba varios días, y en ella desempeñaban papeles como en una macabra y horripilante farsa sangrienta, hombres y mujeres y muchachos y familias enteras y el gremio todo de los ricos *pochtecas*, de los comerciantes, así como, a la hora y en el lugar en que les tocaba hacerlo, muchachos de los Telpuchcallis y del Calmécac, en parte de sus actos bajo la dirección del sacerdote que representaba al dios Páynal, el vicario de Huitzilopochtli.

152.—Cada año la fiesta era preparada con larga anticipación, especialmente por los mercaderes, porque en ella hacían éstos banquetes, en el último de los cuales comían y daban de comer a sus invitados "carne humana", y para ello, dice Sahagún, de propósito y con deliberada intención "compraban esclavos", a los que daban el nombre de "*tlaaltitui*, que quiere decir, lavados, a causa de que los lavaban y regalaban para que engordasen; para que su carne fuera sabrosa cuando los hubiesen de matar y comer". "Comprábanlos en Azcapotzalco", o bien en Itzocan, en donde, como en Azcapotzalco, "había feria de ellos y allí los vendían los que trataban en esclavos" . . ."Y llegando a su casa el que los llevaba comprados, echábalos en la cárcel de noche y de mañana los sacaba de la cárcel" . . ."y hacía a los esclavos que bailasen" "cada día", e íbase luego a los pueblos de la provincia de Anáhuac a invitar a sus amigos y a sus conocidos mercaderes que allá vivían y tenían sus casas o posadas en México, para que al horrible banquete y a la fiesta convidados por él concurriesen; antes que otra parte a un lugar en donde vivían mercaderes tlatilulcanos y había un teocalli en el que se adoraba a *Tiatecutli*, el dios de los mercaderes. Iba el rico mercader caminante acompañado por *tamemes*, por indios de carga que le llevaban a cuestas las cargas de los regalos que a sus invitados ofrecía, y en llegando, desataba un manojo de báculos de mercaderes que consigo llevaba, y ponía delante del ídolo del dios "tantos báculos cuantos esclavos había de matar. Si ponía dos de los que llaman otlatopilli, era señal de que había de matar dos esclavos, un hombre y una mujer; si cuatro, dos hombres y dos mujeres": ponía también allí, "mextles de cabos largos", como los de los hombres, y en cada báculo que significaba una mujer "nahuas y un *huipilli*", una camisa de mujer, "para que en aquello conociesen que con aquellos atavíos había de ataviar a los esclavos que había de matar; y con ello significaba que el convite había de ser muy costoso, y lo que en él se había de dar, muy precioso"; y esto, "para provocar", con la odiosa y despreciable ostentación de *su riqueza*, a sus convidados, mercaderes y tratantes de esclavos.

"Nueve días antes" de "que matasen" a "los que habían de morir" comenzaba la fiesta con una farsa monstruosa. "Bañaban" "con el agua de una fuente". . . "que está cabe el pueblo de Huitzilopohco", y que ahora llamamos Churubusco, a "los que habían de morir". "Por esta agua iban los viejos de los barrios; traíanla en cántaros nuevos, tapados con hojas de ahuehuete; en llegando adonde estaban los esclavos" a quienes habían llevado delante del templo de Huitzilopochtli a cada uno echaban un cántaro de agua sobre la cabeza y sobre todos los vestidos que tenían, así a hombres como a mujeres. Hecho ésto, quitábanles las vestiduras mojadas "y teñíanles los brazos y las piernas, con azul claro y después se los rayaban con tejas y pintábanles la cara con bandas amarillo y azul" "y poníanles en las narices una saetilla atravesada y un medio círculo que colgaba hacia abajo". A las casas de sus dueños llevábanlos luego y "desde allí comenzaban a bailar y cantar, un hombre y una mujer pareados". . . "Las mujeres *señoras* de aquellos esclavos bañábanse en el agua que pasaba cabe sus casas";

con su propia sangre "ensangrentaban una punta de maguey e hincábasela a la orilla del agua".

"Acabados" "cuatro días de" "penitencia", juntábanse con los esclavos y las esclavas los dueños de ellos, hombres y mujeres. . . ; "todos juntos se trababan por las manos" . . ."e iban danzando y cantando y culebreando para asirse"; . . ."iban con gran prisa saltando y corriendo y danzando, galopando y jadeando; y los viejos de los barrios, íbanles haciendo el són y cantando"; y seguíalos "mucha gente"; y al amanecer del día siguiente "iban cantando con muy alta voz que parecía que rompía el pecho", "los esclavos que habían de morir"; " y les llevaban delante una escudilla de tinta o de almagre", "y en llegando a las casas de sus amos, metían las manos ambas en la escudilla de color o de tinta y poníanlas en los umbrales de las puertas o en los postes de las casas, y dejábanlas allí impresas con los colores. Lo mismo hacían en casa de sus parientes" y éstos y los amos de los esclavos ofrecíanles comida "y algunos de ellos que tenían" más animoso "corazón, comíanla y otros no podían comer, no pudiendo olvidar la muerte que luego habían de padecer".

"Los convidados venían a la media noche a la casa del convite"; . . ."dábanles agua manos, y luego les servían la comida y comían todos. Acabada la comida otra vez se lavaban las manos y la boca, y luego les ponían la bebida del cacao, y luego cañas de humo". . . "mantas y flores, y otras cosas" . . .El que los había invitado "iba luego al patio de la casa a hacer" un "sacrificio de tantas codornices cuantas había de matar". "Después" dirigía en su nombre un florido discurso a sus convidados, "uno de los que sabían bien hablar", que para eso por el dueño de la casa era comisionado, y el discurso le era contestado.

Ataviados los esclavos que habían de morir, sin cesar hacíanlos bailar; con sartales de flores; con guirnaldas de flores; con rodelas de flores; y poníanlos "en el zaguán de la puerta, para que los vieran todos los convidados". . . "Estos, después de haber comido y bebido y recibido cañas de humo y otros dones, íbanse a sus casas. Otro día siguiente hacían lo mismo. El tercer día comían y bebían

y les daban dones de la misma manera". . . Entonces "ponían a los esclavos que habían de morir, unas cabelleras hechas de pluma rica, de muchos colores"; y "colgábanles de las narices unas piedras negras, anchas, hechas a manera de mariposa, y vestíanles unas piquetas pintadas", . . ."y las pinturas eran cabeza de muerto, con huesos de muertos, en cuadra" . . ."Y les daban entonces compañía, que les guardase de noche y de día hasta que los mataran" y "dos mujeres". . ."que les lavaran la cara, que nunca los dejaban hasta que morían".

¡Espantoso contraste! ¡Frente a ellos, los ricos mercaderes, mirándolos: los que invitaban y los convidados: entre los dedos y en la boca, indiferentes las cañas de humo!

. . ."La cuarta vez que llamaba a sus convidados el que hacía" todo ésto "era cuando habían de matar a los esclavos: entonces, un rato antes de que se pusiese el Sol los llevaban al templo de Huitzilopochtli; adonde les daban un brebaje que se llama *teooctli*" y desde que lo bebían "ya iban muy borrachos, como si hubiesen bebido mucho". . . y "llevábanlos a una de las parroquias que se llamaban Pochtlán o Acxotlan. Allí los hacían velar" "cantando y bailando y al tiempo de la media noche,. . . poníanlos delante del fuego en un petate que estaba allí tendido". . . Y en llegando allí también "el señor del banquete", "ataviado a la manera que los esclavos estaban ataviados". . . "apagaban el fuego y a oscuras daban de comer a los esclavos unas sopas de una masa". . . "mojadas con miel; a cada uno de ellos cuatro bocados" que les "cortaban con unos cordeles de ixtli"; . . ."hecho esto, tocaban un instrumento que". . ."decía *Chich*". . . que "era señal para que les arrancasen los cabellos del medio de la cabeza". . ."a cada uno de ellos" "en tocando el instrumento"; el que el instrumento tocaba andaba alderredor de los esclavos como bailando, y traían en la mano un vaso; . . ."allí le echaban los cabellos que arrancaba y de haberlos arrancado". . ."luego daba un grito, dando con la mano en la boca, como suelen"; pavorosos gritos entrecortados.

En todo lo que faltaba de la noche, "los esclavos que habían de morir dormían, y en saliendo el alba, dábanles de comer, y ellos,

por bien que los esforzasen a que comiesen no podían comer; y estaban muy pensativos y tristes, pensando en la muerte que luego habían de recibir, y esperando por momentos, cuándo entraría el mensajero de la muerte que se llamaba Páyualtón, prenuncio de la muerte de los que habían de ser sacrificados".

De improviso, el sacerdote que representaba al dios Páyual, "de lo alto del *cú* de Huitzilopochtli bajaba, e íbase luego derecho" al campo del recinto sagrado que dentro de éste, no lejos de la horrible pirámide se encontraba, y que se llamaba el *Tlaxco,* el juego de pelota donde los indios creían que sus dioses jugaban, y al llegar allí corriendo el mensajero de la muerte mataba a cuatro cautivos —no a ninguno de los esclavos, sino a los que por morir antes que éstos, serían considerados "como causa de los esclavos" que luego habían de morir; y en habiéndolos muerto, dos a honra del dios Amapan, y otros dos a honra del dios Oappatzan, con la más irritante y repugnante falta de respeto por los muertos arrastrábanlos por el *tlaxco* y ensangrentaban todo el suelo con la sangre que de los muertos salía al ir arrastrándolos. Hecho ésto, íbase siempre corriendo hasta *Tlatelolco* el que llevaba el nombre de Páynal, seguido por cuatro nigrománticos y por mucha gente, y desde allá, por el camino de Nonoalco, en donde el representante de otro dios se le juntaba; y en seguida a Tacuba, a Popotla, a Chapultepec, matando delante de un cú, y de otro y de otro, cautivos, y de allá. . . por el camino que va derecho a *Xóloc* que es junto a México; y luego a Tenochtitlan.

Y mientras que Páynalton recorría aquellas estaciones, "llevaban al barrio de *Coatlán* a los esclavos que luego habían de morir, y allí los hacían pelear con cautivos aparejados para pelear con ellos".

153.—Abreviando cuanto me ha sido posible estas espantosas escenas, sin omitir no obstante lo que de ellas necesito tener presente, para entender cuanto se pueda del estado de degeneración moral en que habían caído quienes a expensas de sus víctimas se complacían en los horrores a que las sujetaban, llego al término de

este capítulo en el que me es preciso referir aún, como lo hace constar Sahagún a quien textualmente vengo citando, que después de que se consumaba el sacrificio de los desventurados y el fatídico banquete de sus cadáveres, exprofeso despedazados para repartirlos los dueños de ellos entre sus parientes y que todos los devoraran, trabábanse —como para dar salida al exceso de excitación nerviosa causada sin duda en los colegiales del Calmécac y de los telpochcallis, por el espectáculo del reiterado derramamiento de la sangre y por la larga agonía y la variedad de suplicios de las víctimas— violentas peleas en las que rudamente unos a otros se golpeaban y se maltrataban; al fin de las cuales libre y desvergonzadamente los victoriosos se apoderaban de cuanto podían, sin que por ello fueran inquietados; con lo cual paraba todo en una especie de siniestra lección de barbarie y de pillaje, cada año renovada, cual si quisiese el Estado que con ella se completara la educación impartida por él en las instituciones que a los adolescentes destinaba.

Al ponerse fin a este relato de lo que pudiera imaginarse que no fuese más que una horrible pesadilla; que no lo es, sino espantosa verdad que mil veces quisiera uno que jamás hubiera ocurrido, me pregunto: ¿No hace pensar todo esto que los antiguos mexicanos han de haber padecido periódicos accesos de locura colectiva que han de haber puesto en conmoción no sólo a los habitantes de Tenochtitlan sino a cuantos de aquellas hecatombes tuvieran noticia?

Mensuales accesos de locura homicida, colectivamente desarrollados, y lo que es peor, a sangre fría; alevosa y cruelmente preparados, reglamentados y sistematizados por quienes en las manos tenían los destinos del pueblo y la educación del mismo; que por medio de tales accesos periódicos lo *educaban* (¡!) en efecto en la dureza de corazón y en la barbarie, llevándolo a ser cada vez más implacable con los vencidos, con los indefensos y con los desamparados.

Obsesión que a sí propia se cultivaba con el alucinante recuerdo de los incidentes y de los preparativos de cada matanza, y por la preparación de la siguiente en los días y las horas que de ante-

mano estaban prescritos, con el rigor ineludible de los movimientos de las estrellas; todo ello superado en cada vez por refinamientos inéditos, fruto de la insaciable ansia de superación que, sea para el bien sea para el mal, anima y ordena a cuantos seres alientan.

No era todo ésto, producto único de la primera condición en que los antiguos mexicanos se encontraron cuando peligraba más la posibilidad de que sobrevivieran, que los llevó entonces a sentir la necesidad de inspirar temor y aun positivo miedo, y más todavía positivo terror a todos los que no les acogían benévolamente, a cuantos de cualquier modo les rechazaban, o les amenazaban, o intentaban acabar con ellos o a quienes aunque los favorecieran no se entregaban a ellos para servirlos humilde y absolutamente en cuanto quisiesen. Vino a ser luego resultado también de un creciente deterioro moral, de una perversión cada vez más honda de todo sentido moral; la cual se manifestaba al fin en el hecho de que ya no sólo sacrificaran a los enemigos que acabaran de caer en sus manos en el ciego furor de las peleas, sino que se extremaba en el deliberado propósito de conservarles por algún tiempo vivos, amontonándolos para hacer con ellos sanguinarias y horripilantes hecatombes con aparato público y manifiesto y con estupendas invenciones de crueldad y de saña, para darse el placer sombrío de humillar, horrorizar y espantar a cuantos las presenciaran; por lo cual invitaban con larga anticipación a miles de gentes, de pueblos situados a cientos de leguas a la redonda, no para hacerlos copartícipes de efusiones místicas en arrobamiento que les ocasionaran sus deidades, sino para poner de manifiesto orgullosa e insolentemente que a nadie respetaban y que por encima de todos se agigantaba su furioso poder.

La creciente extinción de toda luz de piedad en su alma, y de todo movimiento de sentido moral, vuélvese igualmente visible por el hecho de que no sacrificaban ya nada más a quienes se hubieran atrevido a luchar con ellos, que en sus manos habían caído cautivos, sino a esclavos que daño ninguno les habían hecho, que al efecto, de propósito compraban, y a los que, complaciéndose por días y por noches enteras en alargar sus sufrimientos, mataban, con

ostentación orgullosa y vana, y con seca y dura crueldad. Y la absoluta perversión moral de su pensamiento llegaba al último grado cuando el canibalismo ritual por el que eran devorados los cuerpos de los guerreros valientes que perecían sacrificados y los de las víctimas que representaban a divinidades cuya fuerza, cuya valentía, cuyas cualidades sobresalientes, se creía que habrían de trasmitirse a los que los devoraban, era reemplazado por el canibalismo más horripilante de todos, el que practicaban los mercaderes mexicas, los *pochteca* y sus parientes, en la fiesta del mes *Panquetzaliztli* como término de la espantosa fiesta de la que acabamos de hablar, para la cual cocinaban la carne, cociéndola, agregábanle sal y servíanla poniéndola sobre maíz asimismo cocido; todo ello con el fin puramente material de conservar y aguzar su sabor.

Cuando el espeluznante banquete final concluía, y se iban los convidados y a su casa el rico mercader en la que hasta poco antes los esclavos sacrificados cantaban y bailaban a fuerza obligados a ello por sus dueños ¿qué quedaba a éstos más que el orgulloso y ominoso recuerdo de lo que más que nada a su riqueza y a su codicia de fama se había debido? Sola estaba ahora y en silencio la casa, de repente lúgubre.

Quienes acababan de poner así término a lo que he llamado el acceso de su espantosa locura, guardaban entonces en una petaca los atavíos de los muertos, y con los atavíos con los que los habían vestido y adornado, guardaban también los cabellos que les habían arrancado en las tinieblas de la noche última al compás del fatídico instrumento que parecía lanzar un rápido silbido lúgubre de las manos del que bailando en torno y por entre las víctimas lo manejaba. Eran los despojos guardados en la petaca el postrer testimonio de la codicia de los crueles amos que por codicia habían hecho arrancar los cabellos de la coronilla a sus víctimas sin previo aviso ninguno en la noche final y que ahora por sus dueños eran guardados en la fúnebre petaca cuyo contenido a la muerte de ellos sería quemado.

154.—¿Cómo si la horrenda fiesta *cívica* de cada mes se apoderaba tan totalmente de la imaginación y de las emociones de los

adolescentes y de cuantos sufriéndola o dirigiéndola tomaban parte en ella, antes de que los días de ella llegaran, con el anhelo y el temor de que llegara, y después de su conclusión, con el entusiasmo pavoroso y el aterrado y anhelante recuerdo de ella removidos en todos las propensiones homicidas y depredatorias, podía nadie tener tiempo para ningún pensamiento que con todo ello no se relacionara?

La serie de incesantes sugestiones y obsesiones colectivas que todos sufrían explica que su imaginación, fértil para cuanto a ellas se refería, se esterilizara cada vez más para cuanto con ellas no tenía conexión. Nadie pudo haber que no se diera cuenta del contorno circular del disco del sol, del disco de la luna, del cuerpo enroscado de una serpiente, y se le reproducía en las pinturas jeroglíficas y en la forma de los rodeles de los guerreros, y en las representaciones escultóricas o pictóricas de las cuentas del tiempo relacionadas siempre con el retorno periódico de las fases de la luna y con la periódica vuelta anual de las estaciones, lo mismo que con las festividades sangrientas en las que desempeñaban papel principal los sacrificios humanos. Indio ninguno imaginó sin embargo nunca que pudiera aprovecharse la figura de un disco para hacer una rueda, para construir ruedas que parejas rodaran, tablas puestas sobre ejes que las juntaran y que sus movimientos en uno solo reunieran. Nadie por lo mismo imaginó jamás entre ellos la rueda ni menos la combinación aparejada de ruedas, ni el carro que las fuerzas humanas al propio esfuerzo centuplicase y economizase para que el hombre otras empresas acometiera.

¿Se concibe cuál tendrá que ser el resultado de esta carencia de imaginación en un país en el que no haya, como no había en México, bestias ningunas de tiro ni de carga que ayudaran al hombre en sus empresas sobre la tierra, y se advierte cómo a causa de esto el hombre poderoso y violento vino a transformar en su bestia, al hombre débil y sin más remedio resignado?

155.—Ciertamente *es intolerable la vida si reducida a simple vida, a mera vida, sin más ni más, no es más que la que se va viviendo, sea la que sea sin que en ella se tengan en cuenta valores que la realcen, que anticipadamente a su consecución la dirijan y guíen.* Tiene razón al pensarlo así Nicolás Hartmann en el capítulo XIV de la primera parte de su Etica, como la tiene al decir que *no se vive con dignidad más que la vida buena;* pero por supuesto hay que entender por vida buena la que esté guiada y dirigida por verdaderos valores; no por los interesados, mezquinos y egoístas, sino por los desinteresados y altruistas; no por los que se consiguen al precio de la vida, o de la salud, o de los bienes de otro o de otros seres, sino por los que lejos de que entrañen el sacrificio de cualquiera de los que no sean agentes de una acción, entrañan su mejoramiento y su bien. Entendido esto así, la vida de los que entre los antiguos mexicanos se vivía para satisfacer apetitos personales o para humillar con el espectáculo del poder material insolente y ultrajante, por el que se quitara la vida por medio de ingeniosos suplicios a cualesquiera seres humanos, era una vida no sólo vivida sin dignidad, sino también despreciable, condenable y monstruosa; verdadera aberración de todo sentido moral.

156.—Países como los que existían en el territorio actual de México antes de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo —que, por otra parte, siguieron existiendo después y subsisten aún, mal amalgamados unos con otros como resultado de las superposiciones de pueblos de inmigrantes que despedazaban a los pueblos a los que arrollaban en su marcha y en sus establecimientos sucesivos y que parcialmente se mezclaban y confundían con ellos— tienen que ser, como en México, países de gentes contradictorias consigo mismas en las que coexisten apreciaciones opuestas de la vida y formas de comportamiento antagónicas e inconciliables unas con otras, que manifiestan verdaderos *mosaicos de contradicciones;* lo cual explica que a la vez que en ellas se encuentran instituciones de esclavitud abominables como las que acabamos de tener en cuenta haya habido incontables formas de esclavitud y de servidumbre atenuadas y no sólo tolerables, sino en algunos respectos alabadas.

Así acontecía que hubiere amos entre los indios, que trataran

humanamente a sus esclavos, y disposiciones legales que facilitaban medios para que pudieran recobrar su libertad y para asegurar que ésta fuera respetada, y que pasara que mientras que la regla general era que la esclavitud no se trasmitiese de padres e hijos, un hombre podía voluntariamente venderse como esclavo y estipular en su venta que sus hijos serían como él, esclavos.

Que la esclavitud de los indios, a pesar de cuanto se haya dicho por algunos escritores para atenuar las duras apreciaciones que a su respecto se hacen, era considerada por los mismos indios como una gran desventura, queda probado con sólo recordar que aun los antiguos mexicanos consideraban como desventuradas a las infelices mujeres nacidas bajo el décimo quinto signo astrológico movible de cada año, porque estaban destinadas por sus defectos a llegar a ser esclavas y a morir como esclavas en el tejón "de los sacrificios humanos". Y que tales desventuras hubieren de ocurrirles sólo por el hecho de que nacieran bajo el signo astrológico bajo el que nacían, pone de resalto el profundo desconcierto y la confusión completa que reinaba en el pensamiento moral de quienes así pensaban.

La misma confusión del pensamiento revela el capítulo IX del libro IV de la Historia de Sahagún, en el que hablando de la astrología judiciaria o adivinatoria, se pone de manifiesto, que si cada año "los señores y principales" —mientras el signo llamado *ce miquixtli*, que se consideraba como de Tezcatlipoca, reinaba sobre los acontecimientos humanos— no osaban "reñir, ni maltratar a sus esclavos" y desde "un día antes" de que el mismo signo comenzara a regir "les quitaban las prisiones o colleras con que estaban presos", era porque temían que Tezcatlipoca les quitara, si así no lo hacían, su poder y sus riquezas, y no por otro motivo; que si lo hubieran tenido les habría hecho no ponerles colleras en los días anteriores, ni volvérselas a poner después; además de lo cual "decían que de nadie era amigo fiel Tezcatlipoca, sino que buscaba ocasiones para quitarles todo lo que les había dado", "y algunos cuando perdían su hacienda reñían a Tezcatlipoca" injuriándolo, sin ponerse a considerar si ellos mismos no eran responsables de la pérdida de sus propiedades; pero todo este espantoso enmarañamiento de opuestas ideas y de contradictorios movimientos del ánimo no era más que un *producto de la ceguera de la educación dirigida y monopolizada por el Estado,* que sin otros propósitos que el de hacer que todos los que de él dependieran fueran instrumentos suyos por los que el poder de la ciudad de Tenochtitlan se impusiera hasta sobre los pueblos más distantes, no se daba cuenta del deterioro cada vez mayor del alma de los gobernados y del deterioro simultáneamente creciente del alma de los gobernantes que componían el Estado.

Capítulo XI

LOS GRUPOS HUMANOS ANTAGONICOS. LOS OPRESORES Y LOS OPRIMIDOS. LA UNICA ESPERANZA DE SALVACION DE ESTOS

157.—Todos los señoríos indígenas que antes de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo existían en el vasto territorio que vino a ser de la República Mexicana en el tiempo de su mayor extensión, habían tenido que afrontar y continuaron afrontando el doble problema que tienen que afrontar todos los seres vivientes: el de su supervivencia —amenazada sin cesar por la naturaleza misma que los rodea—, y el del mejoramiento de su subsistencia.

Los indígenas tuvieron como condiciones de resolución de ese doble problema las del medio ambiente físico que los rodeaba: allá donde éste era apenas habitable: en los desiertos y en las grandes estepas del norte de la Altiplanicie mexicana; en las espesuras de los bosques tropicales; en las zonas de perenne humedad pútrida donde reinaba la malaria, en los puntos encumbrados del territorio en los que los vientos helados y el abatimiento de la temperatura les era más insoportable, no pudieron permanecer más que de paso, mientras lograban atravesarlos para ir más lejos y todo ello formaba la extensión más grande del país.

En cambio en la menos extensa: en los valles y cañadas abrigadas; en los sitios en donde la vegetación no era tan profusa y tan densa que les impidiera vivir; en las regiones que sin ser secas, no tenían agua estancada que fuera el criadero de enfermedades mortales, pudieron detenerse e intentar radicarse.

Aglomerados allí en esas áreas mínimas, las únicas que les brindaban condiciones satisfactorias, esto engendró para ellos un problema nuevo: no ya el de adaptarse a un medio ambiente físico al que por sus buenas condiciones adaptábanse apenas a él llegaban, sino el de adaptarse unos a otros, todos los que en él viniesen a encontrarse; que así los unos ante los otros formaban un medio ambiente de agregados sociales antagónicos en el que a cada paso encontraban más dificultades para vivir.

158.—Los pueblos nómadas que sólo viven de los animales a los que logran matar o capturar para devorarlos en seguida, o de los frutos que sin cultivo produce la tierra, necesitan una área muy extensa para vivir, y si llegan a un lugar en donde ya vivan sedentariamente otros, o caen sobre ellos y después de apoderarse de cuanto pueden se alejan por algún tiempo para volver a intentar hacerlos víctimas de sus depredaciones, o se apoderan de cuanto tienen los sedentarios y ocupando sus posesiones, pasan de la vida nómada a la de semi-nómada, adquieren más o menos de la cultura de los vencidos y acaban por volverse sedentarios.

Los que en estas condiciones se encuentran tienen necesidad de ocupar áreas tanto más extensas cuanto más imperfecta es su cultura; y como mientras más elevada es ésta es más difícil de adquirir por quienes no la tienen o sólo comienzan a asimilársela, mientras más carecen de los elementos materiales para alcanzarla más peligrosos para quienes en algún modo conviven con ellos son los de inferior grado de desarrollo.

159.—Un pueblo naturalmente inteligente, como el pueblo maya, pudo llegar y en efecto llegó por sí mismo a adquirir una cultura importante; pudo hacerlo cuando las condiciones del medio físico ambiente en que vino a vivir le permitieron vivir con cierta holgura; aun cuando haya carecido aún de muchos medios de progresos materiales pudo entonces sobrevivir y prosperar, porque era aún relativamente pequeño el número de los pobladores del país en que vino a establecerse, y por lo mismo no se vio agredido desde luego por gran cantidad de invasores, de cultura considerablemente

inferior. Eran estos últimos los que a la altiplanicie llegaron después de todos; eran los aztecas, los indios de cráneo alargado cuyo índice cefálico fijan en el número 78 los etnólogos considerándolos por eso *mesocéfalos*, como los japoneses que el mismo índice cefálico tienen. En cambio los *mayas*, de cráneo redondeado, braquicéfalos, con 85 de índice cefálico, no sólo se caracterizan por la cultura más alta de las que se deben en la América a los indígenas sino porque fueron los educadores, los civilizadores de pueblos de cultura inferior a quienes, a lo menos parte de la propia suya, les fue dable trasmitir.

160.—Los mayas, sin embargo, practicaron también sacrificios humanos; pero no fueron ellos seguramente quienes los enseñaron a los antiguos mexicanos, y por otra parte los practicaron en proporción mucho menor siempre, que aquella en la que los llevaron al cabo los aztecas; menor aún que la que alcanzaron entre los antiguos mexicanos.

Para aclarar a este respecto puntos de vista que de otro modo pudieran quedar indecisamente definidos, nada me parece que pueda ser tan útil como entrar aquí en algunas disquisiciones de sociología comparada, que, si al enunciarlas podrá parecer quizás que me alejan del asunto de que vengo tratando, se verá luego que tienen íntima conexión con él, y que permiten apreciar mejor la importancia del asunto mismo en cuanto se refiere a los caracteres propios de la educación de los antiguos mexicanos.

161.—Recordaré para ello desde luego que en 1906, en el capítulo XIX del tomo I de su grande obra sobre *El Origen y el Desenvolvimiento de las Ideas Morales*, el sabio Profesor de Hélsingfords y de Londres, Eduardo Wostermack, expresa su convicción —compartida quizás por todos los sociólogos contemporáneos o a lo menos por la mayoría absoluta de ellos— de que no hay ejemplo de sacrificios humanos que se practiquen como una institución pública en las sociedades humanas menos complejas; y corroborando en 1929 esta aseveración el Profesor L. T. Hobhonse, dice que cuando una tribu se diferencia de las demás, y llega a darse cuenta

de que es singular y única, y se identifica con un dios que considera como propio suyo y cuya dirección acepta, todo lo cual significa que ha alcanzado ya cierto grado de evolución social, suele ocurrir que instituye sacrificios humanos, como lo han hecho todavía en estado de barbarie, muchos de los pueblos de la Tierra que siguieron practicándolos luego, aunque cada vez en menor proporción, hasta en tiempos posteriores, en que podía ya pensarse que eran pueblos civilizados. Bastará tener presente, en efecto, en corroboración de esto, que aun cuando en Roma sólo excepcionalmente parezca que los haya habido aún en el año de 97 antes de Jesucristo, un decreto del Senado los prohibió entonces expresamente y que el Emperador Adriano, que reinó del año 117 al 138, consideró necesario renovar esa prohibición.

162.—Por otra parte, en el capítulo IV del tomo III de su *Historia Antigua y de la Conquista de México* publicada en 1880, D. Manuel Orozco y Berra describe la peregrinación de los mexicas y dice que ... "precisados por el curso del río Tololotlán, se detuvieron en Culiacán, del Estado de Guanajuato" y que allí "en una oquedad o gruta (oztotli) del cerro, sobre un altar de yerbas, colocaron a su divinidad, a *Huitzilopochtli*", por cuyo "mandato expreso" la tribu había abandonado a *Aztlán*, el lugar de donde partió "bajo la promesa de darle lugar semejante al que tenía (una isla en un lago) para fundar una ciudad poderosa, reina y señora de toda la Tierra", y que en la gruta, Huitzilopochtli "habló repetidas veces", como lo hace ver la pintura original que existe en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología de México y que está reproducida en el tomo I de la Colección de Lord Kingsborough:. . . pero ¿quién era o quién había sido en realidad, *Huitzilopochtli?*. . .

163.—Dirigiéndose a los indios Fray Bernardino de Sahagún les decía: "Por vuestra misma relación sabemos que los antiguos mexicanos adoraron y tuvieron por dios a un hombre llamado *Huitzilopochtli*, nigromántico, amigo de los demonios, enemigo de los hombres, feo, espantable, cruel, revoltoso; inventor de guerras y de

enemistades, causador de muchas muertes y alborotos y desasosiegos".

D. Manuel Orozco y Berra prosigue: "*Huitzilopochtli*", es decir, quienes se decían en comunicación con él, "nombró personas que en hombros lo llevaran durante la peregrinación" y durante ella el jefe de los sacerdotes que así lo hicieron fue *Aacatl* que trasmitía a todos las órdenes del dios.

164.—Y desde la gruta del Culiacán de Guanajuato, o más propiamente de Teoculhuacán, en donde se habían detenido, ocho tribus diferentes de la de los antiguos mexicanos los seguían; pero "Aacatl reconoció bien pronto que las ocho no le podían prestar la misma obediencia pasiva y ciega", porque cada una de ellas tenía "sus dioses y jefes particulares y distintas costumbres", y dos de las tribus, hasta lenguas diferentes, por lo cual y para separar definitivamente de las demás a los mexicanos, inventó hacer con la ayuda de ellos sacrificios humanos cuya "primera víctima" "escogida de la tribu misma", fue "tendida sobre una biznaga" para abrirle el pecho y arrancarle el corazón ofrecido luego a Huitzilopochtli; "la segunda" lo fue sobre un huizache y era de Michoacán; la tercera, sobre una biznaga, no era de la tribu de Huitzilopochtli pero sí era azteca. Después de lo cual el sacrificador dijo a los de su tribu como si quien les hablara fuera Huitzilopochtli: "ya estáis apartados y segregados de los demás y así quiero que, como escogidos míos, no os llaméis en adelante aztecas sino mexicas". Orozco y Berra agrega: "Mudándoles el nombre, dióles un distintivo para marcarlos muy particularmente; púsoles en el rostro y orejas un emplasto de trementina, *oxitl* cubierto de plumas" . . . Y por llevar la misma señal Huitzilopochtli se decía Mexitli, dando a entender: ungido; o: los mexi, en plural también *mexitli*, ungidos, señalados, dedicados o pertenecientes a Mexitli" . . . de lo cual provino aquel "sentimiento profundo de nacionalidad que" los distinguió siempre y que "no pudieron borrar los siglos".

165.—¿Ocurrió esto, como parece indicarlo Orozco y Berra, hacia mediados del siglo VII? Sea como fuere, no me parece que tenga suficiente fundamento la creencia del mismo Orozco según la cual estos serían los primeros sacrificios humanos practicados en México; pero sí considero que desde luego los que practicaron los antiguos mexicanos fueron numerosísimos y los que más se diversificaron por medio de crueles adiciones sangrientas; y todos los escritores que han considerado detenidamente esto tienen a los antiguos mexicanos por el pueblo que mayor número de sacrificios humanos ha practicado y que fue elevando más y más en el curso de su historia el número de sus víctimas.

166.—¿Para propiciarse la complacencia y la ayuda de sus dioses? No solamente: también para lograr que hubiera lluvias suficientes para las cosechas anuales; a ese fin sacrificaban al principiar cada año a gran número de niños al dios del agua, a Tláloc; pero además es indudable que otros eran sacrificados para aterrorizar a los demás pueblos y para extender y asegurar la dominación de los mismos, y que otros en fin, los que se hacían de esclavos comprados especialmente por los mercaderes, se efectuaban principalmente por vanidad y por comer carne humana.

167.—En profundo contraste con los terribles conquistadores que tenían su asiento en la poderosa y cada vez más temida y odiada ciudad de los lagos del Valle de México, los mayas que siglos antes habían influido considerablemente sobre la cultura de los indios de la altiplanicie mexicana, fueron quienes generosamente hicieron entonces conocedores de ella a los que habiéndosela asimilado, son los que han sido conocidos por largo tiempo con el nombre de *toltecas*. Uno de sus grandes civilizadores fue seguramente el misterioso personaje conocido con el nombre de *Quetzalcoatl* entre los pueblos de lengua azteca, de quien se dice que era el mismo que el *Gucumetz* de los quichés y el Kukalcán de los mayas, aun cuando los tres hayan sido probablemente tres de los protagonistas de una sola cultura de origen maya. Los civilizadores más importantes y especialmente el principal de ellos no parecen haber hecho sacrificios humanos, y la educación que ciertamente impartieron aunque no propiamente por medio de escuelas ningunas, sólo se sirvió

de la predicación oral, para su propaganda, y del buen ejemplo, así como de grandes reuniones hechas a campo abierto en extensos espacios en los que las multitudes eran congregadas.

Sin duda sus prosélitos fueron numerosos, los que educados por ellos compartieron sus ideales superiores; pero tanto ellos cuanto sus educadores no pudieron resistir al empuje violento de nuevos y nuevos invasores, cada vez en muchedumbre mayor, y más violentos, que apelando a todo para desposeer de sus posesiones a los que las tenían, los obligaron a emigrar rumbo al Golfo de México y al Mar de las Antillas, varios siglos antes de la venida de los españoles, anunciando empero que más tarde regresarían.

168.—Los que de la altiplanicie quedaron siendo señores aprovecharon seguramente para su servicio a los más antiguos habitantes que en calidad de labradores eran los herederos de la primitiva cultura arcaica, y por otra parte tradujeron a su propia lengua, a la azteca, todo lo que de la civilización maya se asimilaron sin reconocer su procedencia: don Alfredo Chavero dice en la página 277 de su historia antigua y de la Conquista de México, en el tomo I del *México a Través de los Siglos:* "Los pueblos del Anáhuac quisieron reducir la historia antigua a su propia historia. Los mexicas tenían tal vanidad que pretendieron que sólo sus hazañas se supiesen; por eso Itzcóatl mandó destruir las antiguas pinturas".

Si los mayas —que en la altiplanicie fueron los educadores de quienes por la cultura que llegaron a tener y por las dotes que como artífices revelaron merecieron recibir el nombre de *toltecas*—, habían estado antes en las regiones tropicales de la América ístmica en donde habitan los admirables pájaros de espléndido plumaje de color de esmeralda que fueron llamados *quetzales,* ¿qué tendría de sorprendente que a uno o a varios ellos que por su sagacidad hubieran sido asemejados a la serpiente, en nahoa *Cóatl,* se le hubiera o se les hubiera dado el nombre de Quetzalcoatl, es decir de serpiente alada, de serpiente preciosa, que no se arrastra sobre la tierra sino que por los aires vuela como vuelan los deslumbrantes quetzales? ¿Cómo imaginar por lo contrario que haya podido darse este

nombre a personajes que hubieran nacido en países en donde no hubiera quetzales?

Y si el nombre que se atribuyó a quienes de la altiplanicie fueron a las tierras del Usumacinta y a las de Yucatán, al Petén y Guatemala fue el de *tutul-xino*, es decir, de pájaros hermosos o de pájaros azules, que dice Chavero ¿qué habría en ello de sorprendente si eran los que volviendo allí a donde iban, iban de algún modo en seguimiento del o de los que merecían el nombre de Quetzalcoatl?

169.—Los que a Quetzalcoatl y a sus prosélitos expulsaron de México, los que tenían por dioses a Huitzilopochtli y a Texcatlipoca no se contentaron con esto: trabajaron por borrar hasta el recuerdo del alto ideal enemigo del derramamiento de sangre humana que representaba la cultura de Quetzalcoatl, y tal maña se dieron para lograrlo que en Tenochtitlan hicieron que uno de los grandes sacerdotes del sangriento culto homicida recibiese el nombre de Quetzalcoatl y que en su calidad de sacerdote de ese culto hiciera también sacrificios humanos, con lo cual claro es que oscurecían los pensamientos morales al producir en ellos sistemáticamente la confusión de los mismos.

A pesar de esto, no deformado y puro, el recuerdo del Quetzalcoatl legendario subsistió, ya que no oficialmente entre los *educadores* del pueblo, ostensibles y autorizados por las autoridades de éste, sí en los que en el silencio de su corazón acongojado, de víctimas de los poderosos, lo amaban e incansablemente esperaban que algún día tornara.

170.—Menos dura habría sido la condición de los indígenas de la América mexicana si hubieran llegado a inventar aperos de labranza menos primitivos que la *coa*, el palo encorvado y endurecido al fuego, con el que abrían pequeños hoyos en la tierra para sembrar en ellos las simientes; pero, ya lo hemos dicho, su fértil imaginación que tantas ficciones creó en sus mitologías pareció esterilizarse para lo que pudiera ser de provecho económico directo no vinculado en los servicios personales puestos a cargo de quienes

no eran guerreros. Podían decir éstos como los antiguos lacedemonios, que ellos sembraban el campo con la punta de sus lanzas; creando con esto una clase social económicamente miserable que por su género de vida y la sujeción a la casta guerrera quebraba en dos partes separadas e inconexas al pueblo.

Todo ello se agravaba naturalmente con el crecimiento de la población; y que todo se agravara así, significaba que el deterioro moral de los agregados humanos iba siendo mayor cada día; que los dos componentes antagónicos, el opresor y el oprimido, acentuaban cada vez más los rasgos familiares que los distinguían; que los opresores experimentaban a cada instante con mayor urgencia la necesidad de ser temidos para ser ciegamente obedecidos y para vivir con más y más grande opulencia —por otra parte, bárbara— a expensas y con el sacrificio de los oprimidos, mientras que éstos sentían a cada hora de su vida más pesadamente la carga que los oprimía y la falta de corazón y de todo sentido de humanidad de sus opresores, sin poder, por su falta absoluta de medios para hacerlo, y por la falta completa de unión y de inteligencia recíproca de los que compartían su mísera suerte, probar siquiera a intentar salvarse promoviendo que se modificara la situación en que yacían.

171.—Los instrumentos principales de la sujeción de los desventurados, tanto dentro de la ciudad de Tenochtitlan cuanto fuera de ella, no eran otros que los grandes colegios del Estado, el Calmécac y los Telpochcalli, complementados por otra parte por las instituciones que les servían de remate y coronamiento.

El Calmécac y los telpochcallis, las dos únicas instituciones educativas organizadas en la antigua México para los adolescentes, tenían un defecto esencial: el de no cumplir el fin propio de las escuelas de adolescentes, el cual tiene que ser el de formar hombres y aquellas instituciones no formaban hombres —es decir, seres dotados de la capacidad de entender los problemas todos de todos los hombres, y de poder compadecer sus desdichas y de ayudar a aliviarlas—, sino que eran simplemente colegios que formaban especialistas que por eso mismo tenían que encontrarse imposibilitados

para ser verdaderos hombres: *especialistas* de un tipo monstruoso, el de soldados siempre preparados para combatir y sojuzgar a toda especie de hombres y de pueblos, sin consideración ninguna de justicia, sin más consideración que la del engrandecimiento de poder del Estado mexicano.

Sin duda el Calmécac y los telpochcallis hacían de cada uno de sus educandos un ser de increíble resistencia física, que sabía despreciar toda especie de sufrimiento físico en sí mismo como en los demás, y las privaciones de comida y bebida, y la fatiga del cuerpo, y que sabían ponerse por encima de todo temor, y obedecer ciegamente a sus superiores. Esto es lo que los hacía incomparables soldados para quienes los placeres supremos eran el pillaje, el incendio y la matanza y cuyo orgullo consistía en hacer frente a enemigos grandemente superiores en número, todo lo cual se corroboraba por el sistema de ascensos y de distinciones que en las campañas —continuación de su vida de adolescentes— les esperaban; ascensos para los que se tenían en cuenta sobre todo el número de cautivos de los que, por su propia mano, en los más fieros combates, cara a cara con la muerte, se apoderaban, así como el de aquellos a quienes en las luchas más feroces mataban, pero todo esto, que tan terribles guerreros los hacía, agostaba en ellos los sentimientos humanos y era por lo mismo medio cierto de que se produjera cada vez más completamente su deterioro mental, que aunque los enorgulleciera no podía lograrse sino a costa del pavor que su solo nombre despertara y del aborrecimiento que sus crueldades ocasionaren.

172.—¿Pensaron algunos de los que aquel creciente despotismo sufrían, pensaron acaso muchos en que el remedio a tamaños males, no podría venir sino de algún poder distante de todos ellos, que en algún momento apareciera y que acaso llegara de otras tierras, quizás por el camino del mar?

Muchos lo pensaban; muchos lo esperaban. Sabían todos que aquel a quien en el secreto de su corazón llamaban Quetzalcoatl, no el sumo sacerdote que dirigía el Calmécac, aunque éste se lla-

mase también Quetzalcoatl, sino el verdadero Quetzalcoatl, el que no amaba los sacrificios humanos, el perseguido en otro tiempo, años y años hacía, el vencido, el que se había alejado de las tierras altas de México, había anunciado que él o sus discípulos y sus amigos habrían de volver; y aun se ha contado que se refería que se fueron por el camino del mar, embarcándose en una grande embarcación formada —entrelazadas unas con otras—, por serpientes aladas, por serpientes vestidas de plumas de quetzal.

Capítulo XII

LOS DOS MOTECUZOMAS

La insatisfacción general de la raza indígena consigo misma y el trágico sentido de su inminente fracaso

173.—Naturalmente todo ser dotado de vida sufre incesantes transformaciones: la vida, en efecto, es una resultante de fuerzas que se oponen unas a otras: cada vida tiene por lo mismo flujos y reflujos, por lo cual todo organismo vital fluctúa siempre. Nadie es, en consecuencia, idéntico a sí propio en dos períodos de tiempo, sean éstos los que fueren. Y esto es tan cierto en lo que se refiere a la vida de un hombre como en cuanto atañe a la vida de un agregado humano y por tanto de un pueblo. Sin esto, ni tendría importancia la historia, ni, en rigor, la historia existiría.

174.—El cuadro, pues, que hemos trazado, de lo que era la educación entre los antiguos mexicanos, será insatisfactorio, por ser rígido y por quedar en alguna manera congelado, si no introducimos en él la flexibilidad que nace de sus internas e incesantes modificaciones y fluxiones. En la necesidad empero de resumirlas hasta donde esto sea posible porque de otra manera el presente libro sería interminable, sólo intentaré ponerlas de manifiesto contraponiendo dos épocas y dos personajes representativos de los antiguos mexicanos; separados, sin embargo, éstos personajes y las épocas en que vivieron, solamente por un pequeño número de años.

175.—Los dos personajes fueron: el famoso señor de México, MOTECUZOMA ILHUICAMINA, cuyo nombre pudiera ideológicamente traducirse *el señor terrible, el de tremenda voluntad, el flechador del cielo para el que no hubo empresa que una vez por él concebida no fuera por él acometida con audacia y resolución impávidas, osadas e inflexibles,* y MOTECUZOMA XOCOYOTZIN en uno de los jeroglíficos de cuyo nombre, el *copilli*, "la especie de mitra con que se coronaba a los reyes mexicanos" —dice D. Cecilio A. Robelo— lleva "una figurilla" que representa a un insecto, que posado sobre la frente hace arrugar el ceño, lo cual no podría significar otra cosa que la preocupación, la inquietud, la meditación intensa y angustiosa, de suerte que las palabras con las que se le denominaba y a lo menos uno de los jeroglíficos con los que esas palabras ideográficamente se expresaban, dirían en suma lo que acerca de Motecuzoma Xocoyotzin pensaban sus vasallos, que le veían como el señor Cejijunto, Pensativo, Meditabundo, Preocupado y Grave, el más joven de los dos Motecuzomas, llamado por eso Xocoyotzin, el astuto coyotito, que vino después del Flechador del Cielo.

El Flechador del Cielo fue hijo de Huitzilihuitl, el segundo de los señores de México, y nació en 1398, a la muerte de su tío *Itzcóatl*, del que había sido colaborador infatigable y brazo derecho. Fue electo para suceder a Itzcóatl en 1440, a los 42 años de su vida, y murió en 1469, cuando contaba 71 años y 29 de reinado. Motecuzoma Xocoyotzin su bisnieto, había nacido quizás un año antes, en 1468, o acaso vino a nacer hasta seis años después, en 1475. Aun cuando, por lo mismo, pudiera imaginarse que habrían sido directa continuación el uno del otro los dos Motecuzomas, fuera de que entre ambos hubo dos generaciones, la de Atotoztli, la hija de Ilhuicamina casada con un señor tepaneca, y la de Axoyácatl, hijo de Atotoztli, la diferencia psíquica y moral que hay entre los dos Motecuzomas, y la que existe entre el reinado del uno y el del otro, es inmensamente mayor: el bisabuelo, guerrero formidable; fanático sacrificador de víctimas humanas que, "con la cruel inventiva de que estaba dotado" —como lo dice en su *Historia Antigua y de la Conquista de México,* don Manuel Orozco y Berra— inventó nuevos modos de sacrificios: ora disponiendo que "en el fuego sagrado y perpetuo encendido delante de Huitzilopochtli", "vivos" echaran a prisioneros de guerra, y que "luego, antes de que acabaran de expirar, les sacaran el corazón" para ofrecerlo a su dios, dice Fray Diego Durán; ora, haciendo esculpir una enorme piedra redonda, la que fue llamada el *témalácatl;* para sujetar, atados a ella por uno de los pies, a cautivos forzados a combatir armados de las más desastradas armas contra los más terribles guerreros; provistos éstos de las armas mejores y con todos los movimientos de su cuerpo desembarazados y libres, sin que en tan desigual combate pudiera haber momento ninguno de reposo del cautivo, sino hasta que éste muriera a manos de sus contrarios, o que, cosa apenas imaginable, lograse poner a siete de ellos fuera de toda posibilidad de que siguiesen con él combatiendo: ... el bisnieto en cambio, no sólo no parece probado que haya competido con su bisabuelo en la horrible inventiva de éste para idear tan espantosos sacrificios humanos, sino que hay motivos serios para creer que procuró salvar la vida a un gran cautivo tlaxcalteca, llamado *Tlehuicole.*

176.—Adoratorios de ídolos hicieron edificar el bisabuelo y el bisnieto, mas en tanto que la obra del primero fue en honor de las antiguas deidades de Tenochtitlan, la del segundo fue la del adoratorio denominado el *Coateocalli*, en el que se recogieron las divinidades de los pueblos vencidos, lo cual patentiza que en su ánimo existía una forma de sincretismo religioso análogo al que llegaron a tener los romanos, indicio de un pensamiento más acogedor y abierto que el de Ylhuicamina.

Mantuvo este último al grupo largo tiempo humillado por los mexicas, al de los tlatelolcas, en condición de inferioridad política, cerrándoles la puerta de la carrera de los guerreros, y dándoles sólo la posibilidad de que fueran *pochteca*, comerciantes. El bisnieto abatió las barreras que a tlatelolcas y a mexicas dividían, quizás fue esto en 1519; con lo cual pudo ser su último señor, el glorioso

guerrero Cuauhtemotzin, hijo de Ahuítzotl y primo de Motecuzoma Xocoyotzin.

El Motecuzoma Flechador del Cielo y el siempre preocupado y pensativo a quien cuando se hallaba barriendo el templo le llegó la noticia de que acababa de ser elegido como rey, tenía espíritu profundamente dado a las creencias en sus dioses; pero en tanto que Ilhuicamina no extendía su horizonte mental más que a los terribles dioses de Tenochtitlan, Xocoyotzin iba hasta el horizonte de los dioses de los vencidos. No estaba convencido pues de que las deidades de su bisabuelo fuesen las más poderosas ni de que otras deidades u otra cualquiera no hubiese, y habiendo estudiado con la seriedad que lo distinguía lo que en el Calmécac le enseñaron, pensaba cada vez más en las misteriosas predicciones del que había sido vencido en otro tiempo, del que aborrecía los sacrificios humanos, Quetzalcoatl, el que había ofrecido o volver por sí mismo o que otros vendrían por él. Perdíase a menudo en consecuencia en un mundo de ensoñaciones que el alma le poblaban de preguntas y que le daban la posibilidad de acoger y de entender lo que nadie quizás de los que lo rodeaban pudo como él, entender. Con la duda, que así vino a acompañarlo, en cuanto a sus dioses, en cuanto a la conveniencia de seguir haciendo en sus altares ofrendas de sacrificios humanos, con la convicción que parece que fue creciendo en él de que era tiempo de que se acabase la periódica, implacable y estúpida guerra florida —lo cual pudiera explicar su deseo de salvar la vida del cautivo guerrero tlaxcalteca Tlahuicola—, sentíase sin embargo extrañamente prisionero en medio de su poder y de su grandeza: prisionero de ese mismo poder y de esa misma grandeza; del pasado que acaso vino a parecerle abominable; del presente que lo oprimía; de los señores que ante él se humillaban y del porvenir que lo aterrorizaba, a él, que era un valiente; que bien lo había atestiguado en los campos de batalla, que por eso, por ser valiente entre los valientes, había sido elegido para que de todos fuera señor absoluto y omnímodo.

177.—¿No iba a ser, de súbito, cuanto en México había, distinto de lo que seguía siendo, y de cuanto había sido? No solamente Motecuzoma Xocoyotzin así lo creía, así lo temía, como lo mismo creían las muchedumbres de las gentes oprimidas que a la vez que lo temían, en algún modo lo esperaban y lo anhelaban, y como lo creían y lo suponían no pocos de quienes a las castas dominadoras pertenecían, sino que ésta era la creencia también que existía en la grande isla de las Antillas que Cristóbal Colón llamó *La Española*, dividida más tarde en los dos países llamados *Haití* y *Santo Domingo*.

En la primera de sus famosas *Décadas de Orbe Novo*, Pedro Mártir de Anglería resume el relato del fraile Jerónimo *Román Parra*, que conoció bien a los indios de aquella isla, y que por ellos mismos fue informado de que antes de la llegada de los españoles creían ellos en la existencia de "un dios eterno, omnipotente e invisible" —lo cual demostraría que una certera intuición de El Infinito tenían—; que creían además en espíritus a los que daban el nombre de *zemes*, de los que aunque fuese excepcionalmente les era posible recibir informaciones, como según ellos, después de impetrarlas, hecho un largo ayuno de quince días, las habían recibido dos caciques, uno de los cuales era el padre del famoso *Guezzionex*, y que aquellos dos caciques fueron informados por los zemes, de que no pasarían ya muchos años sin que a sus islas llegase una raza de hombres que usaban vestidos, que matarían a los hijos de los isleños y que harían a éstos esclavos, todo lo cual significa en suma que una especie de oscuro conocimiento tenían, de la existencia de otro mundo potente y terrible, a cuya merced iban a quedar muy pronto. Lo presentían igualmente en Yucatán los mayas, como lo hace ver Fray Diego de Landa, y todo ello era una especie de lúgubre eco de la historia de las catástrofes narradas en la de los cinco soles cosmogónicos: cuatro habían sido consumidos; estábase viviendo bajo el quinto sol, pensaban todos los aztecas, y el quinto estaba a punto de terminar.

La persistencia universal del estado de ánimo que todo esto revela era bastante para que las razas indígenas no pudieran pre-

valecer a una invasión del Continente efectuada por otras razas. El poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo dijo esto mismo cuando en su canto a Bolívar puso en labios de éste el conocido epítome:

De quien se atreve más, el triunfo ha sido.
Quien no espera vencer, ya está vencido.

Lo ha sabido siempre, lo han pensado así siempre todos los conquistadores del mundo.

INDICE

Acabóse de imprimir el día 8 de noviembre de 1958, en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo 14, México 3, D. F. El tiro fue de 3,000 ejemplares.